

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

Deseo®

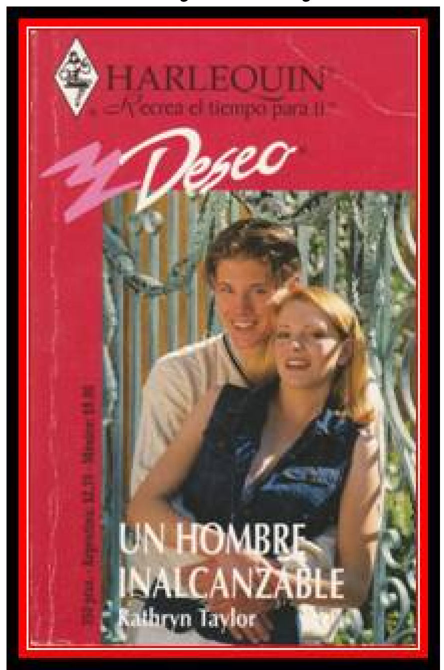
350 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $9.00

UN HOMBRE INALCANZABLE

Kathryn Taylor

Un hombre inalcanzable

Kathryn Taylor



Un hombre inalcanzable (1998)
Título Original: Taming the tycoon (1998)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 787
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Ian Bradford y Shannon Moore

Argumento:

Ian Bradford lo tenía todo: dinero, poder, carisma y un montón de mujeres totalmente dispuestas a atraparlo. Pero el atractivo empresario no estaba dispuesto a sucumbir a los encantos de ninguna mujer… y menos aún a los de Shannon Moore, conflictiva tutora de su hermana de tres años. Además, Ian estaba seguro de que Shannon había puesto sus ojos en él… o, más bien, en su cartera.

Sin embargo, Shannon no estaba interesada en la cuenta de banco del empresario; lo único que quería era un padre para la niña. Y estaba firmemente decidida a averiguar si aquel hombre tenía corazón…

Capítulo Uno

—¿Qué quieres decir con que tengo una hermana? —Ian Bradford se puso en pie y lanzó una pétrea mirada al abogado de mediana edad que se hallaba sentado tras el escritorio de caoba—. Tiene que haber un error.

Richard Jenkins llevaba siendo el abogado de la familia más años de los que Ian podía recordar. Su trato con él había sido más cordial y frecuente que con su padre.

—No hay ningún error, Ian. Aquí tienes una copia del certificado de nacimiento.

Ian tomó el documento que le alcanzó Jenkins. El ataque de corazón sufrido por su padre no lo había conmocionado tanto como aquella última revelación.

—¿Tiene dos años?

—Casi tres —murmuró Jenkins.

—¿Qué diferencia hay? Mi padre casi tenía setenta años.

Jenkins resopló, indignado.

—No se renuncia al sexo después de los cuarenta.

Ian rio con amargura.

—Seguro que mi viejo no lo hizo.

Wesley Bradford se había hallado en medio de una crisis de madurez durante los últimos treinta años, pero siempre se había enorgullecido de que, tras su divorcio, ninguna otra mujer hubiera sido capaz de atraparlo.

—Aquí dice que la madre solo tenía veinticinco años. Tiffany Moore. ¿Qué clase de nombre es ése? Suena como si fuera una lámpara —gruñó Ian—. ¿Veinticinco? Desde luego, le gustaban jovencitas.

—Tu padre tenía mucho carisma.

—Mi padre tenía mucho dinero. Ése era su encanto. Te lo dice alguien que lo conocía mejor que la mayoría.

Ian volvió a mirar el documento. Si su padre se había sentido tan orgulloso de su hija, ¿por qué no le había permitido llevar su nombre? Una mujer podía inscribir a cualquier hombre como padre en un certificado de nacimiento. Sobre todo cuando estaba en juego una participación en una importante empresa.

—Ya veremos —dijo, malhumorado—. Te aseguro que exigiré una prueba de ADN.

Jenkins movió la cabeza.

—Tu padre ya la exigió antes de acceder a pagar una cantidad como apoyo económico para el niño. Los resultados están en el informe.

—¿Y la madre de la niña? ¿Dónde vive ahora?

—Murió hace seis meses en un accidente de automóvil. Tu hermana vive con su tía en una zona del Nueva York septentrional.

—Yo no tengo ninguna hermana.

—Llámala como quieras. Chelsea Moore es la hija de Wesley, y, según las condiciones del testamento, es dueña de la mitad de Westervelt Properties.

Ian volvió a gruñir. Su padre había elegido una manera cruel de reconocer sus obligaciones paternales con sus dos descendientes. ¿Por qué no había dejado su dinero a su hija bastarda? Él no lo quería, ni lo necesitaba. Ahora se alegraba de que su abuelo no hubiera ido con él esa mañana. El legado solo habría servido para echar sal en una vieja herida. Sin duda, Wesley no había podido resistir dar una vuelta más al cuchillo, incluso desde la tumba.

Ian había esperado veinte años para ver cumplida la promesa que hizo siendo niño. Nadie iba a quitársela ahora. Nadie.

—¿Y si impugno el testamento?

—No tienes base legal para hacerlo —Jenkins frunció el ceño y luego sonrió astutamente—. Pero podrías tratar de conseguir los derechos administrativos sobre la herencia de tu hermana. Un juez podría decantarse más fácilmente por el vínculo entre dos hermanos que por el de tía y sobrina. Sobre todo teniendo en cuenta que tú estás mucho más familiarizado con la empresa.

—Hazlo.

—Ese no es mi campo, Ian. Tendré que trabajar con alguien más.

—Bien. Haz que tu secretaria tenga listos los papeles necesarios para que pueda firmarlos hoy mismo —Ian se apoyó contra el respaldo del asiento, permitiéndose un momento de reposo tras leer el testamento de su padre—. ¿Qué sabes de esta tía?

—Estará aquí dentro de media hora. Podrás juzgar por ti mismo. Yo quería verte antes porque conozco tus sentimientos sobre la empresa de tu padre.

—La empresa de mi abuelo —corrigió Ian.

—Wesley compró…

Ian golpeó el escritorio con el puño.

—Querrás decir que robó.

Jenkins jugueteó con su corbata. Podía defender a su cliente hasta que el infierno se helara, pero tanto Ian como él sabían cuál era la verdad.

Mientras la madre de Ian se recuperaba en el hospital de una operación de cáncer, Wesley se aprovechó de los poderes que le había dado su esposa para quedarse con sus acciones de Westervelt Properties. Sumándolas a las suyas, controló el cincuenta y uno por ciento del total, cosa que utilizó para retirar al abuelo de Ian del puesto de presidente.

Jenkins tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Por qué no te reúnes con la mujer y tratas de llegar a algún acuerdo antes de empezar una batalla legal que podría durar años?

—¿De qué serviría?

—Tal y como están las cosas, las acciones de la niña deben ingresarse en un fondo que será administrado por su tutora. Puede que le parezca menos arriesgado venderlas.

—Esperemos que tengas razón.

El abogado movió la cabeza con pesar.

—En ese caso, tendrás que controlar tu temperamento. Sé que Wesley nunca os trató a ti ni a tu madre como…

Ian movió una mano para interrumpir a Jenkins. No estaba dispuesto a aceptar la compasión de un hombre que había ayudado a su padre a engañar a sus abuelos para quitarles la empresa familiar.

—Ahórrate el sermón. Dame lo que tengas sobre la tía de la niña. Quiero saber con qué me enfrento antes de que empiece la reunión.

Ian rebuscó en la carpeta que contenía los papeles personales de su padre. El material recopilado por Wesley sobre su última amante y la madre de ésta era un claro testimonio de su tortuosa y desconfiada personalidad. Aunque, en aquel caso, no se había equivocado del todo. Ambas mujeres habían mantenido relaciones con hombres mayores y ricos. Por desgracia para Ian, su padre no había considerado necesario investigar también a la hermana.

Shannon Moore comprobó las señas en el sobre. *Sr. don Richard Jenkins. Suite doscientos dieciocho*. No sabía muy bien por qué había ido. El abogado debería haberle adelantado una copia del testamento. Después de todo, Wesley Bradford no reconoció a su hija en vida, y, tras la muerte de Tiffany, se mostró más que dispuesto a cortar la renta que pagaba para el mantenimiento de la niña. Aunque la decisión de negarse a aceptar el dinero fue de Shannon, si a aquel hombre le hubiera importado en lo más mínimo su hija, habría luchado por quedarse con su custodia.

Tras alisar con las manos su falda, abrió la puerta y pasó al

interior de las elegantes oficinas.

La recepcionista la miró desde su escritorio.

—¿Señorita Moore?

—Sí.

—El señor Jenkins la está esperando —la recepcionista alzó el auricular del teléfono y anunció la llegada de Shannon—. Primera puerta a la derecha.

Shannon asintió y se alejó por el pasillo. Un hombre salió a recibirla con la mano extendida.

—Gracias por venir, señorita Moore. Soy Richard Jenkins.

Shannon sonrió y entró en el despacho.

Dentro, un segundo hombre que se hallaba tras un escritorio se levantó y asintió secamente con la cabeza a modo de saludo.

—Señorita Moore.

Su traje de seda y su reloj de oro hablaban de riqueza, pero la encallecida mano que ofreció a Shannon reveló a un hombre que había ganado su dinero a base de duro trabajo. Volvió a ocupar su sillón de cuero y una arrogante sonrisa curvó levemente sus labios. Unos helados ojos azules examinaron fijamente a Shannon, produciéndole una inquietud que no sentía hacía años. Descaradamente sexual, con un matiz de peligro, parecía tener todo lo que a ella le desagradaba de un hombre.

—Le presento a Ian Bradford —dijo Jenkins, sonando tan incómodo como ella se sentía.

De manera que aquel era el hijo de Wesley Bradford. Aparentemente, no tenían nada en común, pero Shannon supuso que el hijo habría heredado el carácter despiadado del padre. Si hubiera sospechado que iban a tenderle una emboscada, habría acudido a la cita más preparada.

Inclinó la cabeza en dirección a Ian.

—Señor Bradford. Siento lo de su padre.

Él contestó con un nuevo asentimiento de cabeza.

El señor Jenkins señaló una silla.

—Siéntese y podremos empezar.

Shannon se sentó.

—¿Debería haber venido acompañada de mi abogado?

Ian se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio.

—¿Hay algún motivo por el que crea que podría necesitarlo?

Shannon lo miró a los ojos, negándose a apartarlos. Hacía tiempo que no se dejaba intimidar por ningún hombre. Si sus treinta y dos años de vida le habían enseñado algo era que la mayoría de los hombres sabían explotar la debilidad para su provecho.

—Todavía no estoy segura. Ustedes han arreglado este pequeño encuentro. ¿Por qué no me lo dice usted?

—Le aseguro que no tiene por qué haber ningún problema —dijo Jenkins, como tratando de aliviar la tensión.

Ian se pasó una mano por su cabello castaño.

—Tengo la sensación de que la señora Moore sospecha de nosotros. ¿A qué se debe?

—Prefiero reservarme la opinión hasta oír lo que tengan que decirme.

Jenkins empujó una carpeta hacia ella por el escritorio.

—He señalado la parte del testamento que hace referencia a su tutelada, Chelsea Moore. Si salta a la página seis…

—Oh, deja que lo lea todo, Richard. No queremos que se pierda ninguno de los secretos de los ilustres Bradford.

Shannon se puso sus gafas y empezó a leer el documento. Notó que Ian no tenía una copia, así que dedujo que ya lo habría leído. Pasó por alto las instrucciones para el funeral. Al llegar a la página dos comprendió por qué aquel testamento ponía nervioso al señor Jenkins y amargaba a Ian Bradford.

Wesley Bradford había dejado a cada una de sus queridas una cantidad de dinero. Incluyendo a la hermana de Shannon y a las dos jovencitas que la siguieron, el número ascendía a dieciocho mujeres. La imagen que se hizo de aquel hombre en su único encuentro fue correcta. Había sido un frío bastardo sin sentimientos.

Shannon apartó la mirada del papel y se topó con la cínica sonrisa de Ian. De tal palo, tal astilla. Se estremeció.

—Creo que voy a llevarme el testamento a casa para leerlo con más calma.

—Ya que está aquí ahora, preferiría que se quedara. Hay algo de lo que me gustaría hablar con usted —Ian se inclinó hacia delante en su asiento, interponiéndose entre Shannon y el abogado.

Jenkins se levantó y tiró nerviosamente de los puños de su chaqueta.

—Voy a traer unos cafés.

Shannon asintió y volvió a fijar su atención en el testamento, leyendo un párrafo subrayado. Trató de mantener su rostro inexpresivo mientras leía la parte concerniente al cincuenta por ciento de Westervelt Properties heredado por Chelsea. Ya no tendría por qué preocuparse por los estudios y el futuro de su sobrina. A menos que de lo que quisiera discutir Ian Bradford fuera de la herencia.

—Supongo que piensa impugnar el testamento —dijo, secamente.

—No puedo, como sin duda le confirmará el señor Jenkins cuando vuelva. Sin embargo, sí estoy interesado en comprar las acciones pertenecientes a su tutelada.

—Mi sobrina —replicó Shannon, conteniendo apenas su enfado

—. Que también es su hermana.

—Yo no tengo ninguna hermana. Desafortunadamente, mi padre tuvo una hija —murmuró Ian entre dientes.

Shannon pensó en la solemne niña que había ido a vivir con ella hacía seis meses. La pobre Chelsea no tenía mucha familia con la que contar. Su madre la había utilizado. Nunca conocería a su padre. Incluso Shannon, que hacía lo posible porque se sintiera rodeada de afecto, admitía su falta de instinto maternal. Añadiendo a todo ello un hermano que no quería saber nada de ella, había que reconocer que Chelsea no contaba con demasiadas probabilidades de tener una vida feliz.

Ian observó a Shannon, controlando apenas su irritación. Se restregó las manos en un gesto de impaciencia.

—¿Y bien?

—¿Quiere que le responda ahora mismo?

—No conseguirá una oferta mejor.

—No sé cuánto vale la empresa. ¿Espera que tome una decisión en nombre de Chelsea sin tener la más mínima información y contando solo con su promesa de que la oferta es buena? ¿Acaso le parezco estúpida, señor Bradford?

—En absoluto, señorita Moore. Estoy seguro de que es muy lista —el cumplido sonó más como una acusación—. Solo trataba de ofrecerle la oportunidad de transformar la herencia de la niña en dinero líquido. Después de todo, pueden suceder muchas cosas antes de que cumpla dieciocho años. Más de una empresa boyante se ha hundido en poco tiempo sin motivos aparentes.

¿La estaba amenazando o solo trataba de asustarla para que tomara una decisión rápida?

—¿Cuántos años tiene usted, señor Bradford?

Ian frunció el ceño, confundido.

—Treinta y tres. ¿Pero eso qué tiene que ver?

—Es un poco mayorcito para seguir jugando a *Si no es todo para mí no es para nadie* —Shannon recogió los papeles del testamento—. Si me disculpa, no tengo nada más que decirle.

Ian se puso en pie a la vez que ella.

—Yo sí tengo algo más que decirle.

—De ahora en adelante, diríjase a mí a través de su abogado. Usted carece de habilidad para comunicarse.

—¿A qué se refiere?

—En primer lugar, si cree que puede asustarme con sus tácticas intimidatorias, está muy equivocado.

—¿Y? —la insolente semisonrisa de Ian despertó un instantáneo resentimiento en Shannon. Trató de ganar la batalla manteniendo el control.

—Cuando se quiere algo de alguien, es conveniente mostrarse amable, no insultante.

—¿Es eso algo que aprendió mientras crecía en los barrios bajos?

Shannon contuvo el aliento. Evidentemente, Ian Bradford había investigado su pasado. ¿Acaso creía que estaba dispuesta a aceptar cualquier oferta de dinero solo porque su familia hubiera pasado un par de años económicamente malos mientras su madre volvía al colegio? La herencia ni siquiera le pertenecía.

—Esto no nos está conduciendo a nada. Avíseme cuando tenga algo que decirme que merezca la pena —Shannon encajó la carpeta con la copia del testamento bajo un brazo y salió del despacho.

Con más interés del que convenía en su presente situación, Ian observó cómo se alejaba. Las largas y contorneadas piernas de Shannon y sus estrechas caderas se movieron con un paso más elegante del que correspondía a su evidente enfado. Cuando salió, Ian volvió a sentarse. Controlar su decepción fue más fácil que recuperar el dominio sobre sus hormonas.

Shannon Moore era una interesante contradicción. Una

controlada imagen de mujer de negocios ocultaba la luchadora callejera que había debajo. Su corta melena castaño rojiza enmarcaba un rostro ovalado y su flequillo atraía la atención hacia unos ojos marrones que se volvían dorados cuando se enfadaba.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Jenkins en cuanto entró en el despacho—. Ha salido hecha una furia.

—Le he hecho una oferta. Quiere tomarse un tiempo para pensarla —sin duda, se dirigía al despacho de su abogado en esos momentos. Ian se encogió de hombros. Ella solo era la tutora. Cuando comprendiera que no tenía ni voz ni voto en cuanto a la forma de dirigir la empresa, la oferta que acababa de hacerle empezaría a gustarle.

—Desde luego, no se parece nada a su hermana.

—No lo sé.

Jenkins sonrió.

—Por supuesto que lo sabes. Tiffany Moore. Fue ella la que se presentó en la boda de tu primo segundo con un *body* de leopardo, ¿recuerdas?

Ian recordó a la bonita y descarada rubia de risa cortante que trató de ligar con él en diversos momentos durante la celebración. Decir que la querida de su padre atrajo más miradas que la novia embarazada era un eufemismo.

—Tienes que estar bromeando. ¿Ésa era la hermana de Shannon?

A pesar de que las investigaciones del padre de Ian sobre el pasado de su querida habían sacado a la luz también el de Shannon, Ian no sabía de qué vivía ésta. Por su resuelta desenvoltura, supuso que se habría elevado por encima de sus humildes orígenes. Había adquirido una soltura y elegancia para las relaciones sociales de las que su hermana pequeña careció.

—Tenemos que hablar de algunos asuntos, Ian.

Ian volvió a prestar atención al abogado de su padre.

—Pon las cosas en marcha. Si no llama antes de un mes, acudiremos al juzgado.

—De acuerdo. Wesley pagaba a la madre una cantidad para la manutención de la niña. ¿Consideras ese compromiso anulado ahora que ambas partes han muerto?

Ian reflexionó un momento antes de contestar. No veía la necesidad de antagonizar con la mujer antes de saber qué quería con exactitud.

—No. Sigue enviando el dinero a Shannon hasta que tome una decisión sobre lo que va a hacer con las acciones.

—*¿Shannon?*

—La señorita Moore.

—Ten cuidado, Ian, o puede que acabes siendo víctima de la misma debilidad que despreciabas en tu padre.

Los labios de Ian se curvaron en una sarcástica sonrisa.

—Hay dos grandes diferencias. No estoy casado y solo me interesan las mujeres nacidas en mi misma década.

Cerró la carpeta con un gruñido. No permitiría que algo tan trivial como su atracción por Shannon le hiciera desviarse de su camino. Westervelt Properties sería devuelta a su abuelo, y haría lo que fuera necesario para ver cumplida esa promesa.

Shannon dejó la carpeta y sus llaves en la mesa de la entrada. El viaje de una hora en tren desde New York le había dado tiempo para recuperar fuerzas antes de volver a verse con su enérgica sobrina. Tras revisar el correo, cruzó el pequeño jardín delantero hasta la casa vecina. Una hilera de tulipanes rojos en la ventana indicaba la verdadera llegada de la primavera. El aroma a bizcocho recién hecho invadió su nariz cuando entró en la cocina.

—¿Dónde estás, Wendy?

—Un segundo —unos momentos después, Wendy Sommers entró

en la cocina. Su mata de oscuros rizos rebotó al ritmo de sus pasos —. ¿Qué tal ha ido la reunión?

Shannon giró los hombros para liberar la tensión de la base de su cuello.

—Ha sido más interesante de lo que esperaba.

Su amiga le alargó una taza.

—¿Café?

—Por favor —Shannon ocupó una silla y apoyó los brazos sobre la mesa de cristal—. También ha asistido el hermano de Chelsea.

—¿Y? —dijo Wendy, animándola a seguir.

—Cuando conocí a Wesley Bradford pensé que no podía haber alguien más insoportable. Al parecer, la arrogancia es un gen dominante. Ian lo ha heredado, desde luego.

—*Ian* parece haberte impresionado bastante.

Shannon hizo una mueca al percibir el inquisitivo tono de su amiga. Desde luego, y aunque no quisiera admitirlo, Ian la había impresionado.

—¿Qué tal se ha portado Chelsea?

—Muy bien. Pero ha echado de menos a su tía Shane.

—¿De verdad? —preguntó Shannon, insegura.

Cuando, inesperadamente, se convirtió en la tutora de su sobrina, sintió auténtico pánico. Lo que sabía sobre niños cabía en la cabeza de un alfiler. Para darle a Chelsea algo parecido a una vida normal volvió al pequeño barrio en el que ella pasó su adolescencia, armada con un montón de libros sobre paternidad.

Encontrarse de vecina a una antigua compañera del colegio facilitó las cosas. La extrovertida forma de ser de Wendy y su ciega aceptación de las imperfecciones de los demás dio a Shannon su primera y auténtica amiga.

—¿Qué está haciendo mi princesita? —preguntó.

—Está viendo *Barrio Sésamo* con Anna —Wendy dejó una bandeja en la mesa y se sentó—. Y ahora háblame más del señor Bradford. Que sea el hermano de Chelsea, ¿te convierte a ti en su tía?

—Muy graciosa. Lo cierto es que me sentí un poco decepcionada. Pensé… bueno, no importa lo que pensé —Shannon respiró profundamente, tratando de apartar las preocupaciones de su cabeza—. Ha dejado bien claro que piensa perpetuar la tradición familiar de ignorar la existencia de Chelsea.

Wendy permaneció unos segundos pensativa y luego soltó una risita.

—Eres toda una optimista, Shannon Moore. ¿Acaso creías que iba a ponerse a dar saltos de alegría al enterarse de que tenía una hermana?

Al escuchar a su amiga, Shannon comprendió lo ingenua que había sido. Dio un sorbo a su café y, suspirando, se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Puede que sí. Pero si se lo dices a alguien, lo negaré. Tengo que mantener bien alta mi reputación de mujer enérgica que no se anda con tonterías.

—Y que nos enseña a invertir nuestro dinero. Y te queremos por ello. Por no mencionar que nos mantienes empleados a unos cuantos.

—Porque no puedo hacer por mí misma nada relacionado con el mantenimiento de la casa —Shannon bendijo la educación y los contactos comerciales que le permitían seguir atendiendo a sus clientes y además estar en casa para Chelsea. De lo contrario, el mantenimiento de la casa habría estado más allá de sus posibilidades—. Y este asunto de hacer de madre es mucho más duro de lo que dijeron Donna Reed y June Cleaver.

—Desde luego, no eres la típica ama de casa —asintió Wendy—. Olvida esos ridículos libros sobre cómo educar a los niños y sigue tus instintos. Mientras haya amor, lo demás irá bien.

Shannon suspiró de nuevo. Mientras que la casa de su amiga olía a bizcocho recién hecho, ella solía tener que airear para que se fuera el olor a galletas quemadas. En cuanto a seguir sus instintos, lo tenía difícil, porque carecía de ellos. Sus padres no la dejaron preparada para cumplir adecuadamente el papel de madre.

—Me alegra no haber venido en busca de un hombro sobre el que llorar —Shannon esperaba que Wendy tuviera razón y su amor por la niña que se había hecho un hueco en su corazón fuera suficiente.

—¿Preferirías que te mintiera? —preguntó Wendy.

—Te lo agradecería. Ya he tenido suficiente dosis de verdad por hoy.

—Me dejas asombrada, Shannon. Nunca creí que permitirías que un hombre te desconcertara tanto. Ni siquiera cuando estábamos en el colegio.

—No estoy desconcertada. Controlo totalmente la situación.

Si eso era cierto, ¿cómo era posible que aquel hombre le hubiera hecho perder el control, cosa que no había logrado antes ningún otro? ¿Cómo era posible que su fría y pétrea mirada hubiera generado un calor desconocido en ella? No podía sentirse atraída por él.

Entonces, ¿por qué no lograba borrar de su mente la imagen de Ian Bradford?

Capítulo Dos

Ian miró en torno al despacho. El viejo mobiliario de madera de cerezo que había recuperado le daba el aspecto que recordaba de sus visitas cuando era niño. Pero, por mucho que tratara de recrear el pasado, había un hecho que no podía negar: su abuelo aún no era el único dueño de Westervelt Properties.

A lo largo de las pasadas semanas, Ian se había preparado para un inevitable enfrentamiento con Shannon Moore. De hecho, había esperado con impaciencia tener otro encuentro con ella. Pero lo cierto era que la señorita Moore no se había puesto en contacto con Jenkins. Ian no podía creer que hubiera renunciado a la herencia sin luchar. Al menos, supuso que querría el dinero. Lo último que había esperado era su silencio.

Tras veinte años, una espera de dos semanas debería parecerle una nimiedad. Pero había sido un infierno. ¿A qué estaba jugando aquella mujer? En lugar de entregar el control diario de la empresa a su abuelo, como tenía planeado, Ian había acudido cada día al despacho esperando tener noticias de ella. Tenía que volver a ocuparse de sus propios asuntos.

Revisó superficialmente el correo y luego lo apartó a un lado. Su mirada volvió al montón de sobres. El que estaba encima no tenía remite, pero el matasellos de Walton, New York, le resultó familiar. Lo abrió y sacó su contenido. Entre un papel doblado encontró los dos trozos de un cheque enviado a Shannon Moore para la manutención de la niña.

Shannon respiró profundamente, tratando de calmarse. Sus pantalones color crema tenían una brillante mancha roja en una pierna y un montón de espaguetis cubrían una de sus zapatillas de gamuza. El recipiente de plástico que Chelsea había arrojado de la mesa rodó por el suelo. Hasta el día anterior, la pasta era su plato favorito.

—Eso ha estado muy feo, Chelsea. Di, «lo siento» —Shannon mantuvo la voz calmada, pero firme.

—No.

—Tienes que disculparte o tendrás que ir a tu cuarto hasta que te dé permiso para salir.

Chelsea cruzó sus bracitos sobre su pecho y adelantó la barbilla.

—No.

Shannon trató de recordar qué decían los libros sobre ocasiones como aquella. *Si se enfada, perderá el control de la situación*. ¿Le habrían tirado alguna vez un cuenco de espaguetis al Dr. no sé qué? *Limite su reprimenda al hecho, no al niño.*

Apoyó la mano en el hombro de la niña.

—Estoy muy decepcionada por tu comportamiento.

Un grito estridente resonó por toda la casa. Shannon se quedó boquiabierta. ¿Cómo era posible que surgiera de la garganta de una niña un sonido tan horrible? Tomó el libro que había sobre el mostrador y buscó el capítulo de rabietas.

¿Qué estaba haciendo mal? Sus intentos de comunicarse con la niña habían fallado. Chelsea rechazaba las demostraciones de afecto y recibía en silencio cualquier intento amistoso de hablar.

La psicóloga de la niña le había asegurado a Shannon que saldría de su introversión en cuanto se acostumbrara a su nuevo entorno. ¿Sería aquella pataleta una muestra de mejoría? Durante sus años en Wall Street como inversora, Shannon había manejado sus propios nervios, y los de algún que otro cliente enfadado, con mucha calma. Sin embargo, una niña de pocos años era capaz de hacerle sentirse completamente impotente.

Arrojó el libro al cubo de la basura y utilizó la estrategia que solía emplear cuando trataba con algún adulto irracional. Se alejó para tomarse un momento de reposo. Un incipiente dolor de cabeza palpitaba en sus sienes. Para empeorar las cosas, sonó el timbre de la puerta. Tuvo visiones de la policía forzando la entrada y deteniéndola por maltratar a una niña.

Evidentemente, su experiencia como madre le había hecho

perder la poca salud mental que le quedaba.

Justo cuando creía haber llegado al límite de su resistencia, abrió la puerta y vio a Ian Bradford apoyado contra una de las columnas del porche de entrada. Sus ojos azules la recorrieron de arriba abajo con evidente aprobación. A punto de estallar, Shannon miró por encima del hombro a la niña y luego volvió a mirar a Ian.

—¿Es una visita familiar?

—¿Tiene un mal día? —preguntó él, y a Shannon le habría gustado saber por qué parecería tan satisfecho.

—No, normalmente ando por la casa cubierta de salsa de tomate mientras Chelsea me canta una serenata en do mayor. ¿Qué quiere?

—¿Puedo pasar?

Shannon hizo una floritura con la mano a la vez que se apartaba de la puerta.

—Por supuesto.

Al menos, la llegada de Ian Bradford silenció la explosión vocal de Chelsea. Unos segundos después, Shannon acompañó a Ian al cuarto de estar con la niña aferrada a su pierna como una lapa.

—Siéntese. Yo voy a cambiarme —tomó a Chelsea en brazos y fue rápidamente a su habitación.

Tras dejar a la niña en la cama, se quitó los pantalones y se puso una falda.

—¿Quién es ese señor? —preguntó Chelsea.

Shannon pasó un cepillo por el pelo de la niña y, por primera vez, ésta no protestó.

—Es tu hermano, Ian.

—Chelsea quiere una galleta —evidentemente, el descubrimiento de un hermano mayor resultaba mucho menos estimulante que las galletas de chocolate de la señora Fields.

—Ahora no —temiendo lo peor, Shannon se llevó una agradable sorpresa cuando Chelsea se encogió de hombros y centró su atención en los frascos de perfume del tocador.

—Lo siento —dijo la niña, mirando su reflejo en el espejo.

Un poco tarde, pero Shannon obtuvo por fin su disculpa. Sintió aquellas sencillas palabras como un gran triunfo.

—Lo sé. Pero ahora olvídalo. Tenemos un invitado.

Volvieron al cuarto de estar y encontraron a Ian cómodamente instalado en un sillón. Shannon notó el cuidado que ponía para no fijarse en su hermana. Cualquier esperanza de que hubiera ido a verla impelido por un sentido de la obligación, o, al menos, por una natural curiosidad, se desvaneció en un instante. Su sobrina seguiría viviendo sin una influencia masculina en su vida.

—Esperaba haber tenido noticias de usted —dijo Ian.

—¿Dije que llamaría? —Shannon apartó un osito de peluche del sofá y se sentó. Chelsea se acurrucó en su regazo.

—Ha devuelto mi cheque.

—No sabía para qué era.

—Para la manutención de… ah…

—¿De su hermana?

Ian exhaló lentamente.

—No es mi hermana.

Shannon acarició cariñosamente la espalda de la niña, que empezaba a quedarse dormida.

—Si no la considera parte de su familia, no hay motivo para que la mantenga.

—No quería decir eso.

—Sí quería.

Ian percibió el silencioso pesar que reflejaban las palabras de Shannon. Parecía cansada. La niña debía ser muy revoltosa. Aunque en aquellos momentos, mientras se quedaba dormida en el regazo de su tía, parecía un ángel. Apartó la mirada. No tenía por qué sentir nada por aquel diablillo de ojos azules.

—Dígame qué quiere.

—¿Le he pedido yo algo, señor Bradford?

—No. Pero su silencio ha sido muy llamativo. Supongo que tendrá un precio.

—Parece creer que tengo algo que vender, pero está equivocado. La herencia pertenece a Chelsea, no a mí.

—Como tutora legal, usted es quien toma todas las decisiones en lo concerniente a su dinero y a sus propiedades hasta que cumpla dieciocho años.

Shannon se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Pero esas decisiones deben beneficiarla a ella, no a usted.

—El dinero podría servirle para ayudar a la niña ahora.

Los ojos dorados de Shannon destellaron de rabia.

—¿Le importaría dejar de referirse a ella como la niña? Su nombre es Chelsea.

—De acuerdo. Chelsea podría tener una niñera, usted podría contratar una asistenta…

—¿Pretende sugerir que mi casa no está lo suficientemente limpia? —las palabras susurradas por Shannon reflejaron su enfado con la misma claridad que si las hubiese gritado.

Ian deslizó la mirada por la colección de juguetes que abarrotaban el caro mobiliario de la habitación. Debía reconocer que, a pesar de la presencia de una niña de dos años, el sofá azul y el sillón estaban sorprendentemente limpios.

—No exactamente sucia.

—Tal vez le gustaría tomarse un momento para sacarse el pie de la boca.

Ian se levantó del asiento y caminó por la habitación. Shannon tenía razón. Su capacidad de comunicación era escasa, pero solo con ella. Normalmente, expresaba su punto de vista con toda claridad, sin dejar lugar a las discusiones.

Shannon se levantó y dejó cuidadosamente a Chelsea en un lado del sofá. Luego la cubrió con una pequeña manta de punto.

—Chelsea no necesita niñeras, cocineras ni asistentas —dijo, encaminándose hacia la cocina.

Ian la siguió.

—¿Entonces por qué no me dice qué necesita la ni… Chelsea?

Shannon se volvió repentinamente hacia él, haciendo girar la falda en torno a sus piernas.

—Tiempo, Ian. Necesita tiempo, cariño y amor por parte de la poca familia que le queda. ¿Está dispuesto a ofrecerle su tiempo a cambio de las acciones de la empresa?

—¿Qué quiere decir?

—No es difícil de entender. Puede tratar con ella ahora o cuando sea una desconocida de dieciocho años a la que no tuvo interés en conocer en su momento.

—No la sigo.

—Usted quiere su maravillosa empresa. De acuerdo —Shannon se apoyó contra el mostrador de la cocina y cruzó los brazos sobre su cintura. Sus labios, rojos y llenos, se curvaron en una sonrisa retadora—. Mantenga una relación regular durante los próximos doce meses con su hermana. Cuando finalice ese año podrá comprar las acciones.

Ian entrecerró los ojos suspicazmente.

—¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa.

—¿Y si me niego?

Shannon movió la cabeza.

—No estoy dispuesta a hacer un montón de amenazas vacías. Eso es algo que tendrá que resolver con Chelsea de aquí a quince años. La única decisión que debe tomar ahora es cuánto quiere esperar para recuperar Westervelt Properties.

—Y usted cree que chantajearme para que visite a mi hermana es lo mejor para ella.

Shannon sostuvo la mirada de Ian sin parpadear. A pesar de que él le sacaba una cabeza, no dio la más mínima muestra de sentirse intimidada.

—En primer lugar, no lo estoy chantajeando. Lo estoy coaccionando. En segundo lugar, la idea debe tener algún mérito, pues es la primera vez que se ha referido a Chelsea como su hermana.

Ian reprimió un gruñido de enfadado. Aún tenía la opción de tratar de conseguir el control de la herencia de Chelsea en un juicio, pero no tenía garantías de ganarlo. No le gustaba verse con la espada contra la pared. Evidentemente, Shannon sabía cómo manipular a un hombre. Puede que pareciera distinta a su hermana, una buscadora de fortunas, ¿pero lo sería realmente?

—¿Qué gana usted con esto?

—Nada.

—Dado su historial familiar, me cuesta creerlo.

Shannon arqueó las cejas.

—¿Y qué historial es ése?

—Su hermana logró hacerse con una sustancial cantidad mensual en concepto de manutención para la niña. Su madre se

casó con un rico paciente menos de un mes después de empezar a trabajar como enfermera privada.

—¿También ha hecho investigar a mi madre? —Shannon parpadeó y Ian percibió una inconfundible tristeza en el brillo de sus ojos—. ¿No tiene nada mejor que hacer con su dinero?

—Yo nunca he encargado una investigación sobre su familia. Eso fue cosa de Wesley —replicó Ian, demasiado a la defensiva para su propio gusto. ¿De dónde había salido aquel sentimiento de culpabilidad? Nunca se había visto compelido a dar explicaciones a nadie sobre sus acciones.

—Oh, su padre. Ese parangón de virtudes familiares que fue seducido y engañado por su manicura de veinticinco años.

—Nunca he dicho que él no tuviera ninguna culpa.

—Ambos la tenían, pero la única que queda para pagar las consecuencias es Chelsea —Shannon se apartó del mostrador y se encaminó hacia la puerta—. ¿Por qué no vuelve a la ciudad y trata de descubrir qué voy a sacar yo de todo esto? En estos momentos tengo una casa sucia que limpiar —señaló hacia el rincón del comedor, donde podía verse un montón de espaguetis manchando el suelo.

—Escuche, Shannon…

Ella abrió la puerta.

—Váyase. Ya hemos dicho suficiente por hoy. Las cosas solo podrían empeorar.

¡Lo estaba echando! Ian no podía creerlo.

Tal vez debería irse. Necesitaba distanciarse. Algo en su interior respondía a ella. No de la forma habitual, aunque, en otras circunstancias, probablemente se habría sentido atraído por su fría y reservada belleza. Pero Shannon Moore lo afectaba a un nivel más primitivo, haciendo surgir el peor lado de su naturaleza. La parte de él que reaccionaba sin pensar. Shannon tenía la habilidad de desarmarlo, y eso la convertía en una mujer peligrosa.

Si su hermana hubiera valido la mitad que ella, Ian habría

podido comprender que su padre perdiera la cabeza. Y, si no tenía cuidado, él mismo podía acabar siendo víctima del mismo destino.

Shannon observó a Ian mientras éste entraba en su coche deportivo. Cuando se volvió para entrar en casa, vio a Wendy sentada en las escaleras de su porche, con una maliciosa sonrisa en el rostro.

—¡Menudo hombre!

—¿No me digas? —preguntó Shannon en tono escéptico.

—Ponte las gafas, chica. Es guapísimo.

—También es el hermano de Chelsea.

Wendy se levantó y se reunió con Shannon junto a la valla del jardín.

—Así que ése es el misterioso Ian. No me extraña que no quisieras hablar de él. Quieres quedártelo para ti sólita.

—Tú eres una feliz madre de una niña de tres años.

—Eso no significa que esté muerta.

Shannon resopló.

—Ese hombre no está interesado en una relación larga.

—¿Y a quién le importa? Esa es la clase de hombre con la que una se divierte. No tienes por qué casarte con él.

—Yo no me divierto con los hombres.

—Eso es porque no tienes uno como él —replicó Wendy, dedicándole un guiño—. Si no estás interesada, envíamelo. Yo jugaré a las casitas con él.

Shannon se llevó una mano al pecho y simuló sentirse escandalizada.

—Estás destruyendo mis ilusiones respecto al recato de la auténtica madre y ama de casa.

—Lo sé. Creías que nos pasábamos el día sentadas viendo teleseries e intercambiando recetas mientras vosotras, las mujeres de negocios, os dedicabais a asistir a comidas de poder y a vivir todas vuestras fantasías sexuales.

—Nunca he creído que te pasaras el día sentada, y, desde luego, tampoco he vivido nunca hasta el fin mis fantasías sexuales.

Su última relación había terminado a causa de la falta de interés. Las cenas del sábado y el sexo obligatorio de los martes acabaron siendo rutinarios hasta el extremo del aburrimiento. Shannon sabía que todas las relaciones que había mantenido hasta el momento habían sido con hombres seguros, aburridos y predecibles. Antes que vivir un apasionado romance que acabara con la misma amargura que el de sus padres, había elegido no correr riesgos.

Por algún motivo, sospechaba que Ian no sería predecible. Intenso, excitante, tal vez incluso peligroso, pero nunca predecible.

No podía creer que estuviera pensando en aquello. En primer lugar, Ian Bradford no poseía ni una sola cualidad por la que pudiera sentirse atraída. Excepto, tal vez, un cuerpo por el que merecería la pena morir. Una involuntaria sonrisa elevó una comisura de sus labios a la vez que un escalofrío recorría su espalda. Aquella vía de pensamiento podría llevarla a la clase de problemas que con tanto éxito había evitado hasta el momento. Movió la cabeza y centró la atención en la incrédula mueca de su amiga.

—¿Pretendes decirme que no estás interesada en lo más mínimo? —preguntó Wendy.

—¿En mantener una relación con Ian?

—Sí, pero de auténtico y puro sexo.

Las mejillas de Shannon se cubrieron de rubor.

—¿Acaso no hay nada sagrado para ti?

—Supongo que eso quiere decir que sí. Bien. Necesitas algo de diversión en tu vida.

Shannon cambió de tema.

—¿Puedes cuidar a Chelsea mañana? Tengo una cita con un cliente en la ciudad.

—No hay problema —Wendy se agachó un instante y al erguirse entregó una margarita a Shannon—. ¿No vive Ian en la ciudad? —preguntó en tono inocente. Si decides pasar la noche allí, yo me encargaré de Chelsea…

—Wendy, mantente al margen de mi vida amorosa.

—Para eso tendrías que tenerla.

Shannon volvió a su casa, refunfuñando. Wendy no tenía mala intención, pero ella no estaba acostumbrada a hablar sobre su vida privada. Aunque quiso mucho a Tiffany, no fueron la clase de hermanas que intercambiaban confidencias. Ambas pasaron por las mismas experiencias duras y amargas, pero sus vidas siguieron rutas diferentes.

Shannon puso toda su energía en hacer una carrera provechosa, de manera que nunca tuviera que ser económicamente dependiente de un hombre. Antes de recibir la custodia de Chelsea, el único compromiso en su vida era pagar las letras del coche.

Por el contrario, su hermana se empeñó en encontrar un hombre que le hiciera la vida fácil. Si además estaba casado, mucho mejor. Cuando Tiffany empezó su aventura con Wesley, imaginó que había dado en la diana. Y, durante una época, vivió realmente bien, pero cuando el interés de Wesley por ella empezó a decaer, se aseguró de mantener su billetera disponible gracias a Chelsea.

Tal vez Ian tuviera derecho a sentirse enfadado y amargado. Debió sufrir una fuerte conmoción al averiguar que tenía una hermana lo suficientemente joven como para ser su hija. ¿Superaría su resentimiento y sería capaz de abrir su corazón a Chelsea como familiar suyo? ¿Entendería alguna vez el concepto de familia?

Ian condujo el coche por la sinuosa carretera que llevaba a la casa de su abuelo. Aquel viejo caserón estilo colonial era el único lugar en el que Ian llegaba a sentirse cómodo. Allí pasó casi todos los veranos de su infancia con sus abuelos, en la época en que Wakefield, Connecticut, aún era considerado el campo y no una extensión de New York. A pesar de los cambios, aún disfrutaba de aquellas visitas.

Adam Westervelt estaba en el jardín delantero, atendiendo sus preciadas rosas. A los setenta y cinco años, el abuelo de Ian estaba más en forma y era más activo que muchos hombres de cuarenta. El destino no había sido amable con él. A lo largo de su vida había enterrado a su esposa y a sus dos hijos.

—Ven a ver esto, Ian —dijo Adam, haciendo una seña a su nieto mientras éste salía del coche—. La rosa *American Beauty*. Suave, delicada y hermosa. Parecida a una mujer, ¿no te parece?

—Incluyendo las espinas —dijo Ian en tono irónico.

—Eres un cínico.

—Soy realista.

—Vivir tu vida solo no es ser realista, muchacho. Compartir tu vida es lo real.

Ian reprimió un gruñido. No estaba de humor para recibir otro sermón sobre las virtudes del matrimonio. Podía negar pocas cosas a su abuelo, pero no sentía ninguna inclinación a buscar esposa.

—No estoy aquí para hablar de mí. ¿Cuándo estarás preparado para hacerte cargo de nuevo de Westervelt Properties?

—Aprecio lo que tratas de hacer…

—Lo único que hago es devolverte lo que te pertenece por derecho.

Adam dejó sus herramientas de jardinería en el suelo.

—El único motivo por el que me disgustó la traición de Wesley fue porque quería que la empresa fuera tuya. Ahora ya lo es. El círculo se ha cerrado.

—Yo ya estoy bastante ocupado, y lo cierto es que los seguros y las inversiones no me interesan demasiado. La empresa lleva tu nombre, y vas a volver a dirigirla.

Adam apoyó una mano en el hombro de Ian. A pesar de sus protestas, sus ojos revelaron los primeros destellos de excitación que su nieto había visto en años.

—¿Tu hermana está de acuerdo con ese arreglo?

—¿Qué? —Ian estuvo a punto de atragantarse. Él no había mencionado a su abuelo las especificaciones del testamento de Wesley, y había dado instrucciones a su abogado para que tampoco lo hiciera.

—¿Creías que no me enteraría? Esa clase de noticias vuelan.

Ian respiró profundamente. Con dieciocho exqueridas recibiendo una pensión, no debería sorprenderle que alguna hubiera hablado. Sobre todo teniendo en cuenta que un par de ellas vivían allí mismo.

—Debí decírtelo personalmente.

—No me sorprende que tu padre tuviera un hijo ilegítimo. Teniendo en cuenta cómo se comportaba, lo sorprendente es que no tuviera más. ¿La has conocido?

—Sí.

—¿Y está interesada en hacerse cargo de la empresa? —preguntó Adam.

—Puede que dentro de veinte años, más o menos.

—No te sigo.

—Tiene dos años —murmuró Ian con evidente desagrado.

Adam frunció el ceño.

—Eso sí que es una sorpresa.

—Pero no te preocupes. De una forma u otra, pienso comprar sus acciones.

—Lo que me decepciona es que no sea mayor. Necesitas una familia, Ian. Yo no estaré aquí siempre y tú no pareces dispuesto a tener una familia propia.

—No necesito una familia —y tampoco necesitaba la montaña rusa emocional que incluía cualquier relación de larga duración. Algunas mujeres utilizaban el sexo para obtener lo que querían, y otras lo dosificaban para alcanzar su meta. Pero, al final, todas querían lo mismo: un anillo en el dedo y acceso ilimitado a la cuenta de sus maridos.

—En ese caso, ¿para qué estás construyendo ese imperio? ¿A quién piensas dejárselo? Incluso Wesley, con todos sus defectos, dejó sus posesiones a sus hijos.

Ian refrenó el impulso de decir que el testamento de su padre había sido el último insulto añadido a toda una vida de injurias. Él había recibido gran parte del dinero líquido, cosa que no le importaba en lo más mínimo. Pero siempre había querido Westervelt Properties, y su padre había decidido dividir las acciones entre él y su hermana, aunque él sería el responsable de su dirección. Si careciera de escrúpulos, podría llevar la empresa a la ruina, pero no estaba dispuesto a destruir algo que llevaba el nombre de su abuelo y que era una fuente de orgullo para éste. Además, adueñarse de la herencia de una niña de dos años no lo haría mejor que a su padre.

Su mente voló hacia Chelsea Moore. Si Wesley hubiera dejado su dinero a la niña y la empresa a él, ¿habría desestimado con tanta rapidez los lazos de sangre que lo unían a ella? Probablemente no. Era su hermana, y, por mucho que se empeñara en negarlo, nada podría cambiar ese hecho.

Pensó en Shannon. Si resultaba ser tan interesada como su madre y su hermana, ¿quién se haría cargo de proteger los intereses de Chelsea?

Le gustara o no, debía asumir un papel en la educación de su hermana y mantener al mismo tiempo vigilada a Shannon Moore. Cuando recordó a la mujer de ojos dorados que había tenido el valor de echarlo de su casa, rio. ¿Sería siempre igual?

La nueva perspectiva en que se había colocado empezaba a atraerlo.

Capítulo Tres

Shannon revisó una vez más la casa de arriba abajo. No había ningún juguete ni una sola prenda de vestir fuera de su lugar. Comprobó la hora en su reloj por tercera vez. ¿Por qué le causaba tanta inquietud la visita de Ian? Su sugerencia sobre contratar a una asistenta le había preocupado más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Cuidar a Chelsea como era debido, sin dejar de atender adecuadamente a sus clientes, no había sido fácil. Que algunas muñecas y lápices de colores no estuvieran en su sitio no quería decir que fuera una mala tía.

Dos meses atrás, Ian no conocía la existencia de su hermana. Dos semanas atrás aún negaba su relación de parentesco con ella. ¿Y ahora quería presentarse allí y discutir sobre su educación? ¿Quién diablos se creía que era? Durante los pasados seis meses, ella se había hecho cargo de Chelsea sin contar con el apoyo financiero ni emocional de los Bradford.

Con Chelsea en la guardería por la mañana, Shannon supuso que no tendría que refrenar sus palabras cuando Ian dijera algo para molestarla. ¿Por qué dejaba que la afectara de aquella manera?

Aún faltaba una hora para que llegara y, al ver un hilo en la alfombra, volvió a sacar la aspiradora. Subió el volumen del CD para oírlo por encima del ruido y empezó su tarea. El aburrimiento de ésta le hizo buscar formas de divertirse mientras trabajaba.

Los altavoces atronaban con un tema clásico. Shannon hizo una reverencia a la aspiradora.

—¿Bailamos?

Como pareja, la aspiradora era un poco baja, pero se movía con cierta soltura sobre la alfombra.

Cuando la música terminó, Shannon hizo una reverencia a su pareja.

—Muy agradecida, amable señor.

Una ronda de aplausos rompió el silencio. Shannon dejó escapar un gritito y se volvió. Ian se hallaba en el umbral de la puerta, entre el vestíbulo y el cuarto de estar, sonriendo burlonamente. El corazón de Shannon redobló sus latidos.

—La puerta estaba abierta. Si hubiera sabido que estabas tan ocupada, habría esperado fuera.

—Llegas temprano —replicó Shannon con sequedad, devolviéndole el tuteo.

Una vez más, Ian la había tomado por sorpresa. ¿Tendría alguna clase de radar que le decía cuál era el peor momento para presentarse?

—¿No podías haberte entretenido tomando un café en algún sitio?

—No había pensado que tu ajetreada agenda fuera tan inflexible.

—¿Acaso crees que me paso el día sentada? —preguntó Shannon, molesta.

Ian acababa de llegar y ya había conseguido que se pusiera a la defensiva. Su traje a medida gritaba poder, mientras que los vaqueros y la camiseta desteñida que llevaba ella le daban cierto aire hippie. Pero lo más inquietante eran aquellos penetrantes ojos azules que parecían taladrarla con su intensidad.

Tras guardar la aspiradora en el armario, Shannon señaló el sofá.

—Siéntate.

—¿Dónde está Chelsea?

—En clase.

Ian se sentó en el mullido sofá con mucha calma.

—¿No es demasiado joven para eso?

—Es una guardería.

—Oh. ¿Y qué haces tú mientras ella está fuera?

—Estoy ocupada.

—¿En este pueblo?

Shannon apoyó las manos en sus caderas.

—¿Qué tiene de malo este pueblo?

—Nada. ¿Vamos a empezar una discusión o podemos dejarla para el final, cuando vuelvas a echarme?

Shannon se preguntó si estaría siendo excesivamente suspicaz. Decidió trasladarse con Chelsea a Walton precisamente porque era una pequeña población. La tranquilidad y la seguridad fueron los principales motivos. Respiró profundamente para calmarse y ocupó una silla frente a Ian.

—¿De qué querías hablar?

—Sobre la empresa. Sobre tu oferta. Y, principalmente, sobre el futuro de Chelsea.

Shannon alzó una ceja con gesto interrogador.

—¿A qué se debe ese repentino cambio de actitud?

—No sé a qué te refieres.

—La última vez que estuviste aquí me dio la impresión de que no pensabas que Chelsea se mereciera nada.

—Reaccioné inadecuadamente y lo siento —la disculpa de Ian no encajaba con su personalidad. Shannon buscó en su rostro algún indicio de emoción, pero no vio ninguno.

—Olvídalo.

—Te he traído información sobre la empresa —Ian sacó un grueso sobre del bolsillo de su chaqueta y lo alargó hacia ella.

Cuando Shannon fue a tomarlo, sus manos se rozaron. La

reacción física fue instantánea e intensa. Tratando de negar las sensaciones que la recorrieron, apartó la mano y murmuró:

—Electricidad electrostática.

—Claro —Ian reprimió una risa. Las mejillas de Shannon se habían puesto tan rojas como las rosas de su abuelo. Aquella no era la misma mujer que conoció en el despacho, y tampoco era la de hacía dos semanas. Shannon Moore tenía muchas facetas.

Había llegado antes a propósito, con intención de atraparla con la guardia baja, y la táctica había dado resultado. La rígida armadura de auto control que Shannon se ponía para mantener a la gente a distancia parecía haberla abandonado. Pero su respuesta al breve contacto entre sus manos no la había sorprendido más a ella que a él.

Él también sentía la seductora conexión que había entre ambos. Y también sentía la necesidad de negarla.

—Si no entiendes algo, estoy dispuesto a explicártelo.

Shannon tomó sus gafas de la mesita de café y se las puso.

—No tengo intención de entrometerme en la forma que diriges la empresa.

—Ese es el problema. Yo no tengo intención de hacerme cargo de Westervelt Properties. Las estrategias de inversión no son mi especialidad. Pienso transferir la responsabilidad a alguna persona más cualificada.

—¿Has pensado en alguien en concreto? —un destello de interés iluminó los ojos de Shannon. ¿O sería desconfianza lo que Ian vio reflejado en ellos?

—Ya me he ocupado de eso.

—Oh.

Ian no estaba seguro, pero creyó percibir un matiz de decepción en la voz de Shannon. ¿Esperaría que la hubiera consultado antes de tomar la decisión?

Aprovechó que estaba examinando los papeles para observarla. El sol que entraba por la ventana se reflejaba en su pelo castaño rojizo. Los vaqueros moldeaban sus largas piernas. Ian recordó su desinhibido número de baile y la incómoda reacción que había provocado en él. Notó que regresaba la misma desagradable tensión. ¿A quién trataba de engañar? Su estado tenía muy poco que ver con la tensión y mucho con el deseo. Se movió en el asiento y dejó escapar un apagado gruñido.

Shannon lo miró.

—¿Has dicho algo?

Ian pensó que lo que Shannon lograba hacerle solo con mirarlo desafiaba toda lógica. El plan de atraparla desprevenida se estaba volviendo en contra suya.

—¿Necesitas que te explique algo?

—No —Shannon giró los hombros y se pasó una mano por la parte trasera del cuello. El gesto, aparentemente inocente, resultó muy provocativo. Sus redondeados senos tensaron la camiseta.

Ian se aclaró la garganta.

—Necesito el número de la seguridad social de Chelsea. No logro encontrarlo entre los papeles.

—¿Para qué?

—Es socia de la empresa. Y, que yo recuerde, vas a recibir una cantidad mensual para su manutención, así que…

—No —dijo Shannon con firmeza.

—¿Por qué?

—No pienso cobrar como si fuera una niñera por cuidar a mi sobrina.

—Mi hermana.

Shannon se puso en pie y arrojó los papeles sobre la mesa.

—En ese caso, compórtate como un hermano, no como un administrador contratado para hacerse cargo de sus necesidades. Ni siquiera has pasado diez minutos con ella todavía. No tienes ni idea de cuáles son sus necesidades reales.

—Si no te importa que lo pregunte, ¿cómo piensas mantenerla?

Los ojos de Shannon destellaron de indignación.

—De momento me las he arreglado muy bien sin tu ayuda, Ian. Tengo una casa y trabajo por libre.

—En ese caso, no comprendo qué quieres de mí.

—No quiero nada de ti. Creía que estábamos hablando de Chelsea —Shannon metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y se apoyó contra la repisa de la chimenea.

—¿No crees que los treinta años de diferencia que hay entre nosotros van a hacer difícil que seamos amigos?

—Los amigos entrarán y saldrán de la vida de Chelsea. Pero la familia es para siempre y la edad no tiene nada que ver con las relaciones.

Ian miró atentamente a Shannon. Aquel asunto de la familia parecía muy importante para ella. Teniendo en cuenta lo que sabía sobre su pasado, no entendía por qué.

—¿Has pensado que si me convierto en una constante influencia en la vida de Chelsea, también seré una constante presencia en la tuya?

—Todo tiene sus ventajas y sus desventajas —replicó Shannon en tono irónico.

—Tu entusiasmo resulta conmovedor.

—Olvida mi cinismo, pero no trates de hacerme creer que estás aquí por otro motivo que el de hacerte con las acciones de Chelsea. Yo tengo que asegurarme de que ella también consiga algo que merezca la pena con el trato.

Aunque Ian sabía que se merecía el enfado de Shannon, la baja

opinión que tenía de él lo afectó más de lo que habría querido admitir. A diferencia de su padre, él no tenía intención de quitarle a su hermana nada que le perteneciera por derecho.

—No estoy aquí tan solo para conseguir su parte de la empresa.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Tengo que asegurarme de que manejas su dinero adecuadamente.

—¡Dinero! —exclamó Shannon—. ¿Es eso lo único en lo que piensas? ¿Acaso sueñas todas las noches con el signo del dólar?

Un destello de diversión iluminó los ojos de Ian.

—¿De verdad quieres saber en qué sueño cuando estoy solo en la cama? —murmuró en un tono roncamente sensual.

—Ciñámonos al tema.

—He olvidado cuál era el tema.

La seductora sonrisa de Ian desarmó a Shannon. Trató de ignorar el revoloteo que sintió en su estómago. Aquel hombre era tan frío y distante como un iceberg, y, sin embargo, su cuerpo reaccionaba ante él de una forma deliciosamente cálida. Pero sabía que debía tener cuidado. Ian había dejado claro desde el principio lo que pensaba de ella. Creía que, al igual que su hermana, iba tras el dinero de los Bradford.

Cuando mencionó que iba a contratar a alguien para hacerse cargo de la empresa, Shannon pensó tontamente que estaba pensando en ella. Después de todo, su especialidad eran las estrategias de inversión. Al parecer, Ian no lo sabía, porque parecía creer que necesitaba su apoyo económico para hacerse cargo de Chelsea. Si le hiciera ver en ese momento a qué se dedicaba, probablemente deduciría que estaba buscando trabajo y reiteraría su ofrecimiento de dinero.

Irguió los hombros y, a pesar de su vestimenta, trató de mostrarse segura de sí misma. El vestido no hacía a la persona, pero, en su caso, ayudaba a reforzar la imagen que trataba de proyectar. En aquellos momentos, tenía el aspecto y la pose de una

balbuceante jovencita que se hallara en presencia de un famoso actor de cine.

—Lo importante es Chelsea. ¿Puedo deducir que lo que quieres es llegar a algún acuerdo para verla regularmente?

—Por supuesto que puedes asumirlo.

La estaba tratando con condescendencia. Shannon quiso decirle dónde podía guardarse su condescendencia. Pero se recordó que aquel arreglo podía beneficiar a Chelsea, y eso era lo único importante. En los pasados seis meses, la niña se había convertido en el centro de su mundo. Un gran cambio para una mujer que había prometido no permitir que las emociones controlaran su corazón.

La semana pasada, Chelsea había anunciado en la guardería que tenía un nuevo hermano. Shannon tuvo que dar algunas explicaciones a la maestra. La niña necesitaba una familia en su vida, aunque el precio que tuviera que pagar Shannon por ello fuera tratar con Ian.

—¿Por qué no me dices exactamente cómo quieres organizar las cosas? —preguntó.

—¿Por qué no dejamos que simplemente sucedan?

—¿Qué quieres decir?

—Para Chelsea soy un desconocido. No creo que al principio me dejara venir a recogerla para llevármela a algún sitio.

—Puede que no haya pensado en los detalles —murmuró Shannon. Lo cierto era que estaba convencida de que Ian iba a rechazar la oferta.

—Yo diría que no —Ian se levantó y se acercó a ella. Su masculino aroma actuó sobre Shannon como si fuera un cable de corriente—. Sobre todo en cómo vamos a tratar esta… tensión que hay entre nosotros.

Shannon dio un paso atrás.

—Estoy segura de que el enfado se pasará con el tiempo.

—No es ésa la clase de tensión a que me refería. Me refería a la atracción sexual que ninguno de los dos podemos ignorar. Yo te deseo, y tú a mí.

Shannon se cruzó de brazos, negándose a aceptar la verdad que había en las palabras de Ian.

—Arrogante y engreído. Qué combinación tan encantadora… Pero resulta que también estás equivocado en eso.

—¿En serio? —Ian retiró las gafas de Shannon de sus ojos y las dejó sobre la repisa de la chimenea. Tomando su barbilla entre el pulgar y el índice, le hizo alzar la cabeza—. ¿En serio?

Inconscientemente, Shannon se humedeció los labios. Notó los fuertes latidos de su corazón contra las costillas.

—Sí.

—¿Sí? —Ian sonrió y bajó la cabeza hasta que sus rostros se encontraron a escasos centímetros de distancia.

—No.

—¿Sí o no, Shannon?

Shannon se sentía tan aturdida que no sabía a qué pregunta estaba respondiendo. Antes de que pudiera impedirlo, Ian rozó con sus labios los de ella.

Un intenso calor se arremolinó en su interior. El breve beso la dejó extrañamente insatisfecha. Se llevó un dedo a los labios. Conservaba en ellos el sabor de Ian. Quería más. No pudo reprimir un suspiro.

—Me gustan los beneficios laterales de este arreglo —la susurrante voz de Ian acarició el oído de Shannon que se preguntó si estaría perdiendo la cabeza.

Cuando logró centrar la mirada lo suficiente como para ver la satisfecha sonrisa de Ian, supo la respuesta. Lo que para ella había sido un momento profundo y revelador, para él no había sido más que una forma de probar su punto de vista.

Giró la cabeza para librarse de su mano.

—Esto no forma parte del arreglo.

—Es una lástima. Así tú también podrías sacar algo de provecho.

Por ejemplo, muchos más problemas de los que él merecía, pensó Shannon.

—No te halagues a ti mismo.

—Eres tú la que me halaga. Tu suspiro de placer y la aceleración de tu pulso han reforzado intensamente mi ego. ¿O piensas seguir negando la chispa que hay entre nosotros?

Shannon ladeó la cabeza y observó la sarcástica expresión de Ian.

—Podría meter los dedos en un enchufe para tener la misma sensación, y, además, con muchas menos complicaciones.

Ian rio.

—No creía que huyeras de los retos tan fácilmente.

—Tengo demasiado sentido común como para entrar a ciegas en un campo de minas —una aventura con Ian sería una peligrosa proposición. Entre Chelsea y sus clientes, a Shannon no le quedaba suficiente energía como para dedicarse a jugar con un oponente como Ian.

El sonido de la bocina de un coche impidió que Ian respondiera. Shannon agradeció al cielo la interrupción y fue a la puerta. Su precipitada retirada solo podía querer decir una cosa. Estaba más interesada de lo que quería.

Ian sonrió. Le iba a costar conquistarla, pero nunca le había gustado conseguir las cosas fácilmente. No sentía la más mínima culpabilidad ante la idea de perseguirla. A pesar de sus protestas, sabía que ella también estaba interesada. Los dos eran mayorcitos. Sabían exactamente en qué se estaban metiendo. No veía un solo motivo por el que no debieran dar paso libre a la pasión que había entre ellos.

Y entonces, una buena razón entró dando saltos en el cuarto de estar y hablando sin cesar con su tía. Aquel cúmulo de energía cinética con ojos azules, Chelsea, hizo que Ian recordara el motivo por el que estaba allí. No para empezar una relación con Shannon, sino para mantenerla vigilada.

—Di hola a tu hermano —dijo Shannon—. Hoy ha venido a verte —su sonrisa enmascaró el tono desafiante de sus palabras.

El parloteo de Chelsea se interrumpió en cuanto vio a Ian. Se ocultó tras la pierna de su tía y apoyó el rostro en sus gastados vaqueros. En una manita sostenía con firmeza un papel.

—¿Vas a decir hola? —preguntó Shannon, acariciando los rubios rizos de la niña. Al no obtener respuesta, se volvió hacia Ian y se encogió de hombros—. Puede que si te sentaras no le parecerías tan grande.

Ian se agachó junto a Chelsea.

—No tienes miedo de mí, ¿verdad? Ya eres una niña grande.

Chelsea apartó la cara de los vaqueros de Shannon y lo miró con curiosidad. Con los labios apretados, asintió tímidamente.

—Y veo que también eres una artista —Ian tomó cuidadosamente el papel de la mano de la niña. Temiendo ofenderla si interpretaba mal el caos de líneas de colores que vio en él, sonrió y dijo—. No puedo ver bien sin mis gafas. ¿Qué has dibujado?

—Tía Shane, Chelsea y un perrito.

—¿Tienes un perrito? —preguntó Ian. La niña negó con la cabeza—. ¿Quieres uno?

El rostro de Chelsea se iluminó.

Shannon dedicó una mirada asesina a Ian y luego sonrió a la niña.

—Ahora tienes que comer, Chels.

—¿Espeti? —preguntó Chelsea, esperanzada.

Shannon no había preparado espaguetis desde el desagradable incidente que tuvo lugar justo antes de la primera visita de Ian a la casa. Revolvió cariñosamente el pelo de la niña.

—De acuerdo. Pero antes tienes que cambiarte de ropa.

Chelsea rodeó a Ian y corrió hacia su habitación.

Cuando Ian se irguió, notó que la cálida sonrisa de Shannon había desaparecido.

—No vuelvas a hacerlo —espetó ella.

—¿Qué he hecho?

—«¿Quieres un perrito?» —dijo Shannon, imitando el tono de Ian—. Decirle eso a una niña es lo mismo que hacerle una promesa.

—En ese caso, tendré que cumplirla.

La furia hizo que las mejillas de Shannon se tiñeran de un saludable color.

—En ese caso, tendrás que guardarlo en tu casa para traerlo cuando vengas de visita.

—Deduzco que no te gustan los perros.

—Lo que no me gusta es que un hombre entre en mi casa y empiece a tomar decisiones como si tuviera todo el derecho a hacerlo.

Ian reprimió una sonrisa. Shannon le parecía aún más guapa cuando se enfadaba. Sus ojos brillaban y su rostro irradiaba un apasionado calor.

—¿No recuerdas lo bonito que era tener un perro?

—Los niños de los barrios bajos no podíamos permitirnos esos lujos —replicó Shannon en tono sarcástico.

Sus palabras dieron en la diana. Ian nunca había menospreciado a una persona a causa de sus orígenes.

—El comentario que hice en la oficina de mi abogado no estuvo bien.

—No. Pero debería agradecértelo. No me viene mal recordar de vez en cuando mi pasado; podría volverme complaciente si olvidara.

—¿Si olvidaras qué?

—Si olvidara lo que no quiero de la vida —Shannon giró sobre sus talones y fue a la cocina, dejando que Ian tratara de comprender lo que había querido decir con sus críticas palabras.

Capítulo Cuatro

Ian se pasó la mano por el pelo. Shannon no se parecía a lo que había esperado. Comprendía que una infancia de pobreza hubiera impulsado a su hermana a buscar una aventura con un hombre rico. ¿Pero esperaba Shannon conseguir la misma clase de seguridad?

Si era así, jugaba con cara de póquer. No se había puesto en contacto con él ni una vez para hablar sobre la empresa, o sobre el dinero que, como a todas sus demás amantes, Wesley había dejado a su hermana. Sus dos ofrecimientos de una cantidad mensual para Chelsea habían sido firmemente rechazados. ¿De dónde sacaba el dinero para pagar los recibos? Su «trabajo por libre» no debía dar suficiente como para mantenerla a ella y a la niña.

El sonido de metal chocando contra metal y la subsiguiente protesta terminó con las divagaciones de Ian. Fue a la cocina para comprobar qué pasaba.

—¿Vas a quedarte a comer? —preguntó Shannon, sin apartar la mirada de los cazos que estaba recolocando en el armario. Juzgando por el tono de su voz, daba la sensación de que habría preferido que la abrieran en canal.

—Si no supone mucha molestia…

—¿Y si te digo que sí?

—Me quedaría de todos modos.

Shannon movió la cabeza y suspiró.

—¿Por qué sabía que ibas a decir eso?

—¿Porque los genios pensamos igual? —sugirió Ian.

—Más bien, porque la mente masculina es tremendamente predecible.

Ian se colocó tras ella. Lo suficientemente cerca como para oler su aroma a lilas y como para tocarla, aunque no lo intentó.

—Corrígeme si me equivoco, ¿pero no fuiste tú la que sugirió que debía pasar tiempo con Chelsea?

—Sí —murmuró Shannon. Se volvió y se apoyó de inmediato contra el mostrador para evitar cualquier contacto físico con Ian. A éste le gustó su incomodidad—. Pero no esperaba tener invitados para comer.

—Me conformo con los espaguetis —Ian trató de no reír al ver la mueca de desagrado de Shannon.

—Creo que puedo hacer algo mejor.

—Estoy seguro de que me gustaría cualquier cosa que me dieras.

Si Shannon captó el doble sentido, no lo demostró.

—Será mejor que vaya a ver qué se trae Chelsea entre manos.

—Voy yo —antes de que Shannon pudiera protestar, Ian se volvió y salió de la cocina.

Siguiendo el sonido de las risitas, encontró la habitación de la niña al final del pasillo. Chelsea estaba saltando sobre su cama. Al ver a Ian en la puerta, se dejó caer en el colchón sobre el trasero.

—Oh, oh —dijo, bajando de la cama para recoger el vestido que se había quitado.

Ian entró en el dormitorio, que tenía un ambiente decididamente femenino.

—¿Qué haces?

—Nada.

Ian tomó unos diminutos pantalones verdes del respaldo de una silla.

—¿Se supone que te tienes que poner estos además de la camiseta?

Chelsea asintió.

—Entonces, será mejor que nos demos prisa —dijo él, dedicándole un guiño cómplice—. Tía Shannon está esperando.

Mientras la niña se cambiaba, él miró a su alrededor. El mobiliario blanco y lacado con motivos rosas creaba un ambiente de cuento de hadas. Dibujos de unicornios y cuentos adornaban las paredes. Sin duda, Shannon se había esforzado en convertir aquella habitación en el sueño de una niña.

Se inclinó para observar una foto de Chelsea con su madre.

—Mamá está en el cielo —el desenfadado tono de la niña fue un claro testimonio de su capacidad de adaptación, pero solo sirvió para que creciera el enfado de Ian con su padre.

—Lo sé.

—Tengo un cumpleaños.

Ian no era ningún especialista en consuelos, de manera que aceptó con alivio el cambio de tema.

—¿Cuándo?

Chelsea se encogió de hombros.

—¿Cuántos años vas a cumplir?

Ella alzó tres dedos.

—Tre.

—¿Qué quieres de regalo?

—Un perrito.

Ian sonrió, agradeciendo que Shannon no estuviera cerca.

—Si no puedo encontrar un perrito, ¿qué te gustaría que te comprara?

—Un gatito.

—Vaya. Veo que quieres meterme en problemas. Vamos —Ian señaló la puerta con una mano y se sorprendió cuando la pequeña le tomó en la suya. Su estómago se encogió. La naturalidad con que Chelsea lo había aceptado le hizo sentirse culpable por la facilidad con que él había tratado de ignorarla.

Shannon se colocó las gafas sobre la frente y arqueó la espalda. Se había encerrado en su habitación nada más terminar de comer. Si era sincera consigo misma, debía reconocer que la naturalidad que había demostrado Ian relacionándose con Chelsea le había hecho sentirse incómoda. Pero prefería mentirse, de manera que se convenció a sí misma de que tenía mucho trabajo que hacer. Además, todos los hombres eran como niños, de manera que era lógico que se relacionaran mejor con otros niños.

Tras su dosis diaria de antimachismo, se sintió más reconfortada. Apagó el ordenador y salió de la habitación para estirar las piernas. Disfrutó por unos instantes del silencio, hasta que se dio cuenta de que la casa estaba demasiado tranquila. ¿Dónde estaría Chelsea?

Corrió por el pasillo. Cuando vio a su sobrina dormida en el sofá, sintió un gran alivio. ¿Pero qué esperaba?, se reprendió. Ian tenía suficiente sentido común como para no secuestrar a una niña, pero también debería haber tenido la suficiente consideración para no irse sin avisarla. Tras tapar a Chelsea con un chal y darle un beso, fue a preparar un café.

Cuando entró en la cocina, captó una sombra moviéndose en su visión periférica. Se volvió de repente y chocó de espaldas contra la nevera. Un grito ahogado surgió de su garganta.

—Lo siento —dijo Ian, aunque no parecía nada arrepentido.

—Me has asustado —Shannon se llevó una mano al pecho y respiró profundamente—. Creía que te habías ido.

—¿Sin darte las gracias? Mi madre me educó mejor que eso —Ian apoyó la mano en la nevera, justo por encima del hombro de Shannon.

Los latidos del corazón de ésta se ralentizaron a solo el doble de su ritmo habitual mientras un almizclado olor a loción de afeitado

invadía su nariz. El frío metal que tenía contra la espalda contrastó con el calor que la recorrió.

«Adrenalina», pensó, tratando de convencerse a sí misma.

Hormonas, dijo su cerebro.

Echó la cabeza ligeramente hacia atrás para mirar a Ian a los ojos. Era posible que estuviera derritiéndola con su proximidad, pero no debía darle la satisfacción de permitir que lo supiera.

—¿Cuánto tiempo lleva dormida Chelsea?

—Unos minutos. ¿Por qué te has escondido en tu habitación toda la tarde?

—Para que pudieras estar a solas con tu hermana.

—¿Por si queríamos hablar de algún tema íntimo, como por ejemplo, por qué Bugs Bunny es más gracioso que Goofy? ¿O tal vez porque crees en el método de inmersión total en la familia?

—Te las has arreglado muy bien.

—Y eso te fastidia, ¿verdad? Esperabas que Chelsea me odiara.

Shannon negó con la cabeza. Lo último que quería era empezar una guerra por el afecto de la niña. Había pasado por aquello con sus padres. Ella y Tiffany fueron las perdedoras.

Era por Chelsea por lo que Shannon quería que Ian mostrara interés por la niña. Pero le habría gustado que su sobrina le hubiera dado al menos la mitad de los problemas que le había dado a ella mientras trataba de reforzar sus lazos emocionales.

—Si te relajaras un poco no tendrías tantos problemas con ella —dijo Ian.

—¿Quién dice que tenga problemas?

—Yo lo digo. ¿Por qué te has puesto tan tensa cuando se ha negado a comer? ¿No comprendes que cuanta más importancia le das a un problema más lo utilizará contra ti?

—Solo tiene tres años, por Dios santo, no es ningún cerebro genial tratando de atormentarme.

—No, lo que busca es atención, y ésa es una forma de conseguirla.

—Ahora resulta que también soy negligente. Al parecer, no tengo ninguna buena cualidad —Shannon agachó la cabeza para pasar bajo el brazo de Ian.

Él la tomó con fuerza por la muñeca, impidiéndole retirarse.

—Yo no he dicho eso —tiró de ella hacia sí—. Dudo que Chelsea sea la primera persona que pretende obtener toda tu atención. Y en cuanto a tus buenas cualidades, estoy dispuesto a hacer una lista de ellas cuando quieras.

—Podría apostar lo que fuera a que el instinto maternal y la capacidad de criar y saber consolar no formarían parte de ella.

Ian sonrió. Por su mente pasaron otro tipo de cualidades: sexy sensual, excitante, junto con otros adjetivos que probablemente habrían escandalizado a Shannon. Sí, estaba tensa, pero eso solo estimulaba su deseo de verla relajada, dejándose llevar.

Shannon miró la mano que aún la retenía.

—¿Te importaría soltarme?

—Estás disgustada.

—¿Porque Chelsea se ha llevado bien contigo?

—Sí.

—No. Obtuve la custodia de una niña que estaba hambrienta de amor. He pasado seis frustrantes meses reforzando su confianza para conseguir que tenga una infancia normal, y no estoy dispuesta a quedarme escuchando tranquilamente mientras me cuentas todo lo que he hecho mal.

—No te estaba criticando.

—Por supuesto que sí —Shannon liberó su mano de un tirón y se

cruzó de brazos.

—Es evidente que la quieres y que ella te quiere a ti. Si se ha sentido lo suficientemente segura como para pasar la tarde conmigo porque sabía que tú estabas cerca, entonces es que estás haciendo las cosas bien. Solo pretendía decir que deberías dejar de ser tan consciente de cada cosa que haces, que te vendría bien relajarte un poco.

—Ahora puedo añadir la rigidez a mi larga lista de defectos.

Ian se apoyó contra el mostrador y rio.

—¿Te licenciaste en «culpabilidad» en la escuela?

Shannon entrecerró los ojos.

—No. Eso es genético. Lo aprendí de mis padres.

—Te enseñaron bien.

—Las personas solo se sienten culpables si tienen algo de lo que sentirse culpables. ¿Te sientes culpable tú?

Ian movió la cabeza.

—Oh, no, eso sí que no —no estaba dispuesto a dejarse arrastrar a ese debate. Por supuesto que se sentía culpable por su hermana. ¿Cómo podía mirar sus enormes y confiados ojos azules sin sentirse culpable? Sin embargo, no estaba dispuesto a admitirlo, exponiéndose así a todo tipo de manipulaciones emocionales—. ¿Tus padres viven aún? —preguntó para cambiar de tema.

—Mi madre está en Palm Beach y mi padre en Los Ángeles.

—Dos bonitos lugares para ir de vacaciones.

—Y a tres mil millas el uno del otro. Es una lástima que no se organizaran así cuando éramos pequeñas. Nos habrían ahorrado muchos dolores de cabeza.

Ian supuso que Shannon era otra superviviente de las guerras de un divorcio.

—¿Y solo tenías una hermana?

—¿Es esto un interrogatorio, o algo parecido?

—Estoy en desventaja. Hasta hace un mes no sabía nada de ti o de tu familia.

Shannon arrugó la nariz.

—En primer lugar, dudo que alguna vez hayas dejado acercarse a una mujer lo suficiente como para estar en desventaja. Y, en segundo lugar, sé que conociste a mi hermana. Ella misma me lo contó.

Ambas cosas eran ciertas, reconoció Ian.

—Así que impresioné a tu hermana. ¿Qué te dijo de mí?

—No recuerdo. Nunca prestaba atención cuando me hablaba de algo relacionado con Wesley —Shannon hizo una mueca de desagrado.

—¿No aprobabas esa relación?

—¿Tú qué crees? Él tenía casi cuarenta años más que ella.

—Eso no parecía molestar a tu hermana.

Shannon se estremeció y dejó escapar un suspiro.

—Preferiría dejar esta conversación, Ian. No sirve de nada hablar mal de los muertos.

—Tienes razón —aunque las vidas de Wesley y Tiffany siempre estarían entrelazadas, las circunstancias que rodeaban el nacimiento de Chelsea creaban un muro infranqueable para Ian—. Será mejor que nos centremos en planear cómo van a ser mis visitas.

—De acuerdo —dijo Shannon, sentándose en una silla de la cocina—. Lo intentaremos, aunque no es fácil hablar contigo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, a pesar de que no te debo explicaciones por nada de

lo que haga, haces que me ponga a la defensiva. ¿Tratas así a todos tus amigos, o soy yo la única que tiene ese honor?

Extrañamente, Ian nunca se había considerado una persona agresiva, aunque así era como lo veía la gente. No tenía amigos, al menos, no en el sentido al que se refería Shannon. Los lazos con sus compañeros de universidad se habían roto hacía tiempo. Aunque de vez en cuanto tomaran juntos una ocasional cerveza, sus vidas habían seguido diferentes senderos.

Asalto uno para Shannon.

Hasta que le había mencionado a sus amigos, Ian nunca había considerado que su vida estuviera vacía. El trabajo era su amante, una amante que no solía estar con él cuando más la necesitaba. La imagen de Shannon a su lado durante aquellas largas noches le produjo una desacostumbrada sensación de anhelo. Y le gustaba la idea de ver la vida a través de los ojos de Chelsea. No se había dado cuenta de que la inocencia pura aún existía, o de que podía consolar a alguien tan hastiado como él.

Frunció el ceño. ¿Estaba siendo justo? Shannon debía estar satisfecha con el trato, ya que ella había puesto las condiciones. Él se aseguraría de que Chelsea nunca necesitara nada. En conjunto, aquel arreglo también le satisfacía.

—Ian —dijo Shannon—, si piensas pasar horas meditando sobre el significado de la vida, será mejor que te sientes. Empieza a dolerme el cuello de tener que mirar hacia arriba.

Ian ocupó la silla contigua a la de ella. Sus muslos se rozaron levemente y, de inmediato, Shannon se puso rígida. Él rio. Ella le dedicó una mirada feroz.

—Tres tardes a la semana —dijo Ian—. ¿Te parece bien?

Shannon abrió los ojos de par en par.

—¿Tres?

—¿No es suficiente? —Ian malinterpretó deliberadamente la sorpresa de Shannon—. Es difícil venir de la ciudad, sobre todo durante la semana. De acuerdo. Los fines de semana completos y una tarde más.

—Bastaría con un día a la semana.

—¿A quién le bastaría? Esto es por Chelsea, ¿no? Y un niño necesita tiempo, calidad y cantidad. No dejes que esos expertos de los libros te líen.

—¿Crees que esto es una broma? —espetó Shannon.

—No. Estoy haciendo exactamente lo que me pediste que hiciera: mantener una relación con mi hermana. Lleva tiempo construir una relación para luego poder mantenerla.

El rostro de Shannon se oscureció.

—Y no olvidemos por qué. Para que puedas tener tu querida empresa.

Ian contuvo su genio. No había pensado en la empresa. Mientras Adam pudiera hacerse con la dirección, ya no le importaba si compraba o no las acciones de Chelsea. ¿Pero por qué no se lo decía a Shannon?

Porque entonces tendría que explicar por qué había aceptado su oferta, y no estaba seguro de sus motivos.

—Lo que tú digas. El hecho de que yo venga por aquí no tiene por qué interferir en tu vida.

Shannon se movió en su silla, apartándose un poco de Ian. Si éste creía que su presencia no iba a afectarla, es que era más denso que el plomo. Pero tratar de razonar con él era inútil. Probablemente trataba de vengarse de ella por haberlo empujado a hacer aquel trato. Si tenía paciencia, Ian se aburriría del juego en un mes o dos.

¿Por qué le preocupaba aquella idea?

—De acuerdo. Los fines de semana y una tarde. Pero este sábado no es buen día. Es el cumpleaños de Chelsea y voy a celebrar una pequeña…

—¿No me vas a invitar a la fiesta de cumpleaños de mi hermana?

Shannon estaba a punto de explicarle que la fiesta era para veinte niños de menos de cuatro años. Sonrió.

—Por supuesto que estás invitado, Ian. La reserva es para la una.

Por la sonrisa de superioridad de Ian, parecía pensar que era él quien había ganado el asalto.

—Estaré aquí a las doce para llevaros.

Tras un par de horas en el restaurante Chuck E. Cheese, en un salón llenó de niños gritando, se lo pensaría dos veces antes de volver a auto invitarse a algún lugar.

—De acuerdo.

Ian arqueó una ceja escépticamente.

—¿Por qué estás siendo tan agradable?

—¿Preferirías que discutiera contigo? —preguntó Shannon con dulzura.

—Me alegra comprobar que eres lo suficientemente sabia como para aceptar lo inevitable.

Shannon empezaba a apreciar el parecido familiar entre Ian y Chelsea. Tenían la misma forma tenaz de conseguir lo que querían. Idéntica capacidad de razonamiento. Incluso aquel ceño herido que ambos utilizaban con el mismo encanto. Ambos sabían cómo camelarla.

Ian se levantó a la vez que ella.

—Ahora que todo está acordado, tengo que volver al trabajo.

—No llegarás a la ciudad antes de las cinco —Shannon bajó la mirada y se reprendió en silencio. Lo cierto era que se sentía decepcionada por la marcha de Ian.

—A partir de las cinco es cuando más actividad hay en los mercados —Ian colocó una mano bajo la barbilla de Shannon y le hizo alzar el rostro. Una seductora sonrisa curvó sus labios—. A

menos que haya algún motivo por el que quieras que me quede.

Aquel hombre era tan tentador como una tableta de chocolate sin calorías. Shannon no sabía si sería capaz de pasar tres días a la semana con él y seguir negando la inexplicable atracción que había entre ellos. Pero debía intentarlo. Ella tenía la clase de personalidad que tendía a las compulsiones. Adicta al trabajo, adicta al chocolate… Se estremeció al pensar en la clase de obsesión en que podía llegar a convertirse Ian.

Cuando solo tenía que cuidar de sí misma, podía dejarse llevar por aquellas compulsiones. Pero, últimamente, los deseos de Shannon ocupaban un segundo lugar en relación con las necesidades de la niña. La relación a largo plazo de Chelsea con Ian era más importante que cualquier «fantasía carnal» que pudiera tener con él.

—No se me ocurre ningún motivo —contestó finalmente.

Ian rio y la soltó.

—Cobarde —murmuró mientras salía por la puerta trasera.

Shannon asintió. Mejor dejarle creer que tenía miedo a que supiera la verdad. Ian había dejado bien claro que la deseaba, pero en ningún momento le había ofrecido algo a cambio.

Capítulo Cinco

Ian apartó de sus vaqueros otro par de pegajosas manos y entregó al niño unas monedas de chocolate. Durante los siguientes quince segundos tuvo un descanso, hasta que los demás supieron que era él el que tenía las monedas de chocolate. Shannon lo observó desde el otro extremo del salón, satisfecha de sí misma. Con un sombrero de Barbie en la cabeza y una ancha sonrisa iluminando su rostro, se apoyó contra el respaldo del asiento y disfrutó contemplando la difícil situación en que se hallaba Ian.

Cuando Shannon le dijo que iban a comer **pizza**, Ian imaginó un pequeño restaurante italiano. En lugar de ello, se encontraba en un extraño palacio de vídeo con músicos mecánicos y una persona disfrazada de roedor. El ruido procedente de los grupos de niños era suficiente para causar pérdida auditiva.

Eso era lo que había conseguido por tratar de hacerse cargo de la situación, se dijo. Debería haber imaginado que había un motivo para que Shannon le hubiera dejado asumir el control de la situación en cuanto llegó a su casa. Mientras él estaba encargado de perseguir a veinte niños, ella se hallaba sentada a una mesa con los padres, disfrutando de la fiesta. Mientras entregaba una moneda de chocolate más, prometió no volver a cometer el error de subestimar a Shannon.

Shannon dio un sorbo a su refresco y se relajó en el asiento. El día no había sido el desastre que había temido, y debía admitir que la causa era Ian. Su habilidad para mantener a los niños entretenidos la había liberado de la presión. Aunque, por supuesto, todo favor tenía un precio, y el que ella había tenido que pagar era verse sometida a las indiscretas preguntas de Wendy.

—¿Qué te pasa, chica? —preguntó Wendy—. Tiene menos de cincuenta, conserva todos los dientes y es bueno con los niños. ¿Qué más puedes pedir de un hombre?

—Déjalo ya —murmuró Shannon.

—No te ha quitado los ojos de encima.

—Por si no te has fijado, es una mirada de desdén.

Wendy movió la cabeza.

—Eres imposible.

—Entonces, ríndete. Es el hermano mayor de Chelsea. Nada más.

Wendy se levantó.

—No hay manera de hablar contigo. Tendré que hacerlo con Ian.

—No se te ocurra —Shannon se puso en pie de un salto.

Cuando estaba a punto de rodear la mesa, una azafata se interpuso en su camino para anunciarle que las pizzas estaban listas. Mientras reunía a los niños, solo pudo imaginar la broma que Ian estaba compartiendo con su amiga. Y no comprendió por qué sentía celos de verlos riendo juntos, cuando acababa de negar vehementemente que sintiera el más mínimo interés por él.

Cuando todos los niños estuvieron sentados frente a sus pizzas, Ian se dejó caer en una silla que había en un rincón para tener un momento de soledad. No era de extrañar que Shannon no tuviera tiempo para dedicarse a su trabajo. Chelsea exigía el horario completo. Sonrió. Shannon se la había jugado, pero no podía culparla después de la condescendencia con que la había tratado. Aunque no estaba dispuesto a admitirlo, por supuesto. Parecía estar disfrutando demasiado de verlo agotado como para encima reconocerlo.

Incluso ahora, mientras caminaba hacia él, notó la sonrisa de «te la he jugado» iluminando por completo su rostro. Un traje de chaqueta y pantalón verde se ceñía a sus curvas y un cinturón plateado enfatizaba su delgada cintura. Se humedeció distraídamente los rojos labios con la lengua. Ian pensó que quería atormentarlo un poco más.

—No llevas tu sombrero de los Power Rangers —dijo Shannon.

—Tengo la cabeza demasiado grande. Se ha roto la goma.

Shannon se sentó junto a él y le alcanzó un trozo de pizza.

—No me sorprende. ¿Qué te ha parecido la fiesta? ¿Ha sido como esperabas?

—En realidad ha superado todas mis expectativas.

—Me alegro. Temía que pudieras sentirte fuera de lugar.

Ian se inclinó discretamente hacia ella para aspirar su perfume y sentir la calidez de su cuerpo. Tragó con esfuerzo.

—¿Cuál es el plan para el resto del día? —preguntó.

Shannon sonrió con suavidad.

—¿Aún quieres más?

—Esa pregunta resulta muy sugerente.

Ella lo miró con expresión confundida, pero ésta se transformó enseguida en avergonzada sorpresa. Sus mejillas se tiñeron de rubor mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie los hubiera oído.

—Eres increíble —murmuró entre dientes.

—Eso es lo que trataba de decirte.

—Un hombre que se alaba a sí mismo tiene un club de admiradores con un solo miembro.

—Según tu amiga, no eres una mujer que se sienta atraída por los tímidos y pusilánimes.

—Yo no me fiaría demasiado de nada de lo que dijera Wendy. Piensa que el mero hecho de que tengas pulso es suficiente para… —Shannon se interrumpió bruscamente.

Ian inclinó la cabeza para verle el rostro.

—¿Es suficiente para qué?

—Olvídalo. Tengo que ir a recoger los regalos de Chelsea. La fiesta está a punto de terminar.

Ian apoyó una mano en el muslo de Shannon para evitar que saltara de la silla.

—Terminaremos esta conversación después —murmuró.

Shannon le apartó la mano y se levantó.

Él la observó mientras se alejaba. Últimamente se pasaba casi todas las horas del día distraído, pensando en ella. ¡Y qué pensamientos tenía!

Necesitaba aliviar la tensión que le producía aquella situación y solo conocía dos formas de hacerlo: renunciar y volver a su solitaria forma de vida antes de involucrarse más, o dejar a un lado su desconfianza y abrir su mente a la posibilidad de una relación prolongada.

Solo pensarlo hizo que su estómago se contrajera. Debía haber un término medio para los dos.

Shannon ordenó los paquetes de regalos del cumpleaños sobre la mesa de la cocina. Chelsea se había quedado dormida en el camino de vuelta a casa, pero en cualquier momento despertaría y querría abrirlos. Miró su reloj. Hacía casi una hora que se había ido Ian. Aunque ella le había asegurado que Chelsea no lo notaría, él se empeñó en ir a comprarle un regalo. Le advirtió que nada de perros, pero no estaba segura de que Ian fuera a respetar sus deseos.

Se acurrucó en una esquina del sofá y apoyó la cabeza en el respaldo. No era fácil entender a Ian. Un minuto era todo encanto y al siguiente se mostraba tan interesado en ella como una estatua. Pero sus propias emociones tampoco estaban muy claras. Se sentía molesta cuando Ian le decía algo seductor e insultada cuando no lo hacía.

Tal vez debía averiguar lo que quería. Aunque ya lo sabía. Quería auténtico y puro sexo. Desafortunadamente, no era la clase

de persona que podía indulgir en una aventura pasajera conservando sus emociones intactas. Además, ¿qué sucedería con Chelsea cuando Ian perdiera el interés por ella?

Para cuando Ian volvió, Shannon se había convencido de que una relación con él estaba fuera de lugar. Entró por la puerta principal. El corazón de Shannon latió un poco más rápido. Sus pantalones vaqueros y su camisa de rayas negras y blancas moldeaban su magnífico cuerpo. Entró en el cuarto de estar con la confianza de un hombre que sabía que estaba siendo admirado.

—Después tenemos que hablar —dijo, y continuó su camino hacia la habitación de su hermana.

Shannon se preguntó si creería que iba a algún sitio. Ella vivía allí, un hecho que Ian parecía pasar por alto cuando entraba en la casa sin pararse a llamar.

Unos minutos después volvió con Chelsea en brazos.

El rostro de la niña brillaba de felicidad.

—Ian me ha comprado un regalo.

Shannon sonrió.

—Lo sé. Y más vale que no haga falta sacarlo a pasear tres veces al día.

Chelsea arrugó la nariz, confundida. Ian la sentó junto a Shannon en el sofá y volvió a salir. Regresó con una caja grande. En cuanto la colocó sobre la mesa, Chelsea saltó del sofá para abrirla.

—¡Un gatito! —gritó, entusiasmada.

—No habrás sido capaz… —fue todo lo que pudo decir Shannon mientras su sobrina sacaba un bolita peluda y blanca de la caja.

«Es hombre muerto. Voy a asesinarlo con mis propias manos», pensó.

—¿Qué te parece? —preguntó Ian, orgulloso—. Le gusta, ¿eh?

—Contestaré a tu primera pregunta más tarde. Cuando no haya

testigos y tenga en mi poder el cuchillo grande —murmuró Shannon con empalagosa dulzura.

Mientras Chelsea estrujaba al animalito entre sus brazos, Shannon supo que ya no había esperanza de devolverlo a la tienda.

—¿Por qué no le enseñas tu habitación, cariño? —Ian esperó a que la niña desapareciera antes de continuar—. Dijiste que nada de perros. No he comprado un perro. Una mascota enseña a los niños a ser responsables.

—Ya que seré yo la que tenga que darle de comer, la que cambie la arena de su caja y la que se pase el día tratando de que la pequeña bestezuela no arañe los muebles, ¿debo asumir que piensas que necesito aprender más sobre la responsabilidad? ¿Piensas que criar a la hija de tu padre no es suficiente?

Los ojos de Ian se oscurecieron de rabia.

Shannon se interrumpió y respiró profundamente.

—No pretendía que sonara así. Pero deberías habérmelo consultado antes.

Ian se cernió sobre ella, mirándola desde su larga y autocrática nariz.

—Deberías haber dicho «no».

—Tienes toda la razón.

—Exacto —la tensión emanaba por los poros del rígido cuerpo de Ian—. Y si criar a la hija de Wesley supone tanto problema para ti, ¿por qué no aceptas una ayuda económica?

—Porque no todas las mujeres del mundo están empeñadas en hacerse con la fortuna de los Bradford. Yo no necesito esa ayuda, ni la suspicacia que inevitablemente despertaría el que la aceptara.

Ian caminó de un lado a otro de la habitación. Hablar con Shannon era un ejercicio de frustración. Tenía más orgullo que sentido común.

—¿Se te ha ocurrido pensar que puedo querer contribuir al

bienestar de Chelsea?

Shannon miró pensativamente a Ian, como queriendo cerciorarse de la sinceridad de sus palabras.

—Si de verdad quieres hacerlo, me parece bien. Pero yo nunca te he pedido nada.

Su negativa a pedirle nada obligó a Ian a reconsiderar su forma de relacionarse con ella. No tenía ningún poder sobre ella, excepto el que le daba su deseo de que mantuviera una relación auténtica con Chelsea. Pero, a pesar de que Shannon parecía pensar que carecía de conciencia, no utilizaría nunca a su hermana para influir en ella.

—Bien. El asunto del dinero está acordado. ¿Quieres que devuelva el gatito a la tienda?

—¿Para convertirte en el hermano heroico y yo en la tía perversa? Olvídalo —Shannon se levantó y estiró los almohadones del sofá.

Al parecer, no estaba satisfecha con el regalo que había elegido, pensó Ian. ¿Tendría que consultarle cualquier decisión que pensara tomar?

—No volveré a hacer nada sin pedir tu permiso previo.

Una leve sonrisa suavizó los rasgos de Shannon.

—No trates de arreglar las cosas mintiendo. Harás lo que quieras, y lo sabes. Simplemente, párate a pensar antes de tomar cualquier decisión que suponga más trabajo para mí.

—Es un trato —Ian le ofreció la mano, y Shannon, confiada como era, la tomó. De un suave tirón, Ian la atrajo hacia sí.

—¿Qué haces?

—Sellar un pacto.

Shannon apoyó las manos sobre el pecho de Ian.

—No.

—¿Por qué?

—Solo porque haya dicho que el gato puede quedarse no significa que no esté enfadada contigo.

—Lo superarás —Ian empezó a bajar la cabeza.

—Chelsea volverá en cualquier momento.

Como si hubiera oído a su tía, la niña llegó corriendo al cuarto de estar, persiguiendo una veloz bola blanca y peluda. Antes de que Shannon pudiera reaccionar, el gatito trepó por la tela de seda de sus pantalones. Dejó escapar un sorprendido grito de dolor. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su expresión se volvió tormentosa.

Chelsea aplaudía y reía, encantada.

—¡Dámelo! ¡Dámelo!

Ian trató de soltar al animalito del pecho de Shannon, donde se había quedado clavado. Ella hizo una mueca de dolor. Ian no pudo culpar al gato por no querer soltarla. Si él hubiera tenido las manos en el mismo sitio, tampoco habría querido hacerlo.

—El lunes por la mañana, esta bestia feroz se va a quedar sin sus zarpas —Shannon tomó al gatito por la piel del cuello y lo dejó en el suelo. Cuando volvió a erguirse, Ian vio que tenía dos marcas rojas en la blusa.

—Estás sangrando —susurró.

—Tía Shane tiene una herida —dijo Chelsea, claramente compungida.

Shannon sonrió a la niña.

—Es solo un rasguño.

—¿Quieres que le dé un beso?

—Yo lo haré —se ofreció Ian de inmediato.

—¿No tienes nada que hacer? ¿Alguna otra mujer a la que

atormentar?

—Mis fines de semana os pertenecen a ti y a Chelsea.

—Cuánto me alegra saberlo.

Ian ignoró el tono sarcástico de Shannon y se volvió hacia su hermanita.

—¿Por qué no abrimos los regalos mientras tía Shane va a curarse la herida?

—Vale —la niña asintió, pero sus ojos siguieron fijos en las manchas de sangre.

—Abre tus regalos —dijo Shannon—. Volveré en cuanto me cambie. Empezad sin mí.

Shannon envolvió una toalla en torno a su cuerpo y salió de la ducha. Abrió un poco la puerta. La burbujeante voz de Chelsea llegó por el pasillo hasta el baño. Evidentemente, disfrutaba estando en compañía de su hermano.

Y, sorprendentemente, Ian interpretaba su papel con paciencia y auténtico afecto. De todas formas, eso no lo disculpaba por haber metido un animal en la casa.

Tomó un cepillo y empezó a peinarse. Cuando terminó, se agachó para examinar unos pequeños rasguños en su pierna. Se irguió de repente al ver que la puerta se abría. Contuvo el aliento. Cruzó los brazos sobre sus pechos para sostener la toalla en su sitio mientras Ian entraba en el pequeño baño.

—¿No deberías llamar?

—No has cerrado la puerta.

Shannon movió la cabeza y masculló entre dientes algunas palabras poco dignas de una dama.

—¿Dónde está Chelsea?

—Viendo *El Rey León.*

—Este no es buen momento para hablar.

—¿Qué tal las…? —Ian señaló el pecho de Shannon.

—No ha sido nada.

—Déjame ver.

—¿Eres médico?

—Si quieres puedo jugar a serlo.

La seductora sonrisa de Ian hizo que el pulso de Shannon se disparara.

No tuvo más remedio que admirar su persistencia, a pesar de que su presunción dejaba bastante que desear.

—Puedo cuidar de mí misma.

—Ni hablar. Yo he metido a la bestia en la casa. Soy responsable de los daños. ¿Dónde hay un antiséptico? —antes de que Shannon pudiera impedirlo, Ian abrió el lado izquierdo del armarito del baño. Lo único que había en ese lado eran sus píldoras anticonceptivas y algunos productos de la higiene íntima femenina.

—¿Te importa? —espetó ella, volviendo a cerrar la puerta del armario.

—No. No me importa —Ian sacó un tubo de crema del lado derecho y leyó la etiqueta—. Déjame ver esos arañazos.

Shannon opuso resistencia mientras él trataba de apartarle las manos.

—Te aseguro que mi interés es meramente clínico.

—Mentiroso —Shannon bajó las manos a su cintura, decidida a ignorar la intimidad de las acciones de Ian. Los dos arañazos se hallaban sobre la parte alta de sus senos. Tras poner un poco de crema antibiótica en su pulgar, Ian la extendió suavemente sobre la piel de Shannon.

Ella sintió que los latidos de su corazón se avivaban. Se preguntó si Ian percibiría su rápida cadencia. Cerrando los ojos, se apoyó contra el lavabo mientras una oleada de placer la recorría.

Ian deslizó una mano por su espalda y la atrajo hacia sí. Shannon pensó que debería haberse mostrado escandalizada, o al menos avergonzada, por las libertades que se estaba tomando con ella. En lugar de ello, se arrimó aún más y alzó el rostro.

La boca de Ian cubrió la de ella. Su lengua trazó el perfil de sus labios antes de penetrar entre ellos. Shannon inhaló profundamente. Sabía dulce. El anhelo de la liberación brotó en ella como una llamarada. Se apretó contra él, sintiendo la excitada evidencia de su deseo.

Mientras Ian cubría su rostro, su cuello y su hombro de húmedos besos, Shannon solo pudo aferrarse a él. Un remolino de deseo amenazaba con hacerle perder la cabeza.

Haciendo un último esfuerzo por controlarse, apoyó una mano contra el pecho de Ian y se apartó un poco.

—Basta, Ian.

Él la miró, sin aliento, confundido.

—No irás a decir que no me deseas.

—No quiero mentir.

—¿Entonces qué sucede?

—Tenemos más o menos dos minutos antes de que la concentración de Chelsea decrezca y venga a buscarnos —Shannon estiró la toalla y trató de mostrarse digna a pesar de su desenfrenado comportamiento—. Y, sinceramente, si piensas terminar esto en menos de dos minutos, no estoy interesada en tu oferta.

Ian rompió a reír.

—Comprendo el problema. ¿A qué hora suele quedarse dormida Chelsea?

—Unos cinco minutos antes que yo.

—Yo puedo mantenerte despierta —murmuró él.

Shannon apoyó juguetonamente un dedo contra su pecho.

—Ni lo pienses. No hay nada que me guste más que dormir.

—Pronto haré que cambies de opinión al respecto.

—Tu modestia es conmovedora —Shannon rodeó a Ian y salió del baño. Sabía que él tenía razón, pero estaba dispuesta a hacer que se esforzara mucho más antes de ceder.

Capítulo Seis

El sábado por la mañana, Ian se despertó temprano. No era de extrañar, pues había pasado la noche en una tumbona. Cuando se sentó allí por la noche supuso que Shannon volvería a por él en cuanto Chelsea se durmiera. Desafortunadamente, su hermana, estimulada por la sobredosis de azúcar de la fiesta de cumpleaños, siguió despierta incluso después de que su tía se durmiera.

Junto con los dolores de la incómoda posición, tenía el añadido de la frustración. Había pensado… ¡diablos! había soñado en el momento en que volvería a estar con Shannon a solas. Hacía mucho tiempo que no deseaba a una mujer como deseaba a Shannon. Tal vez eso explicaba por qué había pasado la noche en una silla en lugar de volver a la ciudad.

Se estiró y colocó en posición vertical el respaldo de la tumbona. Un leve ruido llamó su atención. Chelsea estaba arrodillada en el sofá, mirándolo con cara sonriente.

—Tía Shane está despierta —dijo.

Un ruido de pisadas precedió la entrada de Shannon en el cuarto de estar. Vestida con pantalones cortos y una camiseta parecía una colegiala en vacaciones de verano.

—Tenemos una habitación de invitados —dijo, tras asentir con la cabeza a modo de saludo—. La próxima vez que te invites a pasar la noche, puede que quieras probarla.

Ian alzó una ceja.

—Estaba pensando en otra cama —dijo en tono sugerente.

Shannon ignoró su comentario y empezó a recoger los juguetes dispersos por la habitación.

—¿Puedo ver *Simbad* ahora? —preguntó Chelsea.

—Después del desayuno —dijo Shannon.

El labio inferior de Chelsea tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tras sorber sonoramente por la nariz, empezó a llorar.

Ian no llevaba bien las lágrimas de ninguna mujer, fuera cual fuera su edad.

—¿Qué más da si…?

—Mantente al margen de esto —advirtió Shannon.

Cuando Ian volvió a abrir la boca, ella le señaló la cocina. Dedicando a su hermana un encogimiento de hombros, siguió a Shannon a la cocina.

Evidentemente, Shannon no era una persona matutina. A pesar de la furiosa mirada que dedicó a Ian, mantuvo la voz baja al hablar.

—Cuando quieras llevarme la contraria, hazlo en privado.

—¿Tienes resaca de pastel de cumpleaños? Es solo una película.

—No es eso. Chelsea no puede ver la televisión antes de desayunar. Ha de aprender a seguir unas reglas y debemos ser firmes con ella.

—Ese no es mi trabajo.

—Somos lo más cercano que tiene a unos padres. Si tú formas parte de su vida, si es tu trabajo. Si no estás interesado, avísame.

La noción de que Shannon pensara en él como en una figura paterna tuvo un efecto sedante sobre Ian. Se había visto a sí mismo más como un benevolente tío.

Observó a Shannon mientras ésta preparaba la cafetera y ponía dos tazas en la mesa. Le había dado la oportunidad perfecta para abandonar su compromiso. Después de todo, ¿qué papel podía jugar él en la educación de Chelsea? Pensó en Shannon criando a la niña sola, o peor aún, con algún otro hombre. Negándose a reconocer que el repentino encogimiento de su estómago se debía a los celos, alzó los hombros como aceptando despreocupadamente los términos de Shannon.

—Bien. Yo… eeh —un grupo de agudas garras aferrándose a sus pies desnudos interrumpieron la respuesta de Ian. Se agachó y recogió al gatito del suelo—. Escucha, *Bola de Nieve*. Ya me has causado suficientes problemas.

—No tantos como mereces —murmuró Shannon—. Y mientras acordamos las normas y reglas de la casa, puedes ocuparte de dar de comer a *Bola de Nieve* después de recoger lo que ha hecho fuera de su caja.

—¿Por qué yo?

—Tú lo has traído a casa —Shannon deslizó un dedo por el cuello de su camiseta y sonrió—. Da ejemplo y enseña a tu hermana un poco de responsabilidad.

—Eres cruel.

Shannon expelió el aire.

—Tú no te has pasado la noche echándolo de tu cama.

Ian alzó al gatito en el aire.

—Eres un diablillo. Te tengo envidia.

—No tienes por qué tenerle envidia. También me gustaría poder plantar mi pie en tu trasero.

Ian sonrió.

—Si te van las cosas raras, prefiero las esposas.

Shannon arrancó una toalla de papel del rollo y se la alcanzó.

—Limpia.

Ian se quedó paralizado, con el papel en la mano.

—¡Ahora!

—Sí, tía Shane.

Ian murmuró algunas maldiciones mientras empezaba con su

desagradecida tarea. ¿En eso se había convertido su vida? ¿Qué hacía limpiando los excrementos de un gato y tratando de ignorar la rabieta de una niña? ¿Por qué no se había quedado en New York y había enviado los cheques, como tenía planeado?

La respuesta se hallaba cerca, riendo al ver su cara de disgusto.

—Me alegra que te divierta —murmuró Ian.

—¿Qué quieres de desayuno?

—¿Quién puede comer después de esto?

—Se te pasará. ¿Beicon y huevos, o tortitas?

Ian se apoyó contra la pared y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Suponía que hoy me harías el desayuno en circunstancias ligeramente diferentes.

Shannon arrugó la nariz.

—En las circunstancias a las que te refieres, tú me estarías preparando el desayuno a mí.

—¿En serio? —Ian alargó una mano hacia ella, pero Shannon se apartó.

—Chelsea está en la habitación contigua.

—¿Qué vas a hacer cuando no puedas utilizar a Chelsea como excusa?

—No lo sé. Probablemente, ceder.

—Oh —Ian tomó su taza del mostrador y la llenó de café hasta el borde—. ¿Tiene Chelsea alguna canguro favorita?

—Eso ha sido muy sutil, Ian —Shannon abrió la puerta de la nevera y se agachó para examinar su contenido. Sus largas piernas desaparecieron bajo el borde de los pantalones cortos, que moldearon a la perfección su redondeado trasero. Una oleada de calor invadió la cocina.

Ian tuvo la impresión de que Shannon sabía perfectamente a dónde miraba él mientras ella balanceaba las caderas al ritmo de la canción que estaba tarareando.

Se aclaró la garganta.

—Tengo que ir a inspeccionar la casa de Wesley. He pensado que tal vez…

Shannon se volvió a mirarlo con gesto suspicaz.

—¿Qué has pensado?

—Me preguntaba si querrías elegir algunas cosas para Chelsea. Él era su padre…

—No llegó a conocerlo.

—Probablemente, eso fue lo mejor para ella. Sin embargo, yo no necesito ninguna de sus cosas, así que, antes de subastarlas, he pensado que tal vez querrías venir a verlas conmigo.

—No sé.

—¿Crees que le haríamos algún daño a Chelsea dejándole creer que su padre no era tan malo?

La sorpresa de Shannon reflejó la del propio Ian. Aunque, inicialmente, le había hecho esa propuesta para poder estar a solas con ella, sus intenciones eran sinceras. Más que defender a su frío e indiferente padre, lo que quería era proteger a Chelsea del conocimiento que había enturbiado tantas de sus propias percepciones de adulto.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Shannon dudó antes de contestar.

—Supongo que estaría bien. ¿Cuándo?

—Decide tú.

—Tengo una cita en la ciudad el martes. Supongo que podría pedirle a Wendy que se quedara con Chelsea todo el día y así

podríamos citarnos tú y yo en algún sitio.

Ian sonrió y una gran sensación de calma se apoderó de él. Había evitado la casa de su padre desde el funeral, e incluso durante los últimos años de la vida de Wesley. Le parecía apropiado que Chelsea se quedara con los objetos de arte y las colecciones. Él podía cerrar definitivamente aquel amargo capítulo de su vida. Pero en aquellos momentos no podía concebir la posibilidad de abrir otro.

Shannon esperó hasta que el coche de Ian giró en la esquina. Después, tomando la mano de Chelsea, caminó por la suave hierba hasta la casa de Wendy. La fragancia de las peonías invadía el aire de comienzos de verano. Chelsea corrió para reunirse con su amiga Anna en el columpio del jardín trasero.

Wendy salió a la puerta con una taza de café en la mano.

—¿Has pasado un buen fin de semana?

Shannon eligió un asiento desde el que podía ver a las niñas.

—Sobreviví a la fiesta.

Su amiga sonrió traviesamente.

—Tuviste una gran ayuda.

—Sí, el hermano de Chelsea fue una gran ayuda.

—«El hermano de Chelsea» —repitió Wendy—. Y supongo que el beso de despedida que te ha dado era el de un devoto sobrino a su tía favorita.

Shannon sintió que sus mejillas se acaloraban.

—¿Estabas espiándome?

—Prácticamente estabais en la calle. Casualmente, yo acababa de asomarme a la ventana.

—No deduzcas demasiado de un beso amistoso —Shannon dio

un sorbo a su café.

—De acuerdo. Niégalo si quieres.

—¿Puedes cuidar a Chesea el martes? Tal vez llegue tarde.

—Ella y Anna pueden celebrar una fiesta de inactividad. ¿Vas a verte con Ian?

Shannon frunció el ceño.

—¿Por qué piensas eso?

Wendy se pasó los dedos por entre su mata de rizos.

—No sueles reunirte con tus clientes a esas horas. Si vas a llegar tarde, tiene que haber un hombre implicado.

—De acuerdo, Sherlock. Tú ganas —Shannon alzó las manos en señal de rendición—. Sí, voy a verme con Ian.

—¿Es una cita de placer, o de negocios?

—No estoy segura.

—¿Por qué?

—Porque no sé si podré manejar lo que me ofrece. El sexo no es suficiente.

—Oh, Shannon. Ningún hombre, incluyendo a mi marido… —Wendy señaló hacia el cuarto de estar, donde su agotado esposo dormía frente al televisor—… comienza una relación con intención de comprometerse. De hecho, es lo último que quieren.

—Pero algunos hombres pueden ser persuadidos.

—Con el argumento adecuado, cualquier hombre puede ser persuadido. Pero también existe la posibilidad de que seas tú la que acabe perdiendo el interés. No debes renunciar a tener una relación por temor a sufrir. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Y voy a sufrir, ¿verdad?

—Siempre esperando lo peor —dijo Wendy en tono acusador.

Un delicioso escalofrío recorrió la espalda de Shannon.

—No del todo.

No dudaba que una aventura con Ian podría tener muchos aspectos placenteros. ¿Pero serían suficientes para compensar el inevitable dolor que seguiría a estos algún día? Ian no buscaba una relación estable. Sin embargo, sí la deseaba, y hacía mucho tiempo que nadie la deseaba de esa manera.

Ian invitó a Shannon a pasar a la gran casa estilo Tudor. El ambiente olía a cerrado. El eco de sus pasos los siguió por el pasillo hasta el estudio. Ian no recordaba con exactitud cuánto tiempo había pasado desde que puso el pie por última vez en casa de su padre. Al menos cinco años, tal vez más.

Nunca se había movido en los mismos círculos que su padre, y no precisamente de forma casual. Siempre había evitado encontrarse con él. En las pocas ocasiones en que no hubo más remedio, sobre todo en bodas y funerales, cada uno solía ocupar un extremo de la habitación.

El simple hecho de volver a la casa le trajo multitud de recuerdos. Cuando era joven se vio obligado a pasar un fin de semana sí y otro no con su padre, como dictaban los términos del acuerdo de divorcio entre sus padres. Después, volvía al hogar de su abuelo, a encontrarse con el amable hombre que perdió su empresa debido a las manipulaciones de Wesley. La culpabilidad que Ian sintió durante su juventud acabó transformándose en profunda rabia y cinismo.

—Bonita casa —la ronca voz de Shannon recordó a Ian que no estaba solo.

Apartando los recuerdos a un rincón de su corazón largo tiempo cerrado al mundo, se volvió hacia su acompañante. El traje a medida que llevaba Shannon le daba un aire de fría reserva, y Ian comprendió que, para ella, la ropa era más un asunto de actitud que de moda.

—¿Qué esperabas?

—Será mejor que no te lo diga.

—Por favor.

Shannon suspiró.

—Espejos en el techo. Luces indirectas con reguladores de intensidad, una cama de agua…

Ian sonrió ante la estereotipada imagen, que no se hallaba muy lejos de la realidad.

—Tenía un apartamento en la ciudad para sus aventuras. Esta casa la utilizaba para sus reuniones de negocios. Nunca mezclaba las dos cosas.

—Qué profesional —dijo Shannon con sarcasmo.

—Sí. Sabía lo que hacía.

Shannon ladeó ligeramente la cabeza y frunció el ceño.

—Lo siento. No tengo derecho a juzgarlo. Solo lo vi una vez durante los dos años que… estuvo con Tiffany.

—¿Dos años? Duró bastante más que las otras.

Si Ian trataba de lograr que Shannon se sintiera mejor, no lo consiguió. La mención de la aventura de su hermana abrió una herida apenas cicatrizada.

Shannon centró su atención en una pared cubierta de estanterías de cerezo. Los objetos que había en ella no eran los típicos que podían verse en otras casas. Entre figuras de marfil, cristal, pequeñas pinturas y grabados por los que muchos coleccionistas habrían dado un ojo de la cara, Wesley había amasado una pequeña fortuna.

—Le gustaban las cosas bonitas —comentó.

—Le gustaba impresionar a sus clientes. Es más fácil convencer a la gente de que sabes lo que haces si das la impresión de saber

beneficiarte de tus conocimientos. Eso es muy importante en el campo de las inversiones.

Shannon comprendía el concepto. No utilizaba así porque sí elegantes y serios vestidos y trajes de negocios que costaban el salario de una semana de la mayoría de las personas. Ese era el precio que tenía que pagar por hacer sus negocios en la ciudad.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó Ian.

—¿A mí?

—Para Chelsea —Ian parecía distraído. Desde que la había recogido, apenas habían hablado. Shannon no sabía de qué humor estaba, y no quería decir nada que lo hiciera saltar.

—¿Por qué no eliges tú algo para ella?

—Lo mejor será que metamos todo en una caja. Cuando sea mayor, podrá vender lo que no quiera.

—¿Tienes idea de lo que vale todo esto? —dijo Shannon, sin pensar. Ian se puso tenso y le lanzó una pétrea mirada—. Por supuesto que lo sabes —añadió en tono de disculpa—. ¿No quieres quedártelo?

—¿Tengo yo más derecho que Chelsea? Además de la casa, Wesley me dejó su dinero y la mitad de la empresa. Ella puede quedarse con el resto.

—Supongo que tienes razón —Shannon entrelazó sus manos nerviosamente. A pesar de que comprendía lo emocional que debía ser aquella visita para Ian, no quería verse atrapada en el fuego cruzado de la relación amor odio que había tenido con su padre—. Pero esta situación hace que me sienta incómoda.

—Oh, olvídalo. Ya he tomado la decisión. Todo esto pertenece a Chelsea. Fin de la discusión.

—No te enfades porque no sea la cazadora de fortunas que sospechabas.

Los ojos de Ian se agrandaron debido a la sorpresa.

—¿De eso se trata? —dijo, alzando la voz—. Si hubiera creído que fueras una persona capaz de quitarle algo a un niño, ni siquiera estarías aquí.

—Vaya, gracias por esa sonora aprobación de mi carácter.

Ian metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se encogió de hombros.

—Lo siento. Es este lugar.

—En ese caso, vámonos.

—¿Qué?

—Has dicho que este lugar hace que te sientas incómodo. No tenemos por qué quedarnos.

—Yo no he dicho eso.

Aunque parecía decidido a negar sus sentimientos, era evidente que Ian se sentía perseguido por su pasado. Ni siquiera tras la muerte de su padre había logrado superar el resentimiento que sentía hacía él.

—¿Tiene algún sentido que sigamos aquí? No hemos traído cajas. Haz que recojan las cosas y envíamelas a casa.

Shannon cerró los dedos en torno al rígido brazo de Ian. Por un largo momento, éste pareció mirar a través de ella. Luego movió la cabeza y exhaló el aire lentamente. Su sonrisa regresó y los fantasmas desaparecieron.

—Tienes razón. Vámonos. ¿A dónde?

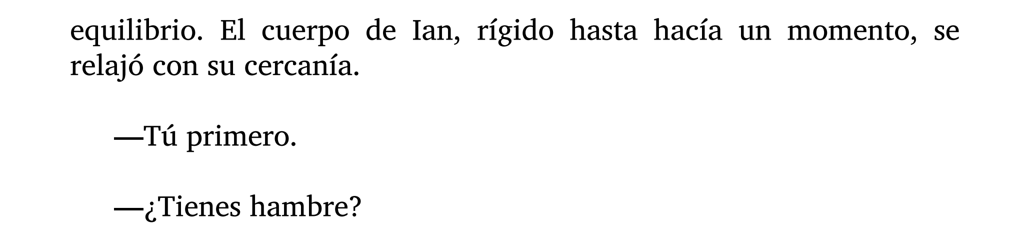
Shannon bajó la mirada.

—¿Qué tenías pensado?

Ian apoyó las manos en su cintura y la atrajo hacia sí.

—¿Qué tenías pensado tú? —preguntó.

Shannon apoyó las manos en sus hombros para conservar el



equilibrio. El cuerpo de Ian, rígido hasta hacía un momento, se relajó con su cercanía.

—Tú primero.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—¿Comida china para llevar?

Shannon se encogió de hombros.

—No hay restaurantes buenos en Walton.

—Pero sí en la ciudad.

Shannon apretó ligeramente su cuerpo contra el de Ian, notando la forma en que sus duros músculos encajaban con sus curvas.

—¿Algún lugar en particular?

Un profundo gruñido vibró en el pecho de Ian.

—Justo enfrente de mi apartamento.

—Eso suena bastante apropiado —la conciencia de Shannon trató de advertirle del peligro a que se exponía, pero su cuerpo había dejado de escuchar a su mente.

Ian le hacía sentir cosas que no podía comprender ni resistir. Apenas sabía nada de él. No verbalizaba sus emociones, pero intuía que, a pesar de su desconfianza, era un hombre al que merecía la pena conocer. ¿Cómo podía penetrar bajo la superficie?

—Será mejor que nos vayamos ya, o no podré esperar hasta llegar a la ciudad —murmuró Ian junto al oído de Shannon.

La deseaba, y ella lo deseaba a él. ¿Bastaba eso? Shannon no sabría la respuesta hasta que fuera demasiado tarde para salvarse, porque no tenía la fuerza de voluntad necesaria para decir no.

Capítulo Siete

Shannon introdujo en su boca el último trozo del canapé de gambas. Ian ya había comprobado que tenía un apetito muy saludable. Cuando llegaron al apartamento, le ofreció una vieja sudadera de la universidad para que se cambiara. Tras darle las gracias, Shannon se cambió, dejando a un lado su traje de negocios y la rígida actitud que le daba. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la corta melena cayendo libremente sobre sus hombros, presentaba una sensual imagen que distrajo a Ian casi por completo de la famosa langosta cantonesa del restaurante Lin Fung. Según descubrió, aquello formaba parte del plan maestro de Shannon, que acabó engullendo casi toda la comida.

Pero verla comer fue un placer erótico en sí mismo. Atacaba su comida con incontenible pasión, Ian esperaba que reservara parte de su entusiasmo para él.

Shannon se pasó la lengua por los labios, saboreando el último trozo con un suspiro. Los pantalones de Ian parecieron encoger debido al calor. Estiró las piernas bajo la mesa de café para aliviar la presión, pero el único alivio verdadero estaba sentado frente a él.

Tocó con un pie el muslo desnudo de Shannon.

—¿Sigues teniendo hambre?

—No.

—Yo sí.

Shannon gateó en torno a la mesa. Sus movimientos felinos excitaron aún más a Ian. Por el cuello de la sudadera pudo ver gran parte de sus redondeados pechos.

—Ya que me he comido casi toda tu comida, supongo que debería ofrecerte algo de postre.

—Es lo menos que podías hacer.

—¿No me digas? —Shannon arqueó una delicada ceja—. Y yo

que pensaba que me la habías dado por pura bondad. ¿De verdad creías que podías comprarme con unos canapés?

Ian frunció los labios.

—No estoy de humor para juegos.

Shannon se irguió y se sentó sobre sus talones.

—Hay una diferencia entre bromear y jugar, Ian. Sabía en qué me estaba metiendo cuando acepté tu invitación.

—Solo quería asegurarme de que ambos comprendiéramos las reglas. Somos dos personas razonablemente inteligentes iniciando una relación madura sin ataduras.

—Dos adultos permitiéndose un interludio romántico. Nada profundo ni serio —añadió Shannon.

Ian sonrió y apoyó la espalda contra la parte trasera del sofá.

—Eso es.

Shannon sopló para apartar un mechón de cabello de su frente.

—Desde luego, Ian, sabes muy bien cómo enfriar el ambiente.

Ian se quedó boquiabierto.

—¿Qué he dicho?

—Mientras yo me preguntaba cuál sería la mejor forma de quitarte la ropa, tú te preocupabas por si estuviera tratando de meterme en tus bolsillos. No sabes lo desmoralizante que es eso —el sarcasmo resonó en la voz de Shannon.

—Fuiste tú la que me dijo que debía ser sincero.

—No pretendo conseguir un marido. Después de ver a mis padres peleando durante diez años y utilizando a sus hijas como excusa, puedo asegurarte que lo último que pretendo es casarme. Pero tampoco me atraen las aventuras de una noche.

—Ni a mí —Ian sabía que no le bastaría una noche para saciarse

de Shannon. Ese inquietante pensamiento había rondado su sueño las pasadas noches. ¿Habría sido tan ofensivo debido a que su subconsciente quería que se apartara de ella? Y si era así, ¿por qué seguía allí Shannon?

Alargó una mano hacia ella, pero Shannon se apartó.

—Ni hablar. Ahora tendrás que esforzarte.

Recogió los envoltorios de cartón de la comida y se levantó para llevarlos a la cocina. Ian permaneció donde estaba. Era un hombre difícil de entender. Cuando estaba a punto de mostrar su lado tierno, alzaba una barricada de granito que dejaba a Shannon al otro lado. Su talón de Aquiles era Chelsea, pero Shannon sospechaba que no había cedido a esas emociones sin una intensa lucha interna.

Estaba fregando los pocos platos que habían utilizado cuando Ian se acercó a ella por detrás. Con las manos sumergidas en el agua, Shannon no pudo escapar antes de que él aprisionara su cuerpo contra el fregadero. Sus pantalones vaqueros le rozaron las piernas desnudas. La rodeó con sus brazos y extendió las palmas sobre su estómago.

—Eso es hacer trampa —susurró Shannon.

El cálido aliento de Ian acarició su cuello.

—Ya te he dicho que no me gustan los juegos. Pero si no queda más remedio, juego para ganar.

Shannon cerró los ojos. ¿Porque luchar contra lo que obviamente deseaba? Se apretó contra el sólido cuerpo de Ian y exhaló un suspiro de satisfacción.

El ritmo de los latidos del corazón de Ian resonaron en su oído. Esperó su próximo movimiento, pero él se limitó a seguir abrazándola sin decir nada. Su empeño en mantener un ritmo lento tuvo el efecto opuesto. ¡Ella quería más, y lo quería ya!

Cuando alzó una mano para desabrocharse la sudadera, Ian la tomó por las muñecas.

—¿Tienes prisa?

—No —mintió Shannon, pero el ligero temblor de su voz la delató.

—Lo bueno siempre llega para aquellos que saben esperar —un rastro de risa puntuó las palabras de Ian.

—El que duda lo pierde todo.

—Lo tendré en cuenta —Ian tomó la sudadera de Shannon por el borde y tiró lentamente de ella, hasta sacársela por la cabeza.

Ella tembló, en parte por el repentino fresco que sintió y en parte de anticipación.

Ian volvió a tomarla entre sus cálidos brazos. Los músculos de su pecho se hundieron suavemente al recibir la espalda de Shannon. La fuerza del abrazo le produjo a ésta un intenso sentimiento de seguridad que alejó cualquier resto de duda de su mente.

Ian inclinó la cabeza y dejó un rastro de besos por el cuello y el hombro de Shannon.

Ella quería ver su rostro. Trató de volverse, pero él la sujetó con firmeza, impidiéndoselo.

—Aún no he terminado aquí —sus manos contornearon lentamente el cuerpo de Shannon, que se retorció contra él. Sintió la evidencia del deseo de Ian palpitando contra la parte media de su trasero. Al menos, ella no era la única que parecía impaciente.

—¿Ian?

—Mmm —el primario gruñido de Ian reverberó por todo el cuerpo de Shannon.

—Has ganado el juego. ¿De acuerdo?

—Solo acabo de empezar a jugar —murmuró Ian, mientras, con dedos experimentados, soltaba el cierre delantero del sujetador de Shannon. Después, la hizo girar entre sus brazos. Su ardiente mirada dejó a Shannon sin aliento.

—Eres preciosa.

Shannon sintió un cosquilleo de aprensión en el estómago. La forma de hacer el amor de Ian no se parecía en nada a lo que había experimentado hasta entonces. Por lo que fuera a ganar, sabía que perdería inevitablemente una parte de sí misma. Nunca había estado dispuesta a dar a un hombre aquella clase de poder, y menos aún a un hombre que dejaba claro desde el principio que planeaba irse con el corazón intacto.

Ian no pareció darse cuenta de la momentánea incertidumbre de Shannon. Utilizando su lengua, trazó una línea desde su hombro hasta uno de sus senos. Tomó el pezón en su boca y lo absorbió con una pasión que eliminó todo pensamiento racional de la mente de Shannon. La necesidad que se había apoderado de ella era demasiado intensa como para luchar contra ella.

Ian se dejó caer de rodillas. Las braguitas de Shannon cayeron al suelo. Abarcando con las manos sus nalgas, Ian la atrajo hacia sí y trazó con la lengua un círculo en torno a su ombligo.

—Ian —Shannon apenas reconoció el angustiado gemido de su propia voz.

Al oír su nombre, Ian alzó la mirada. Aunque parecía que a Shannon le habría dado lo mismo, pensó que merecía algo mejor que un revolcón en el suelo de la cocina. A la vez que se levantaba, la tomó en brazos y se encaminó hacia el dormitorio. Shannon alzó el rostro para besarlo.

Cuando Ian se apartó para dejarla en la cama, ella dejó escapar un suave gemido de frustración.

Ardiente de deseo, permaneció tumbada mientras él se desnudaba. Un halo de pelo castaño rojizo enmarcaba su rostro. Un inesperado deseo de poseerla en aquel mismo instante se apoderó de Ian. Se arrodilló ante ella. Shannon alargó las manos hacia él con anhelante impaciencia.

—Todavía no —susurró Ian. Sabía que estaba a punto de perder el control. Las caricias de Shannon le habrían hecho perderlo antes de empezar.

Primero con las manos, luego con la boca, exploró todo su cuerpo. Ella se retorció dulcemente mientras la saboreaba y


mordisqueaba. Cuando deslizó los labios entre sus muslos, Shannon se puso repentinamente rígida.

—No.

Ian miró sus sorprendidos ojos.

—¿Confías en mí?

Ella asintió lentamente.

—Entonces no temas. Esto te va a gustar —era evidente que la estaba llevando a un territorio desconocido para ella, de manera que se movió con lentitud, dejando que se acostumbrara poco a poco a la intimidad que estaban compartiendo.

Los dedos de Shannon aferraron con fuerza las sábanas. Tembló y se abrió a él, apartando la última barrera de resistencia. Ian acarició el centro de su feminidad con fluidos movimientos.

Shannon dejó escapar un gritito.

—¿Quieres que pare? —preguntó Ian, aunque estaba dispuesto a persuadirla como fuera. Había esperado demasiado a ver a Shannon en aquel estado como para dejarlo.

Ella negó con la cabeza y alzó las caderas.

Animado por su respuesta, Ian besó su palpitante centro. Sus desinhibidos gemidos, eran pura música. Aunque temió explotar debido a la fuerza de su propio deseo, no pudo detenerse. El placer de Shannon se convirtió en su placer. El clímax de ella le importó más que el suyo. El deseo de satisfacer a su pareja fue una nueva y reveladora experiencia.

—Por favor —la voz de Shannon fue casi un sollozo.

—Pronto —prometió Ian.

Estaba más que dispuesta, perdida en un frenesí de deseo. Ian se apartó un momento para sacar un preservativo de la mesilla de noche. Las uñas de Shannon le acariciaron la espalda, impacientes.

Unos instantes después, su cuerpo se estremeció mientras Ian la

penetraba. Se cerró en torno a él, apresándolo en una red de calor. Ian se movió en su interior, despacio al principio, pero con creciente intensidad mientras Shannon se adaptaba a sus movimientos. La invadió una y otra vez, siempre al borde de la pérdida de control.

Shannon se aferró a él como si temiera que fuera a irse. Sonriendo, Ian le acarició los labios con su boca. Unido tan íntimamente a ella, sintió el momento exacto de su liberación. Silenciosas lágrimas llenaron los ojos de Shannon. Él las lamió, disfrutando de su salado sabor. Y solo entonces se permitió el placer del mismo y estimulante clímax.

Shannon se acurrucó contra Ian y cerró los ojos. Pasó un brazo en torno a su cintura, y la calidez de su piel actuó como un sedante sobre ella. Su cuerpo aún cosquilleaba de satisfacción.

Ian se movió a su lado y sus músculos se tensaron.

—¿Cansada? —preguntó.

—Un poco.

Él suspiró, aparentemente aliviado.

—¿Qué te parece si te dejo dormir un rato? —apartó el brazo de Shannon de su cintura y salió de la cama. La tenue luz de la mesilla cayó sobre su cabeza agachada, sumiendo su rostro en la oscuridad.

Shannon sintió una punzada de ansiedad en el estómago.

—¿A dónde vas?

—A la otra habitación —Ian se puso los vaqueros y recogió el resto de su ropa.

—¿Por qué?

—No duermo bien. Te mantendría despierta.

Shannon se cubrió con la sábana y se apoyó en un codo. Sonrió, insegura.

—No me importaría que me mantuvieras despierta toda la noche.

—Tengo papeleo retrasado que debo poner al día.

Los ojos de Shannon se abrieron como platos. Acababan de compartir algo increíble y Ian «tenía papeleo retrasado que poner al día». De pronto, comprendió el enorme error que había cometido. No podía creer que un hombre pudiera dar tanto de sí mismo y luego se marchara como si no hubiera pasado nada.

Ian se inclinó y la besó en la mejilla.

—Buenas noches.

—Claro —murmuró Shannon.

Él apagó la luz antes de irse.

Una vez sola, Shannon contempló la oscuridad. Miró hacia la puerta deseando que volviera. Al ver que no lo hacía, salió de la cama, sintiendo una mezcla de vergüenza y rabia. Al parecer, su idea de una relación adulta era muy distinta a la de Ian. A pesar de que no había esperado su compromiso imperecedero, sí había esperado respeto. Pensaba que habían compartido algo especial. Sin embargo, Ian no podía haberse dado más prisa para irse.

—Eres una idiota —murmuró. ¿Qué le había hecho pensar que podía mantener una relación meramente física? Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se puso la falda y la blusa. Ian se movía por el cuarto de estar. Shannon no tenía la fuerza ni el estómago de volver a verlo en esos momentos. La siguiente media hora pasó con extrema lentitud. Permaneció sentada en una silla hasta que el apartamento quedó en silencio.

Tomó su bolso en una mano y los zapatos en otra y salió al pasillo. El zumbido de la televisión le hizo detenerse. Se asomó al cuarto de estar.

El canalla de Ian no había tenido ninguna dificultad para quedarse dormido en el sofá. Shannon le deseó una buena tortícolis

mientras se encaminaba silenciosamente hacia la cocina. Recogió su ropa interior, la metió en su bolso y fue hasta la puerta principal. Ni siquiera el ruido de ésta despertó a Ian. De manera que no dormía bien… ¡Pues parecía encontrarse en estado de coma!

Un profundo dolor invadió su pecho. Ian no había querido dormir con ella. ¿Por qué no la había llevado a la habitación de un motel alquilada por horas? Al menos, así habría sabido a qué atenerse.

Esperó y esperó y esperó al ascensor. Su mirada no dejaba de volver hacia la puerta del apartamento. Una parte de ella quería que Ian fuera tras ella, pero no lo hizo. ¿Qué más daba una desilusión más?

El portero le dedicó una mirada de extrañeza, pero Shannon estaba demasiado enfadada como para molestarse. En el taxi de vuelta a casa, con la visión nublada por las lágrimas, se preguntó cómo podía haber acabado así una noche que había empezado siendo tan prometedora.

* * *

Ian despertó de repente. Excepto por el zumbido de la televisión, el apartamento estaba en completo silencio. Una punzada de dolor recorrió su cuello, como si algún hechicero estuviera practicando un rito vudú con él. Se frotó la zona dolida. Mientras el dolor remitía, se hizo consciente de un dolor de otra clase en sus acalambrados músculos.

Esa noche había sido mucho más de lo que había esperado. Nunca había experimentado una unión más íntima. Si no hubiera puesto cierta distancia entre él y Shannon, habría corrido el peligro de balbucear palabras de amor como un adolescente en pleno ataque hormonal. Su cuerpo aún la anhelaba. Saber que estaba en la otra habitación solo intensificaba su necesidad.

Había jurado no darle nunca a ninguna mujer aquella clase de poder sobre él. Sin embargo, en una sola tarde de pasión, Shannon había conseguido abrir una grieta en la armadura que rodeaba su corazón. Qué fácil sería volver a ella y dejar que terminara su trabajo…

«Asumiendo que quiera hacerlo», se dijo Ian.

Debería haberse quedado un rato con ella antes de irse de la habitación. ¿Pero a quién trataba de engañar? No se había ido. Había huido.

Dejó escapar una amarga risa. Qué mal lo había hecho… Antes había podido cerrar los ojos a lo que no quiso ver, pero ahora se vio obligado a recordar la dolida expresión de Shannon cuando se apartó de ella. Aunque no había pretendido hacerle daño, solo un tonto no habría sabido ver lo que esa noche había significado para ella.

Shannon había mentido. La imagen de mujer fría y desapegada que pretendía proyectar hacia el mundo era falsa. Esa era precisamente la situación que Ian había tratado de evitar. Una mujer a la caza de un hombre rico para que se ocupara de ella no exigía que se tuvieran en cuenta sus sentimientos. Una mujer como Shannon, que quería una parte de su corazón, era una amenaza mucho más grande para el estilo de vida sin estorbos ni compromisos que tanto le había costado perfeccionar a Ian.

Capítulo Ocho

Wendy dio un sorbo al fuerte y espeso brebaje que Shannon llamaba café.

—No esperaba que estuvieras de vuelta tan temprano.

Shannon no estaba de humor para entrar en detalles sobre la noche pasada, de manera que decidió dar a su amiga un mínimo de información para mantenerla controlada.

—Ian tenía trabajo.

—Eso nunca ha parecido preocuparlo hasta ahora.

El sonido del teléfono sobresaltó a Shannon. Respiró profundamente para calmarse y se sentó en el sofá.

—¿No vas a contestar? —preguntó Wendy.

—No. Tengo el contestador puesto.

—¿Y si es Ian?

Eso era precisamente lo que preocupaba a Shannon. El teléfono había sonado tres veces, pero no se había molestado en oír los mensajes. Tal vez estaba siendo tonta. Probablemente, Ian no se había fijado en su marcha. O, si lo había hecho, sin duda estaría agradeciendo a los dioses no haber tenido que enfrentarse a la incómoda escena de la mañana después.

—¿Me estás ocultando algo? —Wendy dio un mordisco a su donut.

Shannon se obligó a sonreír.

—¿Acaso es posible ocultarte algo? Hasta el *National Enquirrer* llama para pedirte información.

—Has estado sospechosamente callada desde que has dejado a Chelsea en el autobús.

Shannon sabía que podría librarse de su amiga dándole algunos detalles.

—Eso se debe a que estos labios están agotados después de la noche pasada.

—¿Podrías concretar un poco más?

—No, no puedo —Shannon simuló un bostezo—. Tengo que dormir un poco. He estado toda la noche despierta —eso no era mentira, aunque hubiera pasado prácticamente toda la noche sola y en su cama.

—Creo que puedo hacerme una idea —dijo Wendy—. Pero lo que no puedo es seguir tomando esta especie de barro que jocosamente llamas café. ¿No te mantendrá despierta?

—Nada me mantiene despierta.

Una hora más tarde, Shannon seguía mirando el techo, totalmente despejada. Sentía su cama tan vacía como su corazón. *Bola de Nieve* se había hecho un hueco en la almohada, junto a ella. El gatito era un recordatorio constante del hombre que lo había llevado a la casa.

Si, a pesar de todo, los pensamientos sobre Ian no iban a dejar de perseguirla, más le valía emplear su nerviosa rabia en algo provechoso. Se irguió en la cama y apretó el botón del contestador.

—«Shannon. Son las siete y media. Deberías haberme dicho que tenías que irte temprano. Te habría llevado a casa. Llámame cuando llegues» —la profunda voz de Ian produjo un inmediato cosquilleo en el traidor cuerpo de Shannon.

Rodeó sus piernas con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas. Recordar cómo se había ido Ian esa noche bastó para que el cosquilleo desapareciera.

—«Maldita sea. Odio estas máquinas. Son las nueve en punto. Llámame cuando llegues» —así que Ian había tenido remordimientos al descubrir que se había ido. Lo superaría.

—«Responde… Sé que estás ahí… ¿Cómo se te ha ocurrido irte a

esas horas de la noche? Cuando el portero me ha dicho la hora a la que has salido me han entrado ganas de retorcerte el cuello. Shannon… Descuelga el maldito teléfono…» —murmurando una última maldición, Ian colgó el auricular de golpe.

Para evitar recibir otra serie de llamadas, Shannon marcó el teléfono del despacho de Ian y dejó un mensaje a su secretaria.

No tenía derecho a enfadarse con ella. No le debía ninguna explicación. Se habían despedido cuando él se fue a dormir al sofá. ¿Cómo había sido capaz de salir de la habitación sin una mirada atrás? Shannon comprendió que, al tener su mente nublada por la pasión, había pasado por alto algunos detalles reveladores que ahora eran evidentes. Aunque fantástico, el sexo había sido distante. Ian la había excitado y la había llevado a alturas sexuales desconocidas para ella, pero no le había concedido el placer de la reciprocidad.

Nunca podría cruzar el foso que Ian había excavado en torno a su corazón. Ni tampoco encontraría otro hombre capaz de colmar sus fantasías eróticas como él. La pregunta que había evitado ayer volvió a perseguirla. ¿Podía dejar a un lado sus emociones y mantener una relación puramente física? Ya no lo sabía.

Ian detuvo el camión frente a la casa de Shannon. El día había ido de mal en peor. Dos conductores de su empresa de transportes habían caído enfermos y otro había sido padre seis semanas antes de lo esperado. No habiendo sido posible encontrar sustitutos en tan poco tiempo, él mismo había tenido que hacerse cargo de uno de los viajes. Normalmente, solía disfrutar cuando viajaba por carretera, pero ese día no.

Su empresa estaba creciendo más de lo que había anticipado, y necesitaba contratar más conductores. Dos meses atrás, ese hecho le habría producido satisfacción; entonces aún tenía algo que probar. Pero ahora se preguntaba a quién trataba de impresionar. ¿De qué valía el éxito si no tenía con quién compartirlo?

Sus pensamientos volvían invariablemente hacia Shannon. Se pasó la mano por el pelo. Justo cuando creía haber descifrado a la especie femenina, la aparición de Shannon había hecho que todas las reglas cambiaran. Lo había obligado a relacionarse con su

hermana, sabiendo perfectamente que no sería capaz de cerrar su corazón a una pequeña de tres años. Y en cuanto abrió la puerta, Shannon pasó al interior junto con su sobrina.

Abrió la pesada puerta y saltó al suelo. Mientras caminaba por el sendero notó que el coche de Shannon no estaba. ¿Habría pensado que iría a verla después del trabajo y se había escapado?

—Ian —Chelsea corrió por el césped de la casa vecina. Tropezó, se levantó y aterrizó a toda velocidad contra él.

—Hola, pequeña —Ian alzó a su hermanita en brazos y ésta le rodeó el cuello con los brazos. Ian no recordaba que alguien se hubiera alegrado nunca tanto por verlo—. ¿Dónde está tía Shannon?

—Ha ido a la tienda —Chelsea señaló el camión azul metalizado —. ¿Es ése tu coche grande?

—Sí. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

Chelsea abrió los ojos con entusiasmo a la vez que asentía.

Ya se encaminaban hacia el camión cuando se oyó un grito aterrorizado.

—¡Deje a esa niña en el suelo!

Ian se volvió.

Wendy corría hacía él desde la casa, con un bate de béisbol alzado en posición de ataque. Al verlo, se detuvo en seco, y, tras unos segundos, bajó el bate al suelo con un suspiro de alivio.

—Chelsea, cariño, no salgas nunca del jardín sin avisarme.

—Ian está aquí.

Wendy se llevó una mano al pecho.

—Ya veo —tres caritas se asomaron tras su temblorosa madre.

Ian se encogió de hombros y sonrió, avergonzado.

—Ha sido culpa mía. No lo he pensado.

Las mejillas de Wendy se tiñeron de rojo.

—Shannon no mencionó que ibas a venir, así que cuando mi hijo mayor ha dicho que un hombre había tomado a Chelsea en brazos pensé que… este es un barrio tranquilo, pero…

Ian hizo un gesto con la mano para que no se molestara en darle explicaciones.

—Tienes razón. Lo siento. ¿Te parece bien si me la llevo a dar una vuelta en el camión?

—Por supuesto. Mientras sepa que está contigo, no hay problema.

—Yo también quiero ir —cantaron al unísono los hijos de Wendy. Los dos chicos y la niña miraron a su madre con gesto de ruego.

—No creo que Ian pueda…

—Da lo mismo un niño que cuatro para dar la vuelta al bloque.

—Si estás seguro de que no es problema…

Ian miró el bate que sostenía Wendy y decidió que prefería arriesgarse con cuatro niños chillones a hacerlo con una mujer asustada.

—No hay problema.

Shannon guardó el último paquete que le quedaba de la compra. Debía esconder los dulces de Chelsea. De lo contrario, la niña no querría comer. Tomándose un minuto para disfrutar de la soledad reinante, apoyó los brazos en el mostrador de la cocina y cerró los ojos. La imagen de Ian surgió en su vivida imaginación.

Antes, cuando Chelsea había vuelto de la guardería, Shannon fue capaz de mantener su mente ocupada con animados proyectos y un paseo por el parque. Algo tan mundano como ir al supermercado

hizo que Ian volviera a ocupar sus pensamientos. Se encontró preguntándose cuánta comida debía comprar. ¿Tendría Ian el valor de presentarse el fin de semana? ¿O habría comprendido que ella quería evitarlo por una temporada?

Shannon movió la cabeza. Era hora de recoger a Chelsea de casa de Wendy y sumergirse en el habitual parloteo incongruente que al menos le serviría de distracción. Se apartó del mostrador y salió por la puerta trasera.

Wendy estaba en el jardín, sentada en una tumbona como si fuera Cleopatra contemplando el Nilo.

Shannon abrió una silla y se sentó junto a su amiga.

—¿Dónde están los niños?

—Han ido a dar un paseo.

—Tu marido es un ángel.

—Mi marido trabaja hasta tarde. Se los ha llevado Ian.

Lo ojos de Shannon se abrieron como platos.

—¿Qué? ¿Se ha llevado a los cuatro en su coche deportivo?

—No. Ha traído el grande.

Shannon suspiró.

—Era de suponer que tendría más de un coche.

Wendy utilizó una mano a modo de visera para protegerse de los rayos del sol.

—¿Qué te pasa? Pensé que saldrías corriendo a casa a retocar tu maquillaje.

—¿Para él? Ni hablar.

—¿Me he perdido algo?

Shannon volvió a suspirar.

—No. Me lo he perdido yo —era algo dolorosamente evidente. Sabía que no era la clase de mujer capaz de salir y entrar en una aventura—. Y, por cierto, Wendy, no hay ningún placer en el sexo puro. Si no va unido a las emociones, deja un amargo sabor de boca.

El intenso sonido de un silbato invadió el aire. No era habitual oír por aquel tranquilo barrio el ruido de un gran motor unido al de insistentes bocinazos. Mientras el enorme camión se detenía frente a la casa, Shannon vio cuatro pequeños rostros pegados a la ventanilla.

Cuando Ian había hablado de su empresa de mercancías, Shannon lo había imaginado como presidente de una gran compañía que organizaba envíos a todas partes del mundo. Un camión de transportes parecía algo muy banal para sus orígenes de clase alta.

—No es el coche que esperabas, ¿no? —preguntó Wendy.

—No exactamente.

—Pues puede que el conductor tampoco sea como imaginabas. Alguien con la paciencia que Ian demuestra con los niños no puede ser tan malo.

Shannon no dudaba de la habilidad de Ian para relacionarse con los niños. Era su cínico punto de vista sobre las relaciones con los adultos lo que le preocupaba.

Se levantó del asiento de mala gana.

—Supongo que será mejor que vaya a preparar la cena.

Wendy le dedicó un guiño.

—¿El camino al corazón de un hombre?

—No. Porque cuanto antes coma, antes se irá.

—Claro. Te apuesto cinco dólares a que ese camión sigue ahí mañana.

—De acuerdo.

Tres horas después, Shannon no estaba más cerca de ganar su apuesta. Chelsea no había dejado de parlotear durante toda la cena sobre su paseo en el camión de Ian, sobre el gatito que le había regalado su hermano Ian. Ian decía esto. Ian decía aquello. Era tan perfecto a los ojos de la niña, que Shannon estaba esperando que en cualquier momento se pusiera a caminar sobre el agua.

Y lo peor de todo fue que Ian le siguió el juego a su adorable hermanita, alentándola sin ningún pudor para que siguiera haciéndole cumplidos. Sabía que Shannon estaba irritada, pero se comportó como si no pasara nada. Eran una feliz familia sentada en torno a la mesa.

Para cuando Chelsea se quedó finalmente dormida, Shannon estaba agotada. Esperaba que Ian se fuera ahora que su audiencia se había retirado y que no había nadie cerca a quien pudiera impresionar con su encanto.

Lo había dejado en el cuarto de estar mientras iba al dormitorio a recoger la ropa sucia. A pesar de que la mullida alfombra apagó por completo el sonido de sus pasos, el suave aroma de la loción para el afeitado de Ian alertó a Shannon de su presencia en el dormitorio.

Ian apoyó un hombro contra el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—Ahora que estamos solos, ¿te importaría explicarme por qué has sentido la necesidad de salir corriendo de mi apartamento en medio de la noche?

—No había ningún motivo para que me quedara —Shannon cerró el cajón de la cómoda con la rodilla—. Cuando es evidente que el anfitrión se ha cansado de una, conviene irse.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Shannon se sentó en la silla giratoria de su escritorio.

—Admítelo, Ian. La idea de que me quedara en tu apartamento a pasar la noche te incomodaba.

La sensual sonrisa que curvó los labios de Ian hizo que el estómago de Shannon se contrajera.

—¿Te parecía que estaba incómodo?

—No con el sexo. En ese aspecto era evidente que te sentías a tus anchas. Es lo que sucedió después.

—Después no sucedió nada.

—Exacto.

Ian pasó al interior de la habitación y se sentó en el borde de la cama. La intimidad que implicaba mantener una conversación en su dormitorio alteró a Shannon, pero no supo cómo salir de allí sin que Ian averiguara cuánto la afectaba su presencia.

—¿Hice algo que no te gustara? Porque, según recuerdo, me seguiste complacientemente hasta el fin.

Solo un hombre utilizaría algo así en una conversación.

—Estuviste fantástico. Increíble. La próxima vez que me encuentre de humor para el sexo, te llamaré para que me reserves un rato de tu tiempo.

—No seas ridícula —dijo Ian, con una calma enloquecedora—. Lo próximo que harás será ofrecerte a pagarme.

—¿Cuál es tu precio?

—¿Por qué no me dices lo que te preocupa y tratamos de resolverlo?

Ian permanecía calmado mientras ella recurría a insultarlo. Shannon comprendió que había perdido el control de la situación. Respiró profundamente, tratando de encontrar algún resto de fuerza en su interior.

—Quiero una relación verdadera, no alguna esporádica noche de sexo.

Ian entrecerró los ojos.

—Ya hablamos sobre eso anoche.

—Hablamos de que no habría promesas, ni ataduras. Pero no dijimos que no habría una auténtica implicación personal en la relación. ¿Te das cuenta de que no sé nada sobre ti y de que tú solo sabes sobre mí lo que el detective que contrató tu padre averiguó sobre mi familia?

—¿Qué quieres saber? Juntos estamos bien.

—No. Tú estás bien. Yo ni siquiera tengo esa posibilidad.

Ian apartó con su mano un mechón de pelo que había caído sobre su frente.

—Así que… quieres ser tú quien controle la situación. La próxima vez puedes atarme a la cama y hacer lo que quieras conmigo.

—Muy gracioso. Cualquier cosa antes que entrar en una conversación que podría exigir que expresaras tus emociones, ¿no?

—No soy un hombre sensible en contacto con su lado femenino. Eso lo sabías antes de que pasara nada. Si quieres saber algo sobre mí, pregunta. No pretendo ocultarte nada.

—Cuando quiera esa información, te daré un cuestionario para que lo rellenes —Shannon se puso en pie, moviendo la cabeza—. Habría sido agradable que anoche te hubieras quedado un rato y hubieras hablado conmigo como si fuera una persona y no alguien con quien casualmente acababas de mantener relaciones sexuales.

—Eso no fue lo que pasó —Ian deslizó una mano por la cadera de Shannon y la atrajo hacia sí.

—Sí desde mi punto de vista —Shannon apoyó una mano sobre el hombro de Ian para mantener una distancia prudencial. Su cuerpo ya empezaba a reaccionar, y sabía lo peligroso que podía ser Ian si le daba el más mínimo margen de maniobra—. Y aún no estoy lista para una repetición.

—No estás siendo justa.

—Creo que es justo que antes pueda alzar mis propios muros de

protección. De lo contrario, estarías tratando con una mujer emocional que sabe cómo utilizar un cuchillo.

—De acuerdo —dijo Ian, apartando lentamente la mano de la cadera de Shannon—. ¿Te apetece ver la tele?

—¿Por qué no te vas a casa?

—Porque si lo hiciera, te quedarías aún más convencida de que lo único que quiero es sexo. No hay nada más frío que un hombre que se va porque una mujer le dice que no.

Era bueno. Demasiado bueno. Shannon sintió que se había arrinconado a sí misma. Ian decía exactamente lo que ella quería oír. Si insistía en que se fuera, sería tanto como admitir que no se fiaba de sí misma. Cosa que era cierta.

Capítulo Nueve

Ian se sentó en la silla y sonrió. Estar en aquel despacho frente a su abuelo le hacía sentirse como si hubiera dado un paso atrás en el tiempo. Adam parecía al menos diez años más joven que hacía un mes.

—¿Qué te trae por el barrio? ¿Vienes a comprobar qué tal lo hago? —preguntó Adam en son de broma.

—Tenía que guardar algunas cosas de Wesley antes de que se pusiera en venta la casa.

Adam apoyó la espalda contra el respaldo de su asiento.

—Anoche te llamé.

—No he estado en casa.

—Por la sonrisa con que has entrado, lo sospechaba. ¿Se trata de alguien especial?

Ian se encogió de hombros despreocupadamente.

—Sí.

Su abuelo lo miró con gesto suspicaz.

—No bromees con un viejo.

—Sabía que no debería haber dicho nada. Seguro que vas a dar al asunto más importancia de la que tiene.

Adam sonrió bonachonamente.

—No puedes culparme por querer verte asentado.

—He dicho que ella es especial, no que vaya a casarme.

—Todo llegará.

Ian rio.

—También llegará otra glaciación, pero no mientras yo viva, espero.

—Sigue adelante y lucha, muchacho. Así disfrutaré mucho más cuando caigas.

Ian movió la cabeza. Su abuelo nunca dejaría de esperar que se casara. No se daba cuenta de que su vida estaba más asentada ahora que en los veinte años pasados.

—¿Qué tal va el trabajo? ¿Ha sido suave la transición?

—No he tenido ningún problema con el personal. Pero este nuevo sistema de ordenadores me tiene descolocado. Correo vocal, electrónico, faxes… y todo con apretar un botón. Las cosas han cambiado mucho desde mi época. Wesley hizo avanzar mucho a la empresa.

Ian gruñó.

—Claro. Gracias a que os la robó a ti y a mamá.

Adam entrecerró los ojos con gesto de pesar.

—Olvida el pasado. Tienes todo el futuro por delante. Tu hermanita va a necesitar contar contigo como tú pudiste contar conmigo.

Ian respiró profundamente, dejando que su enfado remitiera.

—Chelsea es fantástica. Cumplió tres años hace una semana y ya sabe manejar a los hombres a su antojo.

—Así que has estado viéndola.

—Sí.

La admisión de Ian alegró a su abuelo.

—Me alegro. Mañana tengo una cita con su tía.

—¿Por qué? —preguntó Ian en tono escéptico.

—Ya iba siendo hora. Ella es la responsable de las finanzas de Chelsea. Necesito saber qué quiere que hagamos con sus beneficios.

—Shannon no me lo había mencionado —a Ian no le agradó saber que Shannon le ocultaba cosas, pero, en realidad, no entendía por qué. Él apenas le había revelado nada sobre su vida.

—La he llamado hoy mismo. ¿Hay algún problema?

Ian entrelazó las manos nerviosamente en su regazo.

—No.

—Entonces, háblame de ella. ¿Cómo es?

La imagen de Shannon apareció de inmediato en la mente de Ian.

—Grandes ojos marrones. Pelo castaño rojizo, a juego con su fuerte carácter. Y un par de piernas que te dejan sin aliento.

—En otras palabras, ella es ese alguien especial.

Ian movió la cabeza para salir de su ensimismamiento.

—¿Qué has dicho?

—No te estaba pidiendo una descripción física, pero, al parecer, esa mujer parece indeleblemente grabada en tu mente.

Y algo más que en su mente, pensó Ian. La tenía bajo su piel, invadiendo su bendita soledad. La noche pasada fue una tortura. Vieron la televisión juntos, haciendo manitas y jugueteando como dos adolescentes. Cuando la película terminó, Shannon le hizo dormir en el cuarto de invitados.

Doce horas más tarde, aún sentía los efectos de su frustración.

—Tengo que irme, abuelo. Te llamaré la próxima semana.

Adam rio burlonamente.

—No puedes seguir huyendo siempre.

—Pero puedo intentarlo —a pesar de sus palabras, Ian sabía que estaba inevitablemente abocado al desastre. Por mucho que negara la verdad, incluso a sí mismo, estaba más involucrado con Shannon de lo que era conveniente. Debía alejarse antes de que fuera demasiado tarde, pero sabía que no lo haría.

Shannon comprobó las señas dos veces antes de entrar. Aquella cita le causaba cierta inquietud. Ian no le había dicho que el director de la empresa quería hablar con ella. ¿No le habría aclarado a éste que ella no tenía nada que decir en cuanto a la gestión de Westervelt Properties?

Tal vez debería haber llamado a Ian antes de ir. Aunque, si el propósito de la reunión no era importante, habría estado haciendo una montaña de un grano de arena. Siempre podía llamarlo luego.

Miró el nombre que había escrito en un papel. Adam Westervelt. ¿Cuál sería su conexión con la empresa? ¿Sería un antiguo socio de Wesley Bradford? No obtendría ninguna respuesta quedándose en el vestíbulo de entrada. Tras comprobar su aspecto en el cristal de la puerta, se encaminó hacia recepción.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó una mujer de agradable aspecto.

—Tengo una cita a las once con el señor Adam Westervelt. Soy Shannon Moore.

—Sí, la está esperando —la mujer condujo a Shannon por una serie de pasillos, hasta detenerse frente a la puerta de un despacho —. La señorita Shannon ha llegado, señor.

—Que pase —dijo una profunda y animada voz.

Shannon se sorprendió al ver a Adam Westervelt. El anciano que se hallaba tras el escritorio no era como había esperado. Cuando hablaron por teléfono, su voz de barítono le hizo pensar que se trataba de un hombre mucho más joven.

—Hay algunos mensajes para usted en el correo electrónico — dijo la recepcionista antes de cerrar la puerta.

Adam rodeó el escritorio y apartó caballerosamente una silla para Shannon.

—Siéntese, por favor.

—Gracias —Shannon ocupó el asiento de cuero, produciendo un embarazoso sonido al hacerlo.

—Yo también odio estas malditas sillas —dijo Adam, dedicándole una paternal sonrisa. Sus ojos grises reposaron un momento en el rostro de Shannon, no de forma ofensiva, sino más bien como un hombre que mirara a su hija—. Mi nieto tenía razón.

Shannon parpadeó.

—¿Disculpe?

Adam se sentó en su sillón tras el escritorio y cruzó los brazos sobre éste. Sonrió.

—Ojos grandes y marrones. Pelo castaño rojizo y… creo que lo demás me lo saltaré.

—No le sigo, señor.

—Ian.

Shannon tragó con esfuerzo.

—¿Es usted el abuelo de Ian?

—Deduzco que no le ha mencionado que me dio sus acciones de la empresa.

¿Ian hablar de su familia? No le habría dicho ni la hora, a menos que se la hubiera sacado con sacacorchos. E incluso para eso se habría mostrado suspicaz.

—No, señor. Al parecer, se le ha pasado por alto.

—Así es Ian. Una persona muy íntima.

Shannon alzó la barbilla ligeramente, haciendo lo posible por no mostrar cuánto le dolía el silencio de Ian. ¿La tenía en tan poca

consideración que ni siquiera se había molestado en mencionarle a su abuelo?

—Supongo que eso explica por qué está su nombre en la puerta.

—Deduzco que no le ha contado nada relacionado con la historia de la familia.

—Como usted mismo ha dicho, es una persona que preserva celosamente su intimidad. Debe haber considerado que no era asunto mío. Cosa que, al menos técnicamente, debe ser cierta.

—Pero, siendo la tutora de su hermana, usted pertenece a la familia. Además, sé que usted le gusta.

Shannon supuso que esa era la forma anticuada de decir que quería ligársela. Los sentimientos de Ian por ella no iban más allá de lo físico.

—¿Es ése el motivo por el que quería verme?

—Aunque admito que siento curiosidad por saber qué clase de mujer será capaz de sacar a mi nieto de su caparazón de ermitaño, no supe que usted era la «mujer especial» hasta después de concertar esta cita. Quería que habláramos sobre Chelsea. No sé cuánto sabe usted sobre gestión de empresas, beneficios, inversiones y ese tipo de cosas.

—Me licencié en económicas y en gestión empresarial en Princeton. Durante los últimos ocho años he trabajado para una multinacional en el departamento de planificación de inversiones. Aún conservo a algunos clientes como asesora.

—Ocho años dentro —murmuró Adam, verdaderamente impresionado—. Seguro que podría enseñarme una o dos cosas.

Shannon sonrió.

—Lo dudo, señor.

—Adam —corrigió él, invitándola a tutearlo. Sus labios se curvaron en la misma sonrisa ladeada que solía adoptar Ian—. Me

sorprende que mi nieto no me mencionara ese detalle.

Shannon se movió en el asiento. A ella le sorprendía el mero hecho de que la hubiera mencionado. Tal vez fuera más extrovertido con su abuelo que con otras personas. Desde luego, debía sentir mucho afecto por él para haberle entregado sus acciones en la empresa.

—Estaba más interesado en el pasado de mi familia. Le ha costado aceptar a Chelsea como hermana.

—Le cuesta, pero cuando se convence de algo…

—No quisiera que me malinterpretaras. Es muy bueno con Chelsea. Ella piensa que el sol nace y se pone con él —¿Y no era eso lo que ella le había pedido que hiciera? El trato era que mantuviera una relación con su hermana, no con ella—. Como ya le dije a Ian, no tengo ninguna intención de entrometerme en el modo de gestionar la empresa. Lo que tú decidas me parecerá bien.

Adam deslizó un dedo por su tupido ceño.

—De todos modos, supongo que tendrás alguna idea sobre cómo te gustaría que se invirtiera el dinero de Chelsea.

—A largo plazo. Yo no lo necesito. Puede que también interese invertir una pequeña cantidad en Magellan Fund.

—¿Acciones?

—Puede que más adelante, si hay dinero.

Adam sonrió.

—Si esta empresa sigue creciendo al ritmo que lo ha hecho los últimos años, creo que tomarás esa decisión bastante pronto.

—Estoy segura de que tú llevarás las cosas bien. De lo contrario, Ian no te habría dado el mando.

Adam entrecerró los ojos.

—Sí lo habría hecho. Pero prefiero que sea él quien te explique por qué.

Tras aquel críptico comentario, Shannon se puso en pie. Tenía la sensación de que la historia de la familia de Ian debía estar llena de engaños, traiciones e intrigas empresariales. Desafortunadamente, no sabía cómo podían evolucionar las cosas, pues le faltaban por conocer demasiados capítulos de la serie.

—Tengo que reunirme con un cliente en Nueva York esta tarde. Ha sido un placer conocerte, Adam.

—Lo mismo digo —Adam se levantó y sacó de un cajón del escritorio un paquete envuelto con un papel de chillones colores—. Para el cumpleaños de la pequeña.

Por unos instantes, Shannon se limitó a contemplar el paquete. Sus propios padres no habían recordado el cumpleaños de su nieta.

—Gracias.

—De nada —Adam apoyó una mano en el hombro de Shannon mientras la acompañaba hacia la puerta—. Y no te rindas.

Por la forma en que le sonrió, Shannon sospechó que tenía una especie de plan secreto. Pero, aunque aceptaría agradecida cualquier ayuda para romper el muro de granito que encerraba las emociones de Ian, temía que hiciera falta mucho más que las buenas intenciones de su abuelo.

Shannon caminaba rápidamente por Wall Street. Con un poco de suerte, podía tomar el metro y llegar al aparcamiento antes de la hora punta.

Los tacones altos empezaron a molestarla. Si hubiera querido, podría haberse presentado en el apartamento de Ian en menos de diez minutos. La idea era tentadora. Todo lo que tenía que hacer era tragarse su orgullo y aceptar que Ian no era capaz de dar más de sí mismo. Tras sopesar las ventajas e inconvenientes, descartó el plan. Aún no estaba dispuesta a rendirse.

Se detuvo en un cruce a esperar a que cambiara el semáforo. Taxis amarillos y toda clase de coches circulaban rápidamente por la calle, descargando en el húmedo ambiente su monóxido de

carbono. Una limusina tomó la curva a demasiada velocidad, acercándose peligrosamente a la acera. Shannon saltó hacia atrás y chocó contra alguien.

—Disculpe —murmuró, tratando de apartarse. Pero algo pareció sujetarla, impidiéndoselo.

Por un instante, su corazón pareció detenerse. Su cuerpo se puso rígido. Apretó el brazo, aprisionando el bolso contra su cintura.

Sin pensar, se volvió, topándose con un hombre sin dientes, de aspecto andrajoso. Un destello atrajo su atención hacia la navaja que sostenía en la mano. Instintivamente, aferró su bolso aún con más fuerza.

—Dámelo —gruñó el hombre en tono amenazador.

La mente de Shannon se negó a cooperar con su cuerpo y se opuso.

—Bruja estúpida —espetó él. En un instante, cortó la correa del bolso con la navaja. Al hacerlo, también cortó el brazo de Shannon a través de la blusa. Después, tiró del bolso y salió corriendo con él. Shannon se tambaleó hacia atrás, tropezando contra un coche que se había detenido frente al semáforo.

Sintió una punzada de intenso dolor. Cubrió con una mano la zona herida. La sangre manaba abundantemente de ésta, manchando la manga de la camisa. Afortunadamente, alguien gritó, ya que Shannon no había sido capaz de abrir la boca.

—¿Ha visto eso?

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Necesita una ambulancia.

—Que alguien llame a la policía.

Las palabras de los curiosos giraron como un remolino en la cabeza de Shannon. Alguien la ayudó a salir de la calzada y subir a la acera. Se apoyó contra el semáforo. No podía escuchar ni contestar a las preguntas que le dirigían. Solo lograba mirar hacia la dirección por la que su asaltante había desaparecido.

Ian corrió por el pasillo hasta la sala de emergencias. Una vez dentro, se dirigió rápidamente a recepción.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó la enfermera que se hallaba tras el mostrador.

—Vengo a recoger a una paciente que ha ingresado hace un rato. Shannon Moore.

La enfermera consultó el ordenador.

—Habitación cuatro.

Ian asintió y se encaminó hacia la habitación indicada. La última vez que estuvo en un hospital fue cuando su madre murió. Los recuerdos eran demasiado fuertes como para enfrentarse a ellos en aquellas circunstancias.

Cuando entró en la habitación número cuatro encontró a Shannon sentada en el borde de una camilla, con los pies colgando. Tenía el brazo derecho vendado y varios arañazos superficiales. Una policía uniformada estaba junto a ella, tomando notas. Cerró su cuaderno de golpe y dedicó a Shannon una sonrisa de ánimo.

—Creo que han venido a recogerla.

Shannon alzó la mirada.

—¡Ian! —Su voz se quebró y tuvo que aclararse la garganta antes de continuar—. ¿Qué haces aquí?

—Me ha llamado Wendy. No ha podido conseguir a nadie para que se hiciera cargo de los niños. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

La policía tocó el hombro de Shannon.

—Es una valiente luchadora. Por eso ha acabado aquí. No quería entregar su bolso.

—Ha sido una reacción instintiva, no valentía —dijo Shannon.

—Y también una estupidez —gruñó Ian. Sabía que no debía enfadarse, pero ver a Shannon herida le había producido un cúmulo de emociones al que no sabía cómo enfrentarse.

Ella miró a lo alto, exasperada.

—¿Puedo irme ya?

—De momento, he terminado —dijo la policía—. Nos pondremos en contacto con usted en cuanto averigüemos algo.

Ian se apartó para dejarla salir. Cuando se volvió, vio que Shannon había saltado de la camilla para vestirse. Su falda no tenía mal aspecto, pero sí su camisa.

Ian se quitó la suya y la colocó sobre los hombros de Shannon.

—¿Por qué no me has llamado?

Shannon metió los brazos por las mangas de la camisa.

—¿Tenemos que hablar de ello aquí?

Su aparente indiferencia y auto control enfurecieron aún más a Ian. ¿Acaso no era consciente del peligro que había corrido?

—No. Hablaremos en mi apartamento —Ian abrochó los botones de la camisa. El olor a antiséptico se mezclaba con el del perfume de Shannon—. ¿Dónde está tu coche?

—En un aparcamiento. Puedes llevarme allí, si quieres.

—Te llevaré mañana.

—Chelsea… —la preocupación por la niña provocó el primer destello de emoción en el rostro de Shannon.

—Va a pasar la noche en casa de tu amiga. Estará bien. Y ahora, ¿vamos a mi apartamento?

Shannon alzó las palmas de las manos en señal de rendición.

—Ya que no tengo dinero, no me queda otra elección.

—Me alegra que lo veas así.

Una vez en el coche, Ian miró a Shannon de reojo. Estaba totalmente rígida en el asiento, con los dedos aferrados a la manija de la puerta y los ojos firmemente cerrados. No supo si aquello era una reacción retardada por lo que le había sucedido o una argucia para evitar hablar con él. En cualquier caso, decidió esperar a llegar al apartamento para interrogarla.

Capítulo Diez

Ian volvió de la cocina con un vaso de agua. En los diez minutos que llevaban en el apartamento, Shannon no había dicho una palabra sobre el incidente que había acabado con ella en el hospital. Hizo una rápida llamada a Wendy para decirle que no iría a pasar la noche a casa y luego se puso a hablar sin cesar sobre la rígida y austera decoración del apartamento. Como si a Ian le importara algo la decoración de su apartamento en aquellos momentos.

Le entregó el vaso.

—Gracias —dijo Shannon—. Creo que al menos un par de cojines de colores animarían bastante el cuarto de estar.

Sintiéndose incapaz de soportar un minuto más aquel parloteo, Ian gruñó.

—Maldita sea, Shannon, ¿no te ha dicho nunca nadie que no debes presentar resistencia a un ladrón?

Shannon suspiró.

—Por supuesto.

—No estás preparada para andar sola por la ciudad. Además, ¿qué hacías por aquí? Creía que hoy tenías una reunión con mi abuelo.

Shannon no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Te lo dijo?

Ian asintió.

Shannon dio un sorbo a su vaso de agua y lo dejó en la mesa. Luego añadió:

—Tenía unos asuntos que atender en la ciudad por la tarde.

—Es la segunda vez en una semana —comentó Ian—. ¿Qué clase

de asunto es tan importante como para que arriesgues tu seguridad?

Shannon dejó escapar un gruñido de exasperación.

—Olvídalo —cuando se puso en pie, Ian la tomó por la cintura con las manos—. Suéltame —protestó ella, retorciéndose—. Me voy a casa. Te enviaré la camisa en cuanto esté limpia.

—No vas a ninguna parte. No tienes dinero.

—Caminaré. Cualquier cosa será preferible a quedarme aquí mientras me explicas por qué merecía que me robaran a plena luz del día y en el distrito financiero de la ciudad. Que, por cierto, se supone que es uno de los más seguros de la ciudad.

Ian comprendió que era cierto que la estaba culpando de lo sucedido.

—De acuerdo. Tienes razón. Me estaba pasando.

Shannon dejó de retorcerse y lo miró.

—¿Por qué estás enfadado entonces?

—¿Por qué no me llamaste?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Pensaba que estábamos… eh…

—¿Manteniendo una relación? ¿Comprometidos? ¿Cuál de esas dos palabras se te atraganta más? —los dardos verbales de Shannon dieron en la diana con letal precisión. Logró apartarse de Ian sin que éste se opusiera—. Iba a llamarte, pero luego pensé que no merecía la pena molestarte.

—¿Molestarme? Vamos, Shannon.

—¿No era eso lo que querías evitar? ¿Una mujer tonta que te diera la lata a cada paso?

—Llámame porque se te ha roto una uña y me enfadaré. Pero creo que es fácil comprender que quiera que lo hagas si lo que sucede es que estás en un hospital.

—Ni siquiera me ingresaron. Solo me han dado un par de puntos.

—Doce no son un par.

Shannon suspiro.

—Recuérdame que dispare a Wendy cuando la vea. No debería haberte llamado.

—Si no lo hubiera hecho, aún seguirías en el hospital.

—Al menos, las enfermeras no me estarían tratando como si fuera una niña —protestó Shannon.

—Yo te conozco mejor.

—Si vamos a discutir toda la noche, me voy.

A pesar de que sabía que debería dejarlo, Ian no pudo. El hecho de que Shannon no lo hubiera llamado le resultaba irritante.

—¿Quieres que Chelsea te vea en ese estado?

Shannon movió la cabeza.

—No. Pero si espero a que desaparezca la herida y los rasguños, tardaré días en verla.

—Cierto, pero mañana estarás menos asustada.

—No estoy asustada. Estoy enfadada. El miserable que me ha robado se ha llevado todo mi dinero y mis tarjetas de crédito, por no mencionar mis llaves. Y el cerrajero no cambiará las cerraduras hasta que vaya a casa.

—Yo me encargaré de eso mañana. ¿Qué te parece si salgo a comprar algo de comer?

—¡No! —Shannon aferró un brazo de Ian con la mano—. No tengo mucha hambre.

Evidentemente, no quería que se fuera. Así que Shannon no

controlaba la situación tanto como le habría gustado hacerle creer, pensó Ian. Lo necesitaba. Normalmente, eso era suficiente para hacerle salir corriendo de una relación. Pero no sintió deseos de huir. En todo caso, se sintió aliviado.

—De acuerdo. Puedes tomar un baño mientras preparo un par de sándwiches.

Shannon se metió en el agua caliente con un suspiro. Manteniendo el brazo vendado sobre el borde, dejó que la calidez relajara la tensión de sus cansados miembros. Los recuerdos de los acontecimientos del día no le dejaron relajarse del todo. Había vivido muchos años en Nueva York sin tener ningún incidente. Si en lugar de ir pensando en Ian se hubiera mantenido alerta, tal vez no habría sido una víctima tan idónea.

Cerró los ojos y disfrutó del silencio. Una reprimenda más de Ian y habría gritado. La enfermera que la había atendido en emergencias le advirtió que podría pasar. Al verse impotente para remediar lo sucedido, Ian podría explotar por otro lado.

Una suave llamada a la puerta rompió el silencio.

—¿Estás visible? —preguntó Ian.

Shannon se hundió más en el agua.

—No.

—Bien —Ian entró en el baño, con un teléfono móvil en la mano —. Chelsea quiere hablar contigo.

—¿Qué le has contado?

—Nada. Piensa que estamos celebrando una fiesta de pijamas. No he podido decirle que nosotros celebramos las fiestas sin pijama.

Shannon arrugó la nariz y tomó el teléfono.

—Hola, Chels. ¿Qué haces?… ¿Otra vez *Simbad?*… ¿Te estás portando bien con Wendy?… Sí, Ian vendrá mañana… ¿Un regalo? Ya veremos. Según cómo te portes… Yo también te quiero…

Adiós… No, cuelga tú primero —cuando oyó el clic, pulsó el botón de desconexión y dejó el aparato en el suelo.

Ian se sentó en el borde de la bañera y apartó un mechón de pelo húmedo de la frente de Shannon. Deslizó la mirada por su cuerpo, pero su expresión permaneció impasible.

—Me estás mirando —dijo Shannon.

—Solo me estaba fijando en un fenómeno físico.

—¿Nuclear, o astrofísico?

—Ninguno de los dos. En las propiedades de la fluctuación.

Shannon bajó la mirada y vio las puntas rosadas de sus senos sobresaliendo del agua. Tratando de no mostrarse afectada, se encogió de hombros.

—A mi edad, estoy dispuesta a aceptar toda la ayuda que pueda.

Ian rio.

—¿Quieres que te frote la espalda?

—No, gracias.

Ian deslizó un dedo de la mejilla de Shannon a su hombro, dibujando pequeños círculos sobre su húmeda piel.

—¿Y la parte delantera?

Shannon lo salpicó con una mano.

—Modérate.

—Imposible.

—Ten cuidado, Ian, o puede que acabe creyendo que de verdad sientes cariño por mí.

—¿Y quién dice que no sea así?

—El hecho de que te tomas muchas molestias en ocultar tus

sentimientos.

—Al menos, soy consistente.

—Consistentemente irritante —asintió Shannon—. ¿Te importaría pasarme una toalla?

—¿Has terminado ya?

Shannon negó con la cabeza.

—El baño ya no resulta suficientemente relajante.

—No pretendía distraerte.

—En ese caso, aparta tu mano de mi seno.

Ian deslizó un pulgar por el erecto pezón antes de pasar la mano tras la espalda de Shannon para ayudarla a salir de la bañera. Ella chorreó agua sobre su camiseta y sus vaqueros mientras la rodeaba con sus brazos. Una toalla podría haber sido más efectiva para secarla, pero, en cuanto a calidez, el abrazo de Ian ganó con creces.

Cuando la besó en la frente, Shannon sintió un placentero escalofrío. Instintivamente, inclinó la cabeza hacia arriba. Tras besarla castamente en los labios, Ian la soltó.

Sin darle tiempo para protestar, la rodeó con un albornoz que descolgó de la parte trasera de la puerta. Las mangas caían varios centímetros por debajo de los dedos de Shannon.

Viéndola cubierta de arriba abajo, Ian dijo:

—Ya está. Ahora, tal vez pueda comportarme.

Shannon golpeó con un pie en el suelo.

—¿Y quién te ha pedido que lo hicieras?

Los ojos de Ian destellaron humor.

—¿Se acabaron los sermones sobre mi arrogante, hermética y fría personalidad? Es evidente que estás desorientada. Necesitas comer algo, llamar a tu madre…

—¿Para qué iba a llamar a mi madre?

Pasando un brazo tras la espalda de Shannon, Ian la condujo al cuarto de estar.

—¿No es lo que suelen hacer las mujeres cuando han tenido algún problema?

—No sé las demás mujeres, pero yo no, a menos que quisiera la culpabilidad añadida de haberle producido una crisis de ansiedad. Mi madre suele tender a convertirse en el centro de cualquier crisis, esté o no implicada en ella.

Ian arqueó una ceja.

—¿Y tu padre?

—No le interesaría lo que le contara, a menos que le sirviera para culpar a mi madre —Shannon se sentó en el sofá, colocando las piernas a un lado—. Tiffany sí me habría escuchado. Y me habría dicho que fui tonta por no dar una patada al ladrón en sus partes.

Ian gruñó al imaginarlo.

—Tu hermana era un encanto —dijo en tono irónico.

—Lo que le faltaba en cuanto a tacto, le sobraba en tenacidad. Sabía lo que quería e iba tras ello. En otras circunstancias, probablemente habrías admirado su determinación, si no sus métodos.

De pronto, la mente de Shannon se llenó de recuerdos de su hermana. No había tenido tiempo de lamentar su pérdida, pues tuvo que hacerse cargo de inmediato de Chelsea, y los primeros días de su relación con la niña no fueron fáciles.

Ian la miró con curiosidad.

—¿Querías a tu hermana?

Shannon frotó una solitaria lágrima de su mejilla.

—Por supuesto que la quería. ¿Te sorprende? Puede que no me gustara su forma de vivir, pero era mi familia.

Ian se sentó en un extremo del sofá.

—Los lazos familiares no cuentan demasiado.

—Por tu forma de actuar, no parece que pienses realmente eso. Sé que le has dado a Adam tu parte de la empresa de Wesley.

—Nunca fue la empresa de Wesley. Solo se la devolví a su justo dueño.

—¿Cómo llegó a hacerse con ella tu padre?

Ian hizo una larga pausa. Pensar en el pasado hacía revivir años de resentimiento. No quería que aquellas conflictivas emociones distorsionaran su percepción esa noche.

Pero Shannon esperaba una respuesta. Aunque de momento había logrado mantenerla a distancia, estaba que no aceptaría evasivas por mucho más tiempo.

—Cuando mi madre estaba en el hospital luchando contra un cáncer de mama, Wesley utilizó los poderes que ella le había dado para poner las acciones a su nombre. Sumando éstas al veinte por ciento que Adam le dio cuando se casó con mi madre, logró el control de la empresa —Ian apretó y aflojó los puños, como solía hacer siempre que hablaba de su padre—. Dos años después, cuando su poder ya estaba firmemente asentado, Wesley se divorció de mi madre. Ella ni siquiera trató de recuperar legalmente la empresa. Aceptó el dinero que le correspondía y se apartó.

Hasta ese momento, Ian no había reflexionado en lo mucho que afectó la capitulación de su madre a los puntos de vista que tenía sobre las mujeres en general. Vio la fuerza que demostró en su ardiente lucha contra el cáncer, pero, en todo lo referente a su marido, siempre fue débil. Fue capaz de soportar años de mentiras e infidelidades por no perderlo. Incluso al final, prefirió el dinero antes que luchar.

—Pero Adam aún conservaba parte de las acciones.

—Ocupar un puesto secundario en la empresa que había

fundado acabó resultando intolerable. Vendió sus acciones a Wesley y se retiró.

Shannon apoyó la cabeza en el hombro de Ian.

—Es una lástima. Tu abuelo parece un hombre muy agradable.

Ian se encogió de hombros.

—Sí, lo es. Probablemente, ése sea su peor defecto.

—¿Por qué dices eso?

—Se confía con demasiada facilidad y acaba quemado. En una época admiró a Wesley, respetó su empuje y ambición. Mira a dónde le llevó hacerlo.

—El problema fue el carácter de tu padre, no el de Adam.

—No se puede tener éxito en los negocios siendo un buen tipo.

Shannon ladeó la cabeza para mirar a Ian a los ojos.

—Puede que para él fuera más importante la familia que el éxito en los negocios.

—Al final, perdió ambas cosas.

—Aún te tiene a ti.

Ian rio con amargura.

—Menudo premio.

Shannon deslizó una mano por la musculosa pierna de Ian.

—No está nada mal —susurró.

Él la tomó por la muñeca, impidiéndole seguir moviendo la mano.

—No me pongas en marcha, Shannon.

—¿Vas a dejarme colgada?

En esa ocasión, la risa de Ian fue genuina.

—Conozco conductores de camión que hablan mejor que tú.

—Sí lo sé —contestó Shannon, sonriendo—. Y he mejorado desde que tengo la custodia de Chelsea. Siento no ser como las finas señoritas a las que estás acostumbrado.

En un solo movimiento, Ian la tomó en brazos y la sentó en su regazo.

—¿Cómo sabes a qué estoy acostumbrado?

—No te fías de las mujeres cuyas cuentas corrientes son menores que las tuyas.

—Tampoco me gustan las que quieren seguir manteniendo el ritmo de vida a que las acostumbró su papaíto.

—No te gustan las ricas y no te gustan las pobres. Estás cerrándote demasiadas puertas. ¿Con qué te vas a quedar al final?

—Contigo.

¿Durante cuánto tiempo?, estuvo a punto de preguntar Shannon, pero no quería conocer la respuesta. No esa noche. Necesitaba la cercanía de Ian, su fuerza. A la vez, despreciaba su propia debilidad y su vulnerabilidad. Necesitaba volver a sentir que controlaba su vida.

—¿No vas a discutir? —preguntó él—. Debes estar enferma. Será mejor que te lleve a la cama.

Shannon sonrió.

—Me parece buena idea.

—Sola —aclaró él.

Shannon sacó una mano de debajo de la larga manga del albornoz y golpeó a Ian suavemente en el hombro.

—Ni comida, ni sexo —protestó—. No pienso volver nunca más

a este garito.

—Después de no haber querido llamarme hoy, te veo demasiado ansiosa por contar con mi compañía.

A pesar del tono cariñosamente burlón de la voz de Ian, Shannon captó la acusación que ocultaban sus palabras.

—¿Ya estamos con eso otra vez?

—No quiero que pienses que no puedes llamarme. Siento mucho cariño por ti y por Chelsea y quiero que me llames si tienes cualquier problema.

Ian habló con tanta sinceridad que Shannon se atrevió a sentir ciertas esperanzas.

—De acuerdo. La próxima vez que me roben, tocaré la campanilla.

El enfado que reflejaron los ojos de Ian remitió de inmediato cuando vio que Shannon sonreía.

—Será mejor que vaya a prepararte el sándwich —dijo.

—Preferiría comer después.

—¿Después de qué?

Shannon deslizó la mano bajo la camiseta aún húmeda de Ian.

—Después de que se me haya abierto el apetito.

Los músculos del estómago de Ian se tensaron bajo las tentadoras caricias de Shannon.

—Tienes doce puntos en un brazo y varios golpes y rozaduras.

Shannon bajó la mirada, cariacontecida.

—Supongo que en estos momentos no parezco especialmente atractiva.

Ian respiró profundamente.

—Ese es el problema. Eres demasiado atractiva. Me preocuparía tanto de no hacerte daño que probablemente te lo haría.

—Entonces tendré que ser yo la que se haga cargo de la situación —dijo Shannon a la vez que soltaba el cinturón de Ian y le bajaba la cremallera. Luego deslizó la mano en el interior de sus calzoncillos y cerró los dedos en torno a su palpitante excitación—. ¿Podrás soportarlo?

Ian contuvo el aliento.

—Probablemente no.

—Mejor —dijo Shannon, acariciándolo suavemente.

La respiración de Ian se aceleró y sus ojos brillaron.

—Sigue haciendo eso y habremos acabado antes de empezar.

Shannon sonrió. El placer de verle perder su rígido autocontrol y ceder a sus deseos valdría tanto como cualquier satisfacción física.

Tras quitarle la camiseta, se inclinó y besó sus anchos hombros y su pecho, aspirando su aroma.

Con gran ternura, Ian deslizó un dedo por el vendaje de Shannon.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

Aunque él no parecía muy convencido, apartó a Shannon de su regazo y se puso en pie para quitarse los pantalones. Cuando alargó las manos hacia Shannon, ella lo empujó suavemente para que volviera a sentarse en el sofá y se montó a horcajadas sobre sus piernas. El albornoz se deslizó hacia abajo por sus hombros.

—Avísame ti te hago daño —dijo Ian.

Tomó uno de los pechos de Shannon en su encallecida mano y deslizó el pulgar por su pezón. El suspiro de placer que escapó de entre los labios de Shannon fue silenciado por los de él cuando la

besó. Cuando la penetró con su lengua, los latidos del corazón de Shannon se avivaron a la vez que crecía su anticipación.

—¿No te sentirías más cómoda en el dormitorio? —murmuró Ian.

—No —Shannon se movió hacia delante, separando más los muslos para sentir contra su centro la excitación de Ian. Después, se puso de rodillas sobre él y utilizó una temblorosa mano para guiarlo a su interior.

Contuvo la respiración, sintiendo que podría desvanecerse de placer mientras empujaba hasta sentirse completamente invadida por él.

La expresión de Ian era casi de dolor.

—Esto no va a funcionar —dijo con voz ronca, tratando de tumbar a Shannon sobre su espalda.

Ella se lo impidió y entrelazó los dedos tras su cuello a la vez que empezaba a moverse arriba y abajo sobres sus rodillas.

—Va a funcionar perfectamente —susurró.

Había empezado una lucha de poderes; una lucha que ella no tenía intención de perder.

Ian apoyó las manos en sus caderas, forzándola a ralentizar el ritmo.

—Tómatelo con calma.

—Esta vez no —jadeó Shannon.

A pesar de sus esfuerzos por manejar la situación, el auto control de Ian era cada vez más escaso. Shannon se arqueó hacia él, apretando los muslos contra cada una de sus embestidas. El profundo gemido que surgió de la garganta de Ian reverberó en los oídos de Shannon.

Aquello era lo que necesitaba, pensó. No había movimientos calculados ni reacciones contenidas. Solo el cuerpo de Ian respondiendo al placer de estar unido al de ella.

El ritmo de sus movimientos se acrecentó. Las sensaciones que se acumulaban en el interior de Shannon rogaban ser liberadas, pero ella no hizo nada por prolongar lo inevitable. Tomó el labio inferior de Ian entré sus dientes y absorbió su carne.

Ian alcanzó el clímax rápidamente, pero Shannon no sintió ninguna decepción por ello. En parte, porque sabía que el orgullo de Ian lo empujaría a satisfacerla más tarde, pero sobre todo porque quería que confiara en ella lo suficiente como para atreverse a bajar sus defensas. Y así lo hizo. Sin embargo, si sus ojos entrecerrados y su tensa mandíbula eran algún indicio, Ian no parecía haber disfrutado abdicando de su poder, aunque solo hubiera sido por unos instantes.

—Lo siento —se disculpó, sin que Shannon lograra percibir la más mínima sinceridad tras sus palabras.

—Yo no —dijo, deslizando los dedos por el pelo de Ian—. Después me resarciré.

—Puedes estar segura —prometió él, como si fuera una cuestión de honor.

—Vamos, deja a un lado por una vez tu ego masculino y dime que no has disfrutado de que te haya hecho el amor.

Ian abrió la boca, pero la cerró enseguida. Nunca admitiría la verdad, pero, al menos, no mintió. Su silencio fue toda la prueba que necesitaba Shannon. Tal vez, Ian estaba aprendiendo finalmente a compartir el control en lugar de aferrarse a él como si fuera un salvavidas.

Capítulo Once

Ian miró a Shannon mientras ésta jugueteaba con el pelo de su pecho. Por supuesto que había disfrutado de que le hiciera el amor. A nivel puramente físico, no podía disimular, pero tampoco le gustaba perder la ventaja. En sus relaciones, como en sus negocios, evitaba las deudas todo lo que podía. Últimamente estaba aceptando de Shannon más de lo que él estaba dando.

—¿Tienes hambre ya? —preguntó.

Shannon le dedicó una traviesa sonrisa, moviéndose sensualmente en su regazo.

—¿Y tú?

—No, pero yo ya he tenido lo mío. Tú no.

Shannon rio y apoyó su frente contra la de Ian.

—Qué tonto eres. Lo que ha pasado no tenía nada que ver con el sexo.

—Me alegro —gruñó Ian.

—A veces eres tan testarudo… Yo he tenido lo que quería. Y creo que tú también lo has pasado bien, ¿no?

Ian bajó la cabeza hacia el hombro de Shannon y besó la satinada piel de su hombro. Aquella mujer, que aceptaba tan poco y daba tanto, lo estaba volviendo loco. No reaccionaba como había esperado que lo hiciera. Para su sorpresa, se sentía molesto porque hubiera elegido enfrentarse a sus miedos sola en lugar de apoyarse en él. ¿No había hecho él las reglas? Nada profundo ni serio. Nada de ataduras.

Debía ponerse a su altura antes de que Shannon se diera cuenta de cuánto poder había adquirido sobre su corazón, además de sobre su cuerpo.

—Vamos al dormitorio. Te llevaré allí los sándwiches.

—Cena en la cama. Cuántos mimos.

—No te acostumbres —advirtió Ian en son de broma.

—Ni se me ocurriría.

Shannon recogió el albornoz del suelo y fue hacia el dormitorio.

Tras ponerse los vaqueros, Ian fue a la cocina a por los sándwiches que había preparado antes y luego se reunió con Shannon en el dormitorio. Ésta se había puesto su camiseta y se había metido bajo las sábanas, pero no parecía especialmente relajada. ¿Empezaría a aflorar la tensión del atraco o le preocupaba alguna otra cosa?

—Quiero volver a casa temprano. Chelsea podría empezar a pensar que han vuelto a abandonarla. Trato de no mantenerme mucho tiempo alejada de ella.

Ian se sentó en el extremo de la cama.

—Supongo que es difícil hacer comprender a una cría de tres años que a veces suceden cosas que no tienen remedio.

—Le asusta. La rutina es reconfortante para los niños. Les da seguridad.

—¿Y para ti?

Shannon dio un mordisco a su sándwich. Un destello de tristeza hizo que sus ojos brillaran como oro líquido.

—A veces es mejor no acostumbrarse a las cosas. Sobre todo cuando alguien te las puede quitar. Eso da demasiado poder a quien puede hacerlo. Pero supongo que ya lo sabes —tras encogerse de hombros, siguió comiendo su sándwich.

La filosofía de Ian era parecida a la de Shannon. Así que, después de haber encontrado a una mujer que lo comprendía perfectamente, ¿por qué se empeñaba en hacerle cambiar de opinión? ¿Era tan hipócrita que necesitaba mantenerla controlada a la vez que establecía una cómoda distancia emocional con ella? ¿O acaso había cometido la terrible estupidez de enamorarse de ella?


Ese pensamiento lo asustó demasiado como para detenerse en él.

—¿Quieres algo de beber?

Shannon negó con la cabeza.

—¿Quieres dormir?

—No si voy a estar sola. Me quedaré aquí sentada hasta que nos vayamos por la mañana.

—Shannon… —¿se daba cuenta de lo que le estaba pidiendo?

—Nadie te obliga a quedarte. Vete a dormir frente al televisor. Yo leeré —Shannon tomó un libro que había sobre la mesilla.

—Ese es el manual de un camión Mac.

—Es fascinante —dijo ella, pasando las páginas—. Para mañana seré una experta. Puede que incluso me una a tu cuadrilla de camioneros.

—Estoy seguro de que encajarías con ellos a la perfección —Ian recogió los platos de la cama y los puso sobre la cómoda—. Si me quedo, vas a dormirte.

—Oh, no te preocupes. Tu virtud estará a salvo el resto de la noche.

Pero su paz mental correría serio peligro, pensó Ian. No podía irse, y quedarse significaría sumergirse aún más en la situación que había tratado evitar toda su vida. Como compromiso intermedio, decidió quedarse hasta que Shannon se durmiera. Alargó una mano para tomar la manta.

—Quítate los pantalones —ordenó ella.

Moviendo la cabeza, Ian se quitó los pantalones y se metió en la cama. Shannon sonrió y él habría podido jurar que sus ojos despidieron un brillo de triunfo. La punzante sensación de duda que lo embargaba desapareció cuando ella se acurrucó contra él. Su piel era como seda fresca. Si no tenía cuidado, podía llegar a acostumbrarse a aquello.

Acarició su pelo, su hombro, la suave hondonada de su cintura. Shannon suspiró y se acurrucó aún más contra él. Al cabo de unos minutos, el ritmo de su respiración se ralentizó hasta volverse más pausado. Ian cerró los ojos y aspiró su dulce aroma.

Al margen de los beneficios físicos, estaba asombrado por lo mucho que disfrutaba teniéndola entre sus brazos. La intimidad de dormir juntos despertaba en él emociones de naturaleza posesiva. Emociones que habría preferido no sentir. Como si tuviera alguna elección en ese asunto.

—Te quiero.

Las palabras apenas murmuradas por Shannon conmocionaron a Ian. Los latidos de su corazón se aceleraron violentamente. Tal vez había hablado en sueños. Permaneció totalmente quieto, simulando estar dormido.

—¿Ian?

Ahora estaba atrapado. Si contestaba, Shannon sabría que estaba despierto. No podría alegar que no había oído su declaración. Pero había jurado no decir nunca esas palabras a ninguna mujer, y no estaba preparado para romper ese voto. Ni siquiera por Shannon.

Y tampoco podía irse cuando ella se quedara dormida. Tenía que quedarse o admitir que había sido un mentiroso además de un cobarde. Resignado a pasar la noche despierto, se quedó más que sorprendido al notar que un pacífico sopor se iba apoderando de él.

Shannon supo el instante en que Ian se quedó dormido, poco después de que ella le hubiera revelado su amor. Su silencio fue doloroso, pero no la sorprendió. Al menos, no había salido disparado de la cama.

Exhalando un triste suspiro, se acurrucó más contra él para pasar la que tal vez sería su última noche juntos. ¿Qué la había impulsado a decir una tontería como aquella? Sabía que Ian quería evitar a toda costa los lazos emocionales. Nada de ataduras.

No podía hacerle cambiar de opinión, pero tampoco había podido contener sus palabras. ¿No se daba cuenta de que ella temía

perderse tanto como él? ¿Le importaría si lo supiera?

Shannon tomó el paquete del asiento trasero del coche y salió a la acera. El camión de Ian, aparcado a unos metros, parecía un gigante azul en la estrecha calle. Lo había utilizado para llevar desde la casa de su padre un montón de cajas que ahora abarrotaban el porche.

Después de desayunar, había llevado a Shannon al aparcamiento en que tenía el coche. Afortunadamente, ésta llevaba una llave sujeta en la parte interior del parachoques, uno de los pocos consejos prácticos que le había dado su padre. Ian la siguió hasta la autopista y luego fue a recoger las cajas.

Una vez en el porche, Shannon se preguntó cómo iba a entrar en la casa sin llave. De pronto, la puerta se abrió, sobresaltándola.

Ian salió de la casa.

—No quería asustarte.

—¿Cómo has… has entrado? —balbuceó Shannon.

—Por la ventana de la cocina. Deberías cerrarla cuando vas a pasar la noche fuera.

Shannon respiró profundamente para tranquilizarse.

—Pensaba que habías ido a casa de Wendy a recoger a Chelsea.

—Iba a ir ahora. Aunque puede que quieras cambiarte antes de que te vea.

—¿Por qué? —preguntó Shannon, mirando la camiseta que le había prestado Ian, que prácticamente cubría su falda de lino—. ¿Tan mal aspecto tengo?

—No pretendía decir…

—¿Que parezco un trapo como los que suele usar *Bola de Nieve* para jugar?

Ian se encogió de hombros.

—Creo que será mejor que me vaya antes de meterme en problemas.

—Tenemos que hablar, Ian.

—Más tarde. Chelsea está esperando —Ian saltó desde el escalón superior del porche y cruzó el jardín como si el diablo le pisara los talones.

«Más tarde». Como si fueran a poder mantener una conversación seria sobre su relación teniendo a Chelsea cerca y exigiendo su constante atención. ¿Planeaba Ian apartarla de su vida indefinidamente? ¿Qué haría si ella lo presionara?

Debería haberlo arrinconado esa mañana. Ian había estado especialmente hablador, aunque no mencionó su declaración de amor ni ella tuvo valor para hacerlo. El día anterior, en el hospital, Shannon se negó a dejarse dominar por el miedo. ¿Por qué temía que una conversación con Ian pudiera hacerle sentirse más vulnerable que la desagradable experiencia del robo? Posiblemente, porque tenía mucho más que perder que el bolso.

Pasó junto a las cajas y entró en la casa. *Bola de Nieve* dejó escapar un maullido mientras se acercaba a ella por la alfombra. Shannon se agachó a recogerlo antes de que el gatito tratara de trepar por sus piernas.

—Debes tener hambre.

Bola de Nieve ronroneó contra su cuello mientras Shannon lo acariciaba. Cuando dejó de hacerlo, el animalito se retorció para que lo soltara.

—Típicamente masculino —murmuró Shannon mientras volvía a dejarlo en el suelo—. Quieres que te dé de comer y quieres que te dé mimos, pero en cuanto trato de sujetarte huyes al primer rincón.

Ian se sentó en la silla, con una cerveza en la mano, y miró a Chelsea y a Shannon, que pintaban en la mesa de café. No podía decir que Shannon tuviera mucho más talento que su hermana, pero

sí demostró una enorme paciencia, incluso cuando Chelsea trató de dibujar algo en su brazo vendado.

—Para Ian —dijo Chelsea, tomando su papel de la mesa. Subió al regazo de su hermano y le ofreció su obra de arte más reciente.

—Gracias.

La niña rodeó el cuello de Ian con sus bracitos.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, corazón —las palabras surgieron de la boca de Ian sin premeditación. De reojo, captó la expresión dolida de Shannon antes de que se volviera para recoger la mesa.

Su estómago se contrajo. Ella sabía que había escuchado su declaración esa noche, sabía que había elegido conscientemente no decir nada. A pesar de todo, Ian no fue capaz de encontrar las palabras.

—Oh, Chelsea, tengo algo para ti —Shannon desapareció en la cocina y volvió con una caja. Se sentó en el sofá y ayudó a la niña a desenvolverla—. Esto es de parte del abuelo de Ian.

Sorprendido, Ian se inclinó hacia delante para mirar el interior de la caja. Reconoció rápidamente la antigua muñeca. Adam la compró cuando nació su hija. La madre de Ian la guardó para el día en que éste tuviera una hija.

—Debes cuidarla muy bien, cariño. Puede romperse fácilmente —Shannon miró a Ian a los ojos—. ¿Sucede algo malo?

—No.

Chelsea bailó por la habitación, acunando a la muñeca como si fuera un bebé. Aunque Ian sentía gran afecto por la niña, ésta era su hermana, no su hija. De hecho, era la hija de Wesley. El resultado de una de sus muchas aventuras.

—Es evidente que pasa algo —dijo Shannon, como si hubiera leído sus pensamientos—. Si la muñeca es una herencia familiar, no te preocupes. Puedo comprarle otra cosa.

—He dicho que no sucede nada malo. Si mi abuelo ha querido que Chelsea la tuviera, me parece bien.

El regalo de Adam era tanto un presente para Chelsea como un mensaje para Ian. Un mensaje que no estaba preparado para recibir. La presión le llegaba de todos lados y no pensaba dejarse zarandear.

Se puso en pie.

—Tengo que salir un rato.

Shannon jugueteó con el borde de sus pantalones cortos y evitó mirarlo.

—¿Volverás para cenar?

—Probablemente no.

—¿Yo voy contigo? —preguntó Chelsea.

—Esta vez no, cariño —Ian revolvió el pelo de su hermana.

Una manita tiró de su camisa.

—¿Voy contigo?

—No, Chelsea.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—¿Puedo ir, tía Shane?

Shannon negó con la cabeza.

—La próxima vez. Hemos prometido ir a ver a Anna y a Wendy. Pero antes guarda tu muñeca.

El plan alternativo pareció apaciguar a Chelsea, pero su expresión siguió siendo triste mientras se volvía y se alejaba.

—Gracias —dijo Ian, asintiendo a la vez que miraba a Shannon.

—Claro. Lo que sea para facilitarte las cosas. Adelante. Vete antes de que vuelva a tratar de hacerte cambiar de opinión.

Ian dudó. ¡Maldición! Shannon sabía cómo hacerle sentirse culpable.

—Volveré más tarde.

Shannon se encogió de hombros y empezó a recoger los lápices. Ian sabía que debía decir algo, pero, antes de que pudiera hacerlo, Shannon lo dejó a solas en el cuarto de estar.

La confusión no era una de las emociones que sabía manejar. Metió las manos en los bolsillos para cerciorarse de que tenía las llaves, se volvió y caminó hasta la puerta. Tras comprobar que había cerrado bien, fue hasta el camión. Unas horas de soledad le vendrían bien para aclarar su mente.

Shannon contemplaba la oscuridad, sintiéndose incapaz de dormir a pesar del agotamiento que sentía. Hacía una hora que se había acostado, pero no lograba conciliar el sueño. Oyó el ruido del motor del camión de Ian deteniéndose frente a la casa. Las diez de la noche. ¿A eso se refería con lo de «volveré más tarde»? Se había pasado la tarde tratando de explicarle su ausencia a Chelsea, que no dejó de preguntar por él. Debería haber dejado el cerrojo echado para que no pudiera entrar al llegar.

El eco de unas llaves golpeando una mesa resonó en el silencio de la casa. Shannon escuchó atentamente, tratando de percibir sonido de pisadas acercándose al dormitorio, pero no oyó nada. Cualquier esperanza de que Ian quisiera hablar con ella se desvaneció. Y si esperaba que fuera ella la que acudiera a él, podía esperar sentado.

El sonido de ruido procedente de la cocina y luego del cuarto de estar hizo que Shannon se cubriera la cabeza con la almohada. ¿Qué diablos estaba haciendo Ian a esas horas de la noche? La curiosidad pudo con su intención de ignorarlo. Bajó de la cama y salió al pasillo, por el que caminó silenciosamente.

La puerta principal estaba abierta de par en par, y Ian la sujetaba entre sus rodillas. La luz del porche lo iluminaba. Estaba cambiando la cerradura, como dijo que haría, aunque cualquier hombre normal habría esperado hasta la mañana. Pero Shannon

había sabido desde el principio que Ian no era un hombre normal.

Ian volvió sus ojos azules hacia ella y se encogió de hombros a modo de disculpa.

—No pretendía despertarte.

Shannon se cruzó de brazos y tamborileó impacientemente con el pie sobre el suelo.

—Pues lo has hecho.

—¿En serio?

—Sí. Querías que te viera haciendo algo útil para que se me pasara el enfado.

Ian arqueó las cejas.

—¿Y ha funcionado?

Claro que había funcionado. Y a Shannon le irritó que la conociera tan bien.

—Asno —murmuró, y giró sobre sí misma.

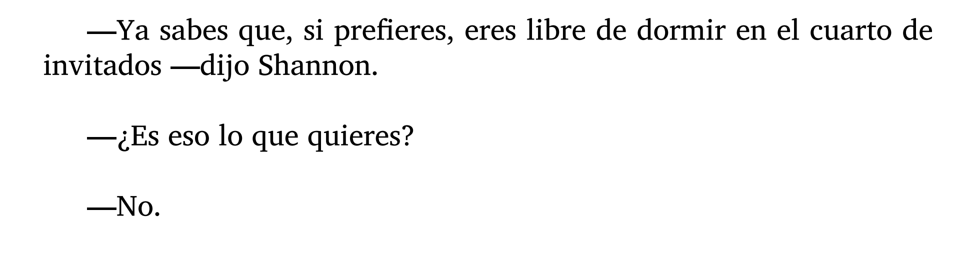
—Me excita mucho que me insultes.

—Entonces hace rato que habrías tenido una orgía.

Ian observó cómo se alejaba por el pasillo, moviendo sus largas piernas desnudas con elegantes zancadas. Una vez más había evitado la confrontación, ¿pero durante cuánto tiempo?

Recogió las herramientas y volvió a guardarlas en su caja. Al día siguiente se ocuparía de la puerta trasera y Shannon no tendría por qué preocuparse más por el ladrón.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta, Ian pasó al interior. La luz de la luna iluminaba la cama, dónde Shannon se había tumbado sobre la colcha. No dijo nada mientras él se quitaba la ropa. Tampoco apartó la mirada. Ian pensó que se estaba metiendo de cabeza en una emboscada.



—Ya sabes que, si prefieres, eres libre de dormir en el cuarto de invitados —dijo Shannon.

—¿Es eso lo que quieres?

—No.

Sincera, sencilla y al grano. Ian se tumbó junto a ella.

—¿Entonces qué quieres?

Shannon se tumbó de costado y apoyó la cabeza en una mano.

—No quiero nada. ¿Aún no te has dado cuenta?

—¿No esperas que te hable de mis sentimientos como un adolescente en pleno ataque hormonal?

Shannon suspiró.

—Prefiero que no digas nada a que me mientas.

—Estoy más metido en esto de lo que nunca lo he estado con nadie —Ian encajó una pierna entre las de Shannon y la cubrió con su cadera—. Necesito tiempo para acostumbrarme a la idea.

—Tienes tiempo, Ian —Shannon se acurrucó contra él y apoyó la mano en su espalda—. Pero si esperas que yo mantenga mis sentimientos embotellados hasta que tú te sientas cómodo, te advierto que no puedo hacerlo.

Ian deslizó un dedo por el brazo herido de Shannon.

—No te estoy pidiendo que lo hagas.

Con un largo y profundo beso interrumpió la respuesta de Shannon. Al menos, sabía cómo distraerla. Porque lo cierto era que prefería que se guardara sus sentimientos para sí misma hasta que averiguara cómo enfrentarse a ellos. Y sabía con certeza que, consciente o inconscientemente, probablemente haría todo lo que estuviera en su poder para que Shannon hiciera exactamente eso.

Capítulo Doce

Shannon miró en torno al restaurante que daba al vestíbulo del hotel de cuatro estrellas. Había asistido a más comidas de negocios de las que podía recordar, pero ese día había tenido dificultades para concentrarse en aquella. Mientras comía, su mente no dejaba de volar hacia Ian. Aunque el fin de semana acabó mejor de lo que había empezado, aún había muchas cosas por resolver. Le había pedido a Ian que se reunieran después del trabajo para tratar de aclarar las cosas.

Una discreta tos le hizo volver a la reunión en que se encontraba. Su cliente, Arthur Herring, era un hombre amable y ya mayor. Estar con él era como volver a los años cincuenta. Fue el primer cliente de Shannon cuando ésta empezó a trabajar, y seguía atendiéndolo a pesar de haber trabajado varios años para una multinacional desde entonces. Habían terminado de tratar sus asuntos hacía un rato, pero él insistió en esperar con Shannon hasta que llegara su cita a recogerla. Al parecer, el vendedor del medio oeste había visto demasiadas películas sobre la peligrosa y gran ciudad. Tras su experiencia de la semana anterior, Shannon no protestó.

Miró su reloj.

—No tiene por qué esperar más, señor Herring. La persona con la que me he citado llegará en cualquier momento.

—Arthur —corrigió él—. Y no me importa. Estoy en una habitación del hotel. ¿Qué clase de hombre dejaría a una dama sola en la ciudad?

El neoyorquino medio, pensó Shannon.

Tras cinco minutos más de amable charla, Shannon vio a Ian entrando en el restaurante. Alzó la mano para llamar su atención y sonrió cuando se acercó a la mesa.

Ian miró al señor Herring y luego a ella.

—Siento llegar tarde —sus palabras fueron amistosas, pero sus

ojos contenían un ligero brillo de enfado.

Shannon apoyó una mano en su brazo.

—Arthur Herring, éste es Ian Bradford.

Arthur se levantó y estrechó la mano de Ian.

—Es un placer.

—Lo mismo digo —murmuró Ian.

Tras una larga e incómoda pausa, Arthur se aclaró la garganta.

—Bueno, me voy. Nos veremos la próxima vez que vuelva a la ciudad, Shannon.

Ella asintió y esperó a que se fuera antes de volverse hacia Ian.

—¿Quieres que nos quedemos?

Él negó con la cabeza.

—¿Dónde está la cuenta?

—Ya ha sido pagada —Shannon recogió su bolso del asiento.

Ian la tomó del codo mientras salían del restaurante. La ajetreada y ruidosa calle les impidió hablar, de manera que caminaron en silencio hasta el aparcamiento.

Una vez en el interior del coche de Ian, éste cerró la puerta con suficiente fuerza como para desmontar el vehículo.

—¿Sucede algo malo, Ian?

—¿Cómo qué?

—No sé. Dímelo tú.

Ian volvió hacia Shannon una mirada fría como el acero.

—No sabía que tuvieras costumbre de mantener reuniones de trabajo en hoteles.

—En un restaurante que se encuentra en un hotel.

Shannon pasó las manos por su falda para estirarla. ¿En qué estaría pensando Ian? No podía creer que su interés por el amable señor Herring fuera algo más que meramente profesional. Dado el historial de su padre con mujeres mucho más jóvenes que él, Ian podía pensar lo peor de algunos ricos hombres de negocios que no conocía. Pero debería conocerla mejor a ella.

—Pasas mucho tiempo en la ciudad —dijo Ian.

—Porque es aquí donde está mi trabajo. ¿Dónde creías que lo hacía?

—No tengo ni idea.

—No tienes ni idea de lo que hago para ganarme la vida, ¿verdad?

—No —la respuesta de Ian no fue una sorpresa, pero Shannon no pudo evitar que le doliera. Suponía que Adam habría mencionado algo a su nieto después de su encuentro, pero, al parecer, Ian no se había molestado en averiguarlo.

—Hace ya dos meses que nos conocemos y ni siquiera te has molestado en preguntármelo.

—Te lo pregunté. Me dijiste que trabajabas por libre. Supuse que hacías alguna clase de trabajo temporal en oficinas.

—Pero no volviste a preguntar nada más. No tenías suficiente interés en mí ni en mi vida.

Ian arrugó el entrecejo.

—¿Cómo puedes decir que no tengo interés por ti?

Shannon unió las manos en su regazo y las retorció, nerviosa.

—Disculpa. Tienes interés en mantener relaciones sexuales conmigo.

Ian gruñó al oír aquella descarnada descripción de su relación.

—Es más que eso. Pero ya te he dicho que necesito tiempo.

—Pues mientras tú te tomas tu tiempo, yo tengo una niña a la que criar, y cada día está más claro que voy a hacerlo sola —el dolor de Shannon empezaba a ser sustituido por una creciente rabia. Respiró profundamente y apretó los puños—. Déjame en la estación de tren, por favor.

—No seas ridícula —Ian puso en marcha el motor.

Permanecieron en silencio unos minutos, sin mirarse. Shannon volvió a entrelazar las manos para controlar su temblor.

—¿Shannon?

—¿Qué? —preguntó ella, manteniendo la mirada fija en el parabrisas.

—¿Qué haces para ganarte la vida?

—¿Ahora quieres saberlo? —Shannon rio sin humor—. Haz el favor de llevarme a Grand Central.

Ian bajó los cierres electrónicos de las puertas y puso el coche en marcha.

—Te llevo a casa en coche.

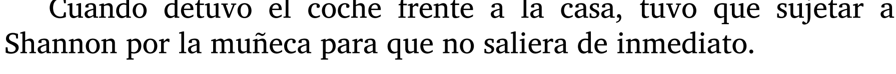
Shannon pensó que, como de costumbre, Ian haría lo que quisiera. Se acurrucó en su asiento, preparándose para el largo recorrido hasta su casa.

—Bien. En ese caso, no me hables.

El viaje de una hora a Walton pareció durar una eternidad. El único intento de Ian de hablar con Shannon terminó cuando ésta se puso a cantar desafinadamente una vieja canción que sonaba en la radio.

De acuerdo. Había reaccionado mal, reconoció Ian. No se creía capaz de sentir celos, una emoción que consideraba un malgasto de energías. Pero al entrar en el restaurante, lo único que vio fue un elegante hombre mayor, parecido a su padre y en compañía de

Shannon.



Cuando detuvo el coche frente a la casa, tuvo que sujetar a Shannon por la muñeca para que no saliera de inmediato.

—Espera.

—No hace falta que me acompañes dentro.

—Quiero ver a Chelsea.

—Entonces puedes ir a la casa de Wendy. Está allí —las palabras de Shannon le recordaron a Ian que, si no hubiera sido tan estúpido, en aquellos momentos estarían en su apartamento haciendo el amor en lugar de discutiendo.

Shannon liberó su mano y salió rápidamente del coche.

Ian la alcanzó en el porche.

—¿Podemos hablar ahora, por favor?

—He tratado de hablar contigo desde el comienzo de nuestra relación, pero tú no has hecho más que evitarlo —la fría mirada de Shannon cortaba como un cuchillo—. Ahora necesito tiempo, Ian. Creo que sería mejor que no nos viéramos una temporada.

Ian apoyó una mano en su hombro para detenerla.

—De acuerdo. Me he comportado como un idiota. Te pido disculpas.

—No es solo por hoy. Tu comportamiento solo ha sido un síntoma del problema. No pienso pasarme la vida defendiéndome. No eres capaz de confiar.

—Admito que no me resulta fácil…

Los ojos de Shannon brillaron con lágrimas contenidas.

—Estás tan convencido de que todo el mundo pretende conseguir algo que no eres capaz de pararte a disfrutar de lo que tienes. Vas a terminar como tu padre, entrando y saliendo de continuas relaciones superficiales.

—No me compares con mi padre —gruñó Ian entre dientes.

—¿Por qué? ¿Por qué las mujeres a las que persigues tú no tienen veinticinco años? Espera que pasen unos años. Esas serán las únicas mujeres que podrás encontrar que no busquen una relación más duradera.

Ian miró a Shannon, conmovido por la tristeza que vio en su rostro. Si se quedara, si ella se lo permitiera, podría alejar aquel dolor, hacer que las cosas volvieran a ir bien. Ambos sabían cómo respondía ella cuando él encendía la calefacción. Podía transformar su enfado en excitación, su excitación en liberación. Pero después, lo despreciaría aún más.

Deslizó un pulgar por la mejilla de Shannon y le dio un suave beso. Lo mejor que podía hacer era respetar sus deseos y darle algo de tiempo. Hasta que supiera con exactitud qué estaba dispuesto a dar de sí mismo, no tenía derecho a pedir nada de ella.

—¿Te parece bien que vea a Chelsea este fin de semana?

Shannon fue a contestar, pero las palabras parecieron atragantarse en su garganta. Tras asentir rápidamente, entró en la casa, y Ian se sintió como si hubiera perdido una parte de sí mismo.

Contempló largo rato la puerta que se había cerrado ante él. Tenía que hacer algo, ¿pero qué? ¿Entrar y decirle a Shannon que lo escuchara? ¿Qué podía decir que no empeorara las cosas? Necesitaba tiempo para pensar. Esperaba que, cuando volviera ese fin de semana, Shannon se sintiera menos emocional. Todo lo que tenía que hacer él era pensar cómo explicarse. No tenía ninguna excusa lógica para su comportamiento.

Shannon se dejó caer en una silla con un gruñido. Apenas había dormido durante la noche, y, en cuanto Chelsea tomó el autobús para acudir a la guardería, Wendy se presentó en casa, dispuesta a darle un montón de consejos que nadie le había pedido.

—¿No crees que estás pegándole demasiado a la botella? —Wendy miró de arriba abajo a su amiga, cuyo aspecto no era precisamente de lo más atractivo.

Shannon dio otro sorbo a su vaso.

—Estoy en mi derecho.

—Deja las sustancias duras. Además, las mezclas pueden ser mortales —Wendy tomó una galleta de chocolate mientras Shannon aferraba protectoramente su botella de litro de batido de chocolate —. ¿Quién te ha dicho que eso te ayudaría a superar tus problemas sentimentales?

—Creo que fuiste tú.

—Lo que dije fue que podía aliviar la frustración sexual.

Shannon rio amargamente. También tenía una buena dosis de aquello. De todas las tonterías que había hecho en su vida, enamorarse de Ian había sido la peor. Y ni siquiera podía echarle la culpa a él. Había sido sincero desde el principio. Ian no buscaba una relación permanente.

Y lo cierto era que, hasta que él había aparecido en su vida, ella tampoco la había buscado. Concebía el matrimonio como un campo de batalla, como una guerra entre dos adultos que convertía a niños inocentes en prisioneros de guerra.

—Además —continuó Wendy—, yo no soy ninguna autoridad en asuntos sentimentales. Me casé con el novio que tuve en el colegio.

Shannon apreciaba la atención de su amiga, pero quería que la dejara sola para poder regodearse en su tristeza.

—¿Por qué no te vas a casa, Wendy? No pienso matarme por ningún hombre bebiendo batido.

—Tengo que hacerte bajar de esa sobredosis de chocolate —Wendy señaló con la mano el espectáculo que tenía ante sí—. ¿Qué pensaría Chelsea si te viera en este estado cuando vuelva del colegio?

—Sabría que soy una hipócrita sin remedio, porque le hago comer fruta mientras yo me atiborró de galletas.

Wendy la miró con gesto compasivo.

—Puede que cuando Ian te vea este fin de semana comprenda…

—No comprenderá nada —la suspicacia y el cinismo eran algo demasiado enraizado en la personalidad de Ian como para que confiara en ella. Si se lo permitía, se disculparía y volvería a meterse en su cama, y esperaría al próximo malentendido para volver a destrozarle el corazón.

—Si me voy, seguirás sentada, sintiendo lástima de ti misma.

—Si te quedas, te ahogaré y luego volveré a sentarme para seguir sintiendo lástima de mí misma.

Wendy arrugó la nariz al escuchar la amenaza de su amiga.

—Estoy bien, en serio —continuó Shannon—. Al menos, creo que lo estaré cuando termine este plato de galletas.

Wendy encogió los hombros en señal de derrota y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Vas a tardar horas en digerirlas.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—¡Fantástico! Debería aprovechar para organizar una fiesta —dijo Shannon, levantándose para ir a abrir. Mientras se dirigía a la entrada, su estómago gruñó en señal de protesta—. ¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó al hombre trajeado que se hallaba en el porche.

—¿Es usted Shannon Moore?

—Sí.

Con gesto totalmente inexpresivo, el hombre le entregó un sobre y se volvió para irse. Tras abrirlo, y mientras empezaba a leer los papeles oficiales que contenía, el dolor de estómago de Shannon se intensificó. Sus manos temblaron.

—¿Qué es? —preguntó Wendy con cautela.

—Un mensaje de Ian —murmuró Shannon mientras volvía al

cuarto de estar—. Al parecer, no quiere esperar un año para recuperar sus preciosas acciones y ha decidido utilizar los tribunales de justicia para conseguir el control de la herencia de Chelsea.

Lo que había sido un mero dolor de corazón se transformó en furia desatada. El aplastante peso de la traición se asentó en el pecho de Shannon. Sabía lo lenta que era la justicia. No era posible que Ian hubiera decidido poner aquello en marcha el día anterior. ¿Por qué se había molestado en hacerle el amor, en enamorarla, si tenía planeado llevar el caso a juicio desde el principio? ¿Lo habría hecho solo para obtener información? Su corazón no quería aceptar que Ian pudiera ser un hombre tan frío y calculador, pero la razón le decía que era así. Después de todo, había resultado ser digno hijo de su padre.

Arrojó los papeles sobre la mesa como si le quemaran.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Wendy.

Shannon tardó unos momentos en responder. Sin duda, debía estar conmocionada, pues, de pronto, y afortunadamente, dejó se sentir.

—Voy a permitir que se haga con el control de las acciones —dijo, con mucha calma—. Mientras tenga a Chelsea, no me importa lo que haga. No lo necesitamos en nuestras vidas.

—Es tu dolor el que habla, Shannon. Puede que exista una explicación para todo esto —dijo Wendy, sin demasiada convicción.

—Estoy segura de que la hay. Ian tiene una forma especial de justificarlo todo. Pero yo no quiero oírlo —Shannon volvió a ocupar su asiento y, tras tomar su vaso, lo alzó en señal de brindis hacia su amiga—. Bienvenida a los noventa, donde ya no hace falta estar casados para que las relaciones terminen en amargas batallas legales.

Si Ian no había sido capaz de decirle en persona que quería el control total sobre Westervelt Properties, ella le respondería con la misma moneda: a través de un abogado. Al menos, no había tratado de obtener la custodia de Chelsea. Si hubiera sido así, solo la habría conseguido tras una lucha mortal.

Ian esperaba a su abuelo en el cuarto de estar. Normalmente, solía sentirse relajado en aquella casa, pero, ese día, nada podía suavizar su tensión. Tras su encuentro con Shannon el lunes, la semana había ido de mal en peor. Problemas relacionados con el trabajo lo habían mantenido ocupado durante días, pero las noches se le habían hecho muy largas.

Shannon no respondía a sus llamadas ni devolvía sus mensajes. Aunque había hablado con Chelsea dos veces, su hermana no había sido precisamente un pozo de información. Y él ya había caído bastante bajo tratando de interrogarla.

Adam entró en la habitación hecho un basilisco.

—¿Qué estás haciendo, Ian?

Ian movió la cabeza, sorprendido por el enfado que reflejaba la voz de su abuelo.

—He venido de visita. Suponía que te encontraría aquí antes de que salieras para el despacho.

—Me refiero a Shannon.

¿Habría llamado a Adam?, se preguntó Ian. Le extrañaba, porque no era la clase de persona a la que le gustara implicar a otros en sus problemas. Pero, a menos que su abuelo tuviera percepción extrasensorial, no era posible que supiera que habían discutido.

—Tuvimos una pequeña disputa.

—¿Pequeña? —preguntó Adam, incrédulo—. No me gustaría saber qué habrías hecho si hubiera sido grande.

—¿De qué estás hablando?

—Si querías los estados de cuentas de la empresa deberías haber venido a hablar directamente conmigo y yo te habría hecho entrar en razón. No me gustó enterarme a través de un abogado de que pretendes conseguir a través de los tribunales las acciones de mi asociada. Especialmente, a través de Jenkins.

Ian se sintió como si acabara de recibir un directo en la mandíbula. Se merecía aquella reprimenda y más. Había olvidado por completo las instrucciones que dio al abogado al leer el testamento. No era de extrañar que Shannon se hubiera negado a atenderlo por teléfono.

—Espera un segundo…

Adam interrumpió a Ian con un gesto de la mano.

—¿En qué pensabas basarte? ¿En su incompetencia? Déjame decirte que en estos momentos Shannon podría dirigir la empresa mejor que tú o que yo.

—¿Qué quieres decir?

Adam dejó escapar un gruñido de decepción.

—¿No sabes cómo se gana la vida?

Aquella parecía ser la pregunta del millón aquella semana.

—Nunca ha surgido el tema —mintió Ian.

—Quieres decir que nunca se lo has preguntado —corrigió Adam, como si estuviera regañando a un niño—. Dios santo, Adam, esa mujer conoce el mercado financiero mejor que la mayoría de nuestros agentes. Durante ocho años ha estado en la nómina de una de las multinacionales más importantes del país —cruzándose de brazos, añadió—. No pienso tomar parte en esta demanda.

—Llamaré a Jenkins y le diré que detenga el procedimiento antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde. Shannon recibió los papeles hace dos días. ¿En qué estabas pensando?

Ese era el problema. Ian sentía que, desde que conocía a Shannon, había dejado de pensar.

—Firmé esos papeles antes de…

—¿Antes de qué?

Antes de que Shannon y Chelsea llegaran a formar una parte tan importante de su vida. Antes de enamorarse de ellas. Reconocer aquello hizo que Ian se sintiera conmocionado.

—Será mejor que vayas a hablar con ella.

Ian se pasó una mano por el pelo.

—No quiere hablar conmigo. Lo ha dejado bien claro.

—Puede que no, pero le debes la cortesía de una explicación en persona. Imagina lo que debió pensar cuando recibió los papeles.

¿Que era vengativo? ¿Cruel? ¿Y también un miserable?

Ian se puso en pie.

—Tienes razón.

Adam sonrió cariñosamente.

—Ya que estás de ese pésimo humor, tengo en la oficina una caja con algunos papeles personales de tu padre. Puede que te interese revisarlos antes de tirarlos.

Lo último que necesitaba Ian era otro retorcido viaje emocional. O tal vez fuera eso precisamente lo que necesitaba. Últimamente había sacado un montón de conclusiones equivocadas. Debía empezar a enfrentarse a algunos hechos.

Capítulo Trece

Shannon sujetó con una goma la coleta de Chelsea y le estiró el cuello del vestido. Normalmente, la niña solía mostrarse muy cooperativa las mañanas que tenía excursión, pero no ese día. Se había mostrado muy inquieta mientras Shannon trataba de vestirla.

—¿Viene hoy Ian? —preguntó Chelsea por segunda vez esa mañana, y por enésima vez esa semana.

—No. Viene mañana —y ni un momento antes.

Shannon ya había conseguido una canguro para no tener que estar cuando Ian fuera a recoger a su hermana. Aunque no tenía ningún deseo de tratar con él, se negaba a inmiscuir a la niña en sus problemas. Tratar de ocultar sus verdaderos sentimientos a Chelsea había resultado ser una ardua tarea.

—¿Por qué no viene hoy?

—Porque tiene trabajo —Shannon terminó de hacer el nudo del lazo—. Ya está. Toma tu bolsa y vamos a esperar al autobús.

Shannon despidió a su sobrina con una sonrisa, aunque no sentía ninguna alegría; solo el mismo vacío en el corazón que la había acompañado esos últimos días. Tal vez una carrera por el barrio le daría un poco de energía.

Imprimió un fuerte ritmo a sus piernas durante un rato, para incrementar su ritmo cardíaco, y luego redujo la marcha para asegurarse de tener energía para volver a casa. Últimamente no hacía tanto ejercicio como solía, pero tal vez tendría que retomarlo como alternativa a la frustración sexual. Aunque no sentiría esa frustración si Ian no le hubiera demostrado lo bueno que podía ser el sexo.

«¡Basta! ¡Basta ya de pensar en él!», se dijo, gruñendo en alto. Enamorarse no era tan terrible. Muchas personas sobrevivían a la experiencia y seguían adelante con sus vidas. ¿Pero volvería a sentir alguna vez lo mismo, la anticipación, la pasión…?

Media hora después llegaba a casa, agotada, pero sintiéndose más fuerte que hacía un rato. Al menos, así fue hasta que vio la alta figura de anchos hombros que estaba de pie en los escalones de entrada. Estuvo a punto de ir por detrás, pero, justo en ese momento, él se volvió.

Pasándose los dedos por el pelo, Shannon trató de restaurar cierto orden en su melena. Se acercó sin mirar a Ian a los ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras abría y pasaba al interior.

—Pareces agotada.

En un instante, Shannon cerró la puerta en las narices de Ian. Por supuesto que parecía agotada. Si hubiera sabido que iba a presentarse, se habría asegurado de mostrar una calma y un desapego que estaba muy lejos de sentir. En lugar de ello, parecía una refugiada.

Aparentemente inmune a aquel recibimiento, Ian entró en la casa como si tuviera todo el derecho a hacerlo.

—Deberías aprender a cerrar las puertas con el cerrojo.

Shannon lo maldijo interiormente. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? La camiseta de rayas horizontales que llevaba puesta enfatizaba sus anchos hombros y poderosos brazos. Brazos que solo hacía una semana la habían acunado mientras dormía.

—No te esperaba hasta mañana.

—Mañana tengo una cita con Chelsea y he supuesto que te asegurarías de no estar por aquí. Necesito hablar contigo.

—¿Por qué? ¿Necesitabas obtener información para tu denuncia? Mi madre se casó por dinero la segunda vez. Mi hermana atrapó a un hombre rico. Yo también debo ir tras algo, ¿no? ¿Has averiguado ya de qué se trata?

—Escúchame un momento, por favor.

—¿Y por qué detenerte en eso? ¿Por qué no tratas de conseguir también la custodia de Chelsea? Oh, no. Eso significaría

comprometerte con alguien más, y tú solo te comprometes contigo mismo.

Ian la escuchó, pero no se tragó el anzuelo. En lugar de ello, se cruzó de brazos y esperó tranquilamente a que terminara.

Ya que no parecía dispuesto a irse, Shannon se apartó y le indicó el cuarto de estar con una mano.

—Da lo mismo. Pasa y así lo dejaremos todo aclarado de una vez.

En cuanto estuvo sentada en el sofá, continuó hablando.

—Por mí puedes quedarte con el control de todas las acciones de Chelsea en Westervelt Properties. Por supuesto, enviaré una carta a tu abogado aclarándoselo. No será necesario ningún juicio.

Ian ocupó una silla frente a ella. Esperaba rabia. Esperaba dolor. Sin embargo, no había contado con la posibilidad de que Shannon tratara de cortar todos sus lazos con él.

—¿Por qué?

—¿Importa algo?

—Sí.

Las manos de Shannon temblaron. Unió los dedos en su regazo y respiró profundamente.

—Me equivoqué al forzarte a iniciar una relación con Chelsea.

Ian arqueó una ceja.

—¿Creyendo que el único motivo por el que estoy aquí es para lograr el control sobre la empresa?

Shannon lo miró a los ojos sin arredrarse.

—Has llevado el asunto a los tribunales, Ian. ¿Te parece que mi conclusión es tan irrazonable?

Aunque se lo merecía, la baja opinión que Shannon tenía de él

resultó dolorosa.

—Aunque demasiado tarde, he frenado la demanda y no quiero comprar las acciones de Chelsea. He decidido conservarla como socia.

—No juegues conmigo —espetó Shannon—. ¿Por qué no tratas de ser sincero para variar?

—¿Sincero? ¿Acaso reconocerías tú la verdad?

Shannon apartó un mechón de pelo de su frente y lo colocó tras una de sus delicadas orejas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no me contaste que eras una asesora financiera de gran prestigio? Si no por otro motivo, al menos podrías haber disfrutado con el chasco que me habría llevado.

—No pensé que fuera necesario darte explicaciones sobre mi trabajo para probar mi valor como persona. Además, nunca te molestaste en preguntar nada.

—No te he menospreciado en ningún momento mientras creía que eras una trabajadora normal y corriente.

Shannon alzó ligeramente la barbilla.

—Pero tampoco confiaste en mí. Siempre has pensado que pretendía conseguir algo.

—No es cierto —negó Ian con firmeza. Al menos, no en su corazón. La verdad era que le había asustado lo que sentía por ella, de manera que trató de apartarla de su lado. Y tal vez lo había conseguido.

—Oh, vamos —Shannon se puso en pie—. Por supuesto que lo pensaste. Me imaginaste tratando de cazarte para sacarte todo lo posible. Si fuera eso lo que hubiera querido, te aseguro que he tenido muchas oportunidades de conseguirlo. Incluyendo entre esas oportunidades la que me ofreció tu padre.

Ian sintió un escalofrío.

—¿Qué?

—Wesley quiso reunirse conmigo para discutir ciertos «arreglos financieros» relacionados con Chelsea. Sugirió que podría llevarme algo si lográbamos llegar a un acuerdo. Le mandé una carta en la que cancelaba su compromiso de enviar el cheque mensual para Chelsea. No volví a tener noticias suyas.

Imaginar a su padre haciendo proposiciones a Shannon hizo que Ian sintiera una nueva oleada de ira, pero no contra ella. Había visto su carta el día anterior, entre los papeles personales de su padre, pero no había imaginado cuál pudo ser la causa de que Shannon la enviara.

—Lo siento —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—No hace falta que lo sientas. Nunca te he echado en cara los pecados de tu padre.

No como él, podría haber añadido Shannon.

—¿Significaría algo que te dijera que tomé la decisión de presentar esa demanda antes de conoceros a ti y a Chelsea?

—Sí; eso me hace saber que no eres un completo miserable. Pero no cambia nada. Si has venido a ver qué tal estaba, estoy bien. He sufrido, pero yo soy la única responsable. No me diste ningún motivo para que asumiera que querías lo mismo que yo.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Seguridad. No financiera, pero sí emocional. Una vida familiar estable para Chelsea y para mí misma —la risa de Shannon tuvo un claro matiz irónico—. Y de eso sí eres responsable. Antes de conocerte, evitaba la noción de vida familiar. Dejé que mis fantasías borraran mi visión de la realidad, pero ahora he vuelto a poner los pies en la tierra —entró en la cocina y se sirvió un vaso de batido de chocolate.

Ian la siguió. No pensaba dejarla escapar antes de decirle lo que pensaba.

—En una cosa estamos de acuerdo. Chelsea necesita estabilidad.

Yo nunca la tuve de niño, y supongo que eso hace que mi visión de la realidad haya quedado falseada.

—¿Sugieres que yo no puedo darle esa estabilidad? —preguntó Shannon, a la defensiva.

—Chelsea tiene tres años. Es lo suficientemente joven como para que pueda olvidar los comienzos de su vida. Pero necesita una vida familiar normal, no la vigilancia de su tía, por amorosa que ésta sea, ni las visitas esporádicas de su hermano.

Shannon apretó la mandíbula.

—No me gusta lo que estás sugiriendo.

—¿Y qué crees que estoy sugiriendo?

—¿Una adopción?

—Sí.

La mirada de Shannon podría haber congelado un volcán.

—Olvídalo. Me va perfectamente bien con ella. Es una niña feliz.

—Lo sé.

—¿Entonces a qué viene hablar de adopción? Tener a Chelsea no supone ningún inconveniente, al menos para mí —Shannon apoyó las manos contra el mostrador de la cocina para impedir que temblaran.

¿De verdad creía Shannon que era capaz de sugerir algo así?, se preguntó Ian. Él quería a Chelsea. Lo suficiente como para perdonar a su padre por el pasado. Con o sin intención, Wesley le había dejado algo mucho más precioso que el dinero de su testamento. Su padre le había dado la oportunidad de conseguir la vida familiar que no conoció siendo niño.

—Quiero decir que deberíamos adoptarla nosotros.

—¿Nosotros? —Shannon se quedó petrificada—. ¿Y después qué? ¿Repartírnosla como padres divorciados con la custodia compartida? ¿Y llamas a eso estabilidad? Sé por experiencia que eso

no funciona.

Los rasgos de Shannon se nublaron con una inconfundible tristeza. Ian alargó una mano hacia ella, pero Shannon se apartó.

—Eso no era lo que tenía pensado.

Shannon alzó las manos, exasperada.

—¿Y qué tenías pensado?

Ian metió las manos en los bolsillos y murmuró:

—Suponía que primero nos casaríamos.

Shannon se quedó aún más petrificada.

—¿Que suponías qué?

Ian vio su expresión de pánico y se preguntó si habría cometido una equivocación aún más grande. Había permanecido despierto la mitad de la noche buscando las palabras adecuadas para decirle lo que sentía. En lugar de ello, su última propuesta había sonado como si la hubiera hecho en beneficio de Chelsea.

—No quería decir exactamente eso.

—Según creo haber entendido, el señor Nada Profundo ni Serio está hablando de matrimonio, ¿no? ¿Te ha golpeado alguien en la cabeza con una tubería de plomo o algo parecido?

—En cierto modo —que su preciosa asaltante no hubiera alzado una mano contra él no había hecho que el impacto resultara menor.

—¿Y cuánto tiempo crees que pasaría antes de que empezaras a sentirte atrapado?

Ian deslizó una mano por la cintura de Shannon y la atrajo hacia sí. Tras una ligera lucha, ella acabó cediendo, pero su cuerpo seguía tenso.

—Ya estoy atrapado, Shannon. Atrapado en un mundo de cena para uno en un silencioso apartamento. Maldita sea, ya ni siquiera puedo dormir sin tenerte a mi lado.

—Si no recuerdo mal, una vez dijiste que no podías dormir conmigo —le recordó Shannon con una amarga sonrisa.

Ian sonrió como un corderito.

—Eso fue porque sabía lo que sucedería si lo hacía.

—¿Qué sucedería?

—Me gustaría la sensación de tenerte acurrucada junto a mí —Ian acarició la espalda de Shannon por debajo de los omóplatos. A pesar de su tensión, notó que reaccionaba a sus caricias—. Y también que me despertaras en medio de la noche para hacer el amor apasionadamente.

Las mejillas de Shannon se tiñeron de rubor mientras se mordía el labio inferior.

—Tampoco es que tú ofrecieras mucha resistencia.

Ian rio.

Shannon lo miró.

—No soy tonto, aunque me haya comportado como si lo fuera —dijo a modo de explicación.

En el largo silencio que siguió, Ian contuvo la respiración.

Shannon ladeó la cabeza y lo miró desde detrás de sus oscuras pestañas.

—No funcionará.

—¿Por qué?

—Falta algo en el escenario.

—¿Qué?

—Amor.

Una simple palabra que siempre había asustado terriblemente a

Ian.

—¿Quieres decir que te has desenamorado de mí? ¿Es ése el motivo por el que llevas puesta mi camiseta y te dedicas a ahogar tus penas bebiendo batido de chocolate?

Shannon suspiró.

—Estaba hablando de ti.

—Yo te quiero —por fin lo había dicho, y no había resultado tan difícil como imaginaba. Tal vez porque, por primera vez en la vida, se sentía correspondido. Lo duro iba a ser convencer a Shannon, que tenía muchos motivos para dudar de él.

—¿Esperas que te crea ahora?

—¿Qué podría ganar mintiendo?

—¿Y qué ganas diciendo la verdad? —replicó Shannon.

—Toda una vida —dijo Ian—. Porque sin ti y sin Chelsea, carecería de ella.

La tensión empezó a esfumarse del cuerpo de Shannon.

—¿No te parece que el matrimonio es una solución un poco extrema?

Ian frunció el ceño.

—¿No era eso lo que querías?

—No, quería alguna clase de compromiso por tu parte, no un trozo de papel que te vieras obligado a firmar —las suaves palabras de Shannon estaban cargadas de emoción.

—Nadie me está obligando. Quiero que pasemos el resto de nuestras vidas juntos. Te amo, Shannon. Te necesito en mi vida.

Shannon se quedó helada. ¿Podía creerlo de verdad? Quería hacerlo, pero temía que el corazón se le volviera a desgarrar.

—No puedo volver a pasar por esto.

—Confía en mí. Te prometo que no lo lamentarás —la voz de Ian estaba cargada de emoción.

—Más te vale estar hablando en serio, o podría matarte.

Ian frotó una lágrima que se deslizaba por la mejilla de Shannon y dejó allí apoyada su mano.

—Me matarás si me echas de tu vida.

La sincera admisión de Ian disolvió las últimas reservas de Shannon, que lo rodeó por el cuello con los brazos.

—No querría tener ese peso sobre mi conciencia —dijo, con una mezcla de júbilo y alivio.

Ian deslizó una mano bajo su camiseta y le acarició la piel del estómago. El pulso de Shannon se aceleró de inmediato. La velocidad con que podía excitarla no dejaba de sorprenderla.

—¿Entonces te casarás conmigo? —preguntó él.

Shannon dudó el tiempo justo para hacerlo sudar. Hasta ese momento, había renunciado a cualquier esperanza de que aquello pudiera suceder.

Ian deslizó los dedos más abajo, hasta introducirlos bajo el elástico de los pantalones de correr de Shannon. Ella gimió suavemente.

—De acuerdo, me casaré contigo —murmuró.

—¿Cuándo?

Shannon estuvo a punto de reír ante el tono casi desesperado de la pregunta de Ian.

—Vas a estar casado el resto de tu vida. ¿No quieres disfrutar de tus últimos momentos de libertad?

Arqueando una ceja, Ian preguntó:

—¿Estás sugiriendo que salga por ahí y me eche un último

ligue?

A Shannon no le gustó nada cómo sonaba aquello. Inclinándose ligeramente, mordió el hombro de Ian.

—Uh. ¿A qué ha venido eso?

—Estaba marcando mi territorio.

—No es necesario —Ian se apoyó contra el mostrador, más relajado y en calma de lo que nunca lo había visto Shannon. Para ser un hombre que había luchado con todas sus fuerzas contra el matrimonio y la idea de cualquier compromiso emocional, parecía muy satisfecho con cómo habían salido las cosas—. Me vas a tener todo para ti.

Shannon se movió hacia delante, situándose entre las fuertes piernas de Ian.

—¿Eso crees? Vas a tener que compartirme con Chelsea, que es muy posesiva con sus juguetes. Y tú eres su juguete favorito.

«Y también el mío», pensó Shannon, sintiendo que estaba de humor para jugar.

—En ese caso, después de la adopción tendremos que darle un hermanito o una hermanita con la que divertirse.

—¿Es esa otra de tus brillantes ideas? ¿Como la del gatito para enseñarle responsabilidad?

Ian negó con la cabeza.

—No. Esa es una decisión sobre la que tú tendrás la última palabra.

—Entonces digo que sí —el corazón de Shannon, que esa mañana estaba roto, en aquellos momentos estaba henchido de gozo. Bajó las manos y desabrochó el botón de los vaqueros de Ian —. ¿Por qué esperar a la adopción? Podemos empezar ahora mismo.

Fin